



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS



LA IDEA DE HISPANIDAD Y EL CENTENARIO DE LA HAZAÑA COLOMBINA

TESIS

PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA: **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**
PRISCILA PILATOWSKY GONZALEZ

ASESOR:
DR. MARIO MAGALLON ANAYA



MEXICO, D. F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todos aquellos que siempre han creído en mí.

Y a todos los que brindaron importantes aportaciones para este trabajo.

(El orden de aparición no denota importancia, aunque la mayor importancia la tienen, por supuesto, mis padres)

Entonces:

A mis padres. Isaac y Lydia

A mi hermano Patrick

Al profesor Mario Magallón, por todo su apoyo académico y moral, muchísimo mayor al que cualquier alumno pudiera esperar. Nunca olvidaré su frase: *¡Usted tranquila, hija!*

A Marcelo, mi otro gran asesor. Y el mejor compañero a lo largo de nuestra vida estudiantil.

A las mejores: Ross, Eloína “*pequeñina*” y Nayeli (donde quiera que estés), por haber sido grandes amigas en las malas situaciones y las peores amigas en esos buenos momentos.

Al maestro Roberto Mora, por haberse aventado cada sílaba de este mamotreto, más aún, por haberlas corregido. Y claro, por su amistad.

A todos los compañeros del seminario de *Historia de las ideas*, que en esas largas tardes de miércoles y esas largas noches de chelas, hicieron injustas observaciones que me ayudaron tanto: Isaias, Nubia, Jael “*La chica guau*”, Osman, Álvaro, José Luis, Carmina, Diego, Bertha, Eusebio, Edna, Itzel y Javier.

A Héctor, por todo su apoyo técnico.

A todos los maestros y seminarios que orientaron mi *búsqueda por la hispanidad*. Muy especialmente al seminario de Historiografía latinoamericana de Ignacio Sosa y Mario Vázquez, y al seminario de tesis de Rafael Campos. A todos ellos, mil gracias.

Y a mis amigas de la infancia, Ixchel y Andreína.

LA IDEA DE HISPANIDAD Y EL V CENTENARIO DE LA HAZAÑA COLOMBINA

Índice

Introducción..... p. 5

Capítulo I

- 1.1. El fin del imperio y el nacimiento de la hispanidad..... p. 11
- 1.2. La Generación del 98 y sus conceptos de España.....p. 23
- 1.3. América Latina o la trampa de Calibán.....p. 35
- 1.4. La hispanidad en el franquismo.....p. 61
- 1.5. En busca de la hispanidad.....p. 73

Capítulo II

- 2.1. El contexto del V Centenario. Los paradigmas de la globalización..... p. 87
 - 2.2. El discurso oficial de la Comisión Nacional Conmemorativa del
V Centenario del Descubrimiento de América..... p. 97
 - 2.3. Dos discursos oficiales latinoamericanos: México y República
Dominicana..... p. 113
 - 2.4. El V Centenario en las letras. Las voces intelectuales..... p. 125
 - 2.5. La idea de hispanidad y el V Centenario de la hazaña colombina..... p. 149
- Conclusión.....p.161
- Bibliografía.....p. 169

Introducción

Definir una identidad latinoamericana ha sido siempre problemático. Ya no puede hablarse de una identidad homogénea una vez que hemos presenciado el apogeo de la pluralidad como respuesta a la conmemoración de los Quinientos Años de la hazaña colombina. Varios críticos, especialmente latinoamericanistas como Eduardo Subirats, Heinz Dietrich, Enrique Dussel, etc., vieron en la ambigüedad de los discursos oficiales un gesto de trasnochada hispanidad pos-imperial, cuando la fecha podía implicar (al menos esa era la intención de gobiernos iberoamericanos, como el de México) la reconciliación con el odio histórico y el comienzo de una comunidad encargada de atacar los problemas del presente. Formar una comunidad iberoamericana se ha enfrentado a obstáculos porque tiene que fundamentarse en los lazos que sus miembros tienen en común. Y al hablar de esos lazos en común se ha recurrido a hablar de una “historia”, llevada de la mano por los tres siglos de coloniaje; el idioma castellano consolidado a través de esa historia, la religión católica y todos los demás aspectos culturales heredados por España a los territorios de su antiguo imperio.

Los discursos oficiales que recurren a hablar de la herencia cultural de España como el factor común son identificados con su esfuerzo por recuperar sus colonias. Esta ha sido una de las grandes trabas para consolidar una comunidad.

La Comunidad, a pesar de haber sido planteada de diferentes formas a través de la historia, nunca se ha cumplido sino parcialmente, a través de ciertos acuerdos comerciales, políticos, culturales, etc. Por ello me parece imprescindible volver a pensar en la herencia hispánica, a la que llamo “hispanidad”, no sólo en este momento sino en otros momentos históricos, donde ha ido de la mano con las más grandes voluntades para formar la Comunidad Iberoamericana.

Pensar en la herencia hispánica me parece un reto en la discusión sobre la identidad latinoamericana. Debemos volver a ella si queremos dar solidez a un grupo humano tan

grande y complejo, sólo trabajando en un discurso incluyente podremos trabajar de manera comunitaria. Así nada se quedará en palabras ni en proyectos de corto alcance. Si el mundo se está dividiendo en bloques, como afirma Leopoldo Zea, y queremos formar uno, es imprescindible volver al tema de la identidad y de todos sus componentes. La herencia de España en América, al haber sido el tema “agresivo” del V Centenario, me ha inspirado a rescatarla, a resucitarla. ¿Desde cuándo ha causado problemas a los latinoamericanos?, o lo contrario; ¿ha habido algún momento en el que la herencia de España en América haya motivado e inspirado una verdadera hermandad?

Desearía llegar al meollo del rencor histórico hacia España: ¿Por qué tiene tanta fuerza?, ¿cómo sería posible combatirlo? Reconozco la ambición de este objetivo, y por lo tanto no le concederé primordial importancia.

No considero que la recuperación de la herencia hispánica sea el único discurso que pueda legitimar la unión en un futuro, mucho menos ahora que hemos visto y escuchado las más diversas opiniones. Pero parece ser imprescindible encontrar esos aspectos de la identidad que compartimos; y se encuentran en nuestras vivencias comunes, en la historia. Porque de ahí parten nuestros problemas presentes. Y nuestro enfoque hacia el futuro.

Por ello mi objetivo es otro: concebir una idea firme de lo que ha sido la hispanidad a través del pensamiento hispanoamericano y los proyectos que para lograr una comunidad se han concebido fundamentados en esta idea. Esto me ayudará a entender si de verdad ha existido un sentimiento de hermandad con España en diferentes momentos históricos, capaz de inspirar los discursos oficiales que afirmaron con seguridad la existencia de la Comunidad Iberoamericana; y quizá, a intuir sus posibilidades de éxito por estar identificada con el pasado y con miras a resolver problemas del presente y del futuro.

A primera vista, me atrevo a enunciar la siguiente hipótesis: España, desde que perdió sus territorios en América, ha procurado renovar las relaciones con ellos a través de una constante recuperación y revalorización de su herencia cultural a dichos territorios. El Quinto Centenario no ha sido la excepción, y sus formas diplomáticas fueron muy

semejantes que los acercamientos de otros momentos históricos. España, para llamar la atención de sus antiguas colonias ha recurrido históricamente a la hispanidad.

Entiendo la hispanidad como un sentimiento nostálgico hacia todos aquellos aspectos culturales compartidos entre España y los territorios que formaron parte de su imperio, aspectos tales como la religión católica, la lengua de Castilla, una historia que comparte puntos en común. Tal sentimiento ha dado lugar a una conciencia de unión entre iberoamericanos, otorgando a su vez sentido a todo intento de formar una Comunidad iberoamericana.

Dado que no existe ninguna definición de la “hispanidad” preconcebida, éste será el concepto que tendré de ella a lo largo de este trabajo. Considero necesario, sin embargo, dedicar el primer capítulo a la búsqueda del término en la historia de España y de América Latina con el fin de llegar a comprenderlo mejor. Un acontecimiento en especial, a mi juicio, es el punto de partida de la reflexión sobre este concepto: la guerra hispano-norteamericana de 1898, donde quedaron perdidos los últimos territorios de España en América; pues generó en ciertos sectores un clima de nostalgia por el imperio así como una reevaluación del presente y el futuro de España como nación.

Esta introspección nacional también llevó a la reconsideración de los lazos con la América que se seguía considerando hispánica, y surgieron nuevas perspectivas para emprender una unión ya no administrativa y colonial, sino fraternal; basada en valores que sólo los hispánicos comparten. Este será el tema del primer acápite.

Al grupo que llevó a cabo esta introspección se le conoce como la “Generación del 98”, y a ella dedicaré el segundo apartado. Los autores de este grupo sólo pueden darnos luces sobre este sentimiento nostálgico, mas no una definición clara de la palabra “hispanidad”. Quienes más me interesan son: Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Ángel Ganivet, y Pedro Laín Entralgo.

Así, entre finales del siglo XIX y principios del XX, también se dio un sentimiento por recuperar la cultura hispánica en América Latina, en las repúblicas recién consolidadas, como parte de la búsqueda de un modelo de civilización. Estos temas serán tratados en el acápite titulado "*La trampa de Calibán o la hispanidad americana*".

Ante la creciente amenaza de Estados Unidos, luego de sus continuas invasiones en territorio latinoamericano, ciertos grupos acomodados de esta región imaginaron una próxima penetración de la cultura anglosajona; el idioma inglés, la religión protestante, el utilitarismo y el materialismo. Con miedo a perder sus privilegios y sus preciados valores católicos, dieron inicio a una reconciliación con España; y comenzaron a hablar de la "Madre Patria". La más clara expresión de este sentimiento la encontramos, al igual que en España, en la literatura. El modernismo de Rubén Darío es quizá su mejor portavoz. Retomaré además a José Enrique Rodó y su Ariel así como al proyecto de Unión Latinoamericana de Torres Caicedo.

En este análisis predominan los textos literarios que quizá sólo puedan hablarnos de la hispanidad en unos cuantos autores que no parten precisamente de la sensibilidad popular. Considero que la hispanidad sólo ha sido propia de ciertos grupos, aquellos que supieron detectar los problemas nacionales de España en un momento de crisis, y por otro lado, de aquellos que se ocupaban en buscar los nuevos modelos culturales para las repúblicas hispanoamericanas. No voy a referirme al sentimiento de hispanidad en otros grupos sociales tanto por falta de pistas que le den sistematicidad al término en la historia como por temor a dispersar aún más la concepción misma que quiero trasladar a la conmemoración de 1992.

Con esta revisión y sus posibles deficiencias teóricas, espero abrir el camino para comprender el sentimiento de recuperación de la cultura española que dio la pauta a los primeros teóricos de la hispanidad en España a principios del siglo XX. Procuraré entender y explicar cómo se dio ese sentimiento en América Latina, si es que existe alguna comparación entre la hispanidad en América y la de España. En todo caso, exponer sus diferencias.

En el cuarto apartado revisaré los proyectos que durante el franquismo estuvieron encaminados a recuperar la fidelidad de los hispanoamericanos hacia España. Un autor de este período puede ser considerado su principal motivador: Ramiro de Maetzu con su obra *“Defensa de la hispanidad”*.

Luego daré un salto hasta 1992, para analizar si todas las pistas recuperadas sobre la idea de hispanidad, pueden tener cabida a fines del siglo XX. Para ello tendré que remitirme a algunos puntos del contexto económico, político y cultural tanto de América Latina como de España. Revisaré en otros dos apartados los discursos oficiales de las comisiones encargadas de conmemorar el llamado “V Centenario del Descubrimiento de América”, pues en ellos se expresa la visión de la relación histórica en común que va a legitimar el gran proyecto de la Comunidad Iberoamericana. Como las respuestas ante la convocatoria de España a conmemorar tal evento fueron muy diversas, analizaré sólo dos propuestas que me parecen opuestas: la “Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos” de México y la “Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América”, de República Dominicana.

Contrastaré las diferentes visiones tanto de los discursos oficiales como de algunos intelectuales iberoamericanos sobre el significado de los Quinientos Años; pues otro de mis objetivos será realizar un balance y clasificación de dichas opiniones para entender más a fondo el problema que implica seguir hablando de una relación cultural incuestionable entre América Latina y España.

Finalmente, por medio de una comparación entre las ideas de hispanidad desarrolladas en el primer capítulo y esa revisión plurilineal del V Centenario, trataré de encontrar esos puntos en común que, según mi hipótesis, han sido una constante en la historia de las relaciones entre tales países. En este sentido, expondré la posibilidad de seguir hablando de hispanidad tal y como se pensó a principios de siglo. Sobre todo, saber si es la misma hispanidad que exaltó la furia de los críticos de la dominación en América

Latina o si es aquella que proclama el amor fraternal entre los iberoamericanos y puede ser la base de futuras relaciones a futuro entre los mismos.

Cabe aclarar el uso que haré de los términos *Hispanoamérica*, *Iberoamérica* *Latinoamérica*. Cada uno de ellos corresponde a un determinado contexto así como a cierto interés. El término *Hispanoamérica* será empleado en el primer capítulo, donde me referiré a las relaciones entre España y América en el siglo XIX y principios del XX. Se refiere a la América que había formado parte del imperio español y que al consolidar la independencia de sus países considera la herencia hispánica un componente distintivo de la otra América, la América sajona. En su acepción amplia, como lo explica Arturo Ardao¹, proviene del nombre romano *Hispania*, denominación que se aplicaba a toda la península ibérica, abarcando por lo tanto a las América española y portuguesa. En sentido estricto, que es como voy a utilizarla, se aplica únicamente a la América española. No voy a referirme al caso de la América portuguesa hasta llegar al capítulo referido al V Centenario, pues no considero que en el siglo XIX el sentimiento de hispanidad tenga cabida en esta región. Además, no conozco fuente alguna que indique lo contrario.

El término *Iberoamérica* comenzó a ser utilizado desde la segunda mitad del siglo XIX, siendo prácticamente contemporáneo al concepto de *Latinoamérica*. En el ámbito europeo se refería a la insistencia en restablecer la unidad entre Portugal y España, especialmente en los diarios madrileños de la década del 50. Un ejemplo nos lo da Emilio Castelar, quien en la década del 60 afirmaba: “Hablemos hoy de la unidad ibérica... los dos pueblos ibéricos deben unirse”² Por ello considero pertinente utilizar este concepto al referirme a los primeros acuerdos entre esta región, acuerdos que seguirán utilizando el término *Iberoamérica* hasta nuestros días.

Sobre el término *Latinoamérica* o *América Latina* dedicaré un apartado para especificar su contexto y sus autores. Este comenzó emplearse desde la década de los 50, también del siglo XIX, por José Ma. Torres Caicedo, y tenía el objetivo de diferenciar a la

¹ Ardao, Arturo, *América Latina y la latinidad*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1993, p. 24-25.

² *Ibidem* p. 252.

región de América que era distinta a aquella de origen anglosajón. El concepto fue utilizado por latinoamericanos, según nos dice Ardao, y no por ideólogos franceses que procuraban recuperar su hegemonía en la región. Ya atenderé el término en el apartado correspondiente, y lo utilizaré para designar a toda la América distinta a la América del norte (Estados Unidos y Canadá), sin excluir país alguno. A la América portuguesa, aclaro, no le concederé especial atención, ya que sólo me ocupa hablar de hispanidad como la herencia cultural de origen español.

Con estas consideraciones finales espero aportar una modesta reflexión en torno a los problemas de identidad que aún siguen aquejando a esta región. Reitero la importancia que tiene la recuperación de la herencia hispánica, porque si aún sigue incitando polémicas, hay grandes razones para sacarla a la luz y volver a plantearla desde nuevos enfoques.

Capítulo I En busca de la hispanidad

1.1. El fin del imperio y el nacimiento de la hispanidad

“España hizo a América,
como Dios hizo al mundo.
América será española
eternamente”.

-Emilio Castelar; presidente de la
Primera República española (1873-1874)

La hispanidad, tal y como la entendieron sus teóricos a fines del siglo XIX y principios del XX, no es una idea que surgió de repente, en un momento clave, como pudo haber sido la guerra hispano-norteamericana. Se trata de una palabra compleja, que nos remite a pensar en todas aquellas manifestaciones culturales que España dejó en sus territorios colonizados, asentadas durante tres siglos, y que permanecen a través del tiempo aún en combinación con otras expresiones culturales. Como ocurre con todas las ideas, es difícil ubicarla en un contexto preciso, es decir, abordar todos aquellos factores que movieron a cierto grupo intelectual a darle forma y sentido. Por tal motivo, el eje central de este primer capítulo, que es la búsqueda de la idea de hispanidad, parte de la guerra hispano-norteamericana; pues fue un momento coyuntural para aquellos que vieron desmoronarse los últimos fragmentos del imperio, acontecimiento que dio pie a las preguntas sobre la identidad española así como nuevas propuestas para replantear el quehacer nacional.

A todos aquellos que sintieron nostalgia por el perdido imperio español y que pretendieron responder ante su “crisis de tristeza” por medio de obras literarias, propuestas políticas, y de otros tipos, se les conoce como Generación del 98. Independientemente de que esta generación haya existido como tal, considero que fueron ellos sus verdaderos

creadores. De ello puede dar cuenta el principal teórico de la hispanidad franquista Ramiro de Maetzu, en su texto “*Defensa de la hispanidad*”.

Pensar en tales autores como una generación es problemático, sin embargo los manejaré así para poder explicar el sentimiento en común que fue retomado después por los teóricos franquistas y que me interesa comparar con la conmemoración de 1992. Obviamente tendré que hacer a un lado a importantes autores, tales como Américo Castro, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Eugenio María de Hostos, y un largo etcétera. Seguramente sus textos habrían sido de gran utilidad para sustentar esta tesis pero esto me llevaría a realizar un trabajo de gran extensión y seguramente de poca consistencia. Tómese en cuenta además que mis fines son encontrar los hilos conductores de una idea en el tiempo así como los motivos contextuales que motivan su presencia, mas no todas y cada una de las formas que adoptó esa idea en todos los autores en su época.

Consideraré entonces a la Generación del 98 como los primeros en preguntarse por el ser español aún a sabiendas de los problemas de manejarla como tal. Para ello me remitiré brevemente al contexto político económico, social y cultural para explicar las razones que me han llevado a darle importancia a este grupo. Describiré los acontecimientos más importantes de la guerra hispano-norteamericana procurando delinear el contexto de crisis que fertilizó a las más agudas mentes para preguntarse por el pasado, presente y futuro de España. Y luego de esta somera descripción detectaremos a algunas de estas mentes “generacionales” para comenzar a sentar las primeras pautas sobre la idea de hispanidad.

Hacia la crisis imperial

La hispanidad americana, entendida como la recuperación de la herencia cultural de España en esta región, vivió sus primeros momentos con los liberales, según nos dice Miguel Rojas Mix en *Los cien nombres de América*.³ El período que fue testigo de la mayor parte de los movimientos independentistas de Hispanoamérica, es decir, principios del siglo XIX, se caracterizó por una fuerte ruptura cultural con la metrópoli, pero contradictoriamente, en él se recuperan aquellos aspectos de la tradición hispánica, especialmente la lengua castellana, que podían fungir como el vínculo entre hispanoamericanos, con fines de crear una unión en la libertad, de consolidar la Comunidad de países hispánicos.

Las repúblicas americanas de origen español forman en la gran comunidad de las naciones, un grupo de Estados Unidos entre sí por vínculos estrechos y peculiares. Una misma lengua, una misma raza, formas de gobierno idénticas, creencias religiosas y costumbres uniformes, multiplicados intereses análogos, condiciones geográficas especiales, esfuerzos comunes para conquistar una existencia nacional e independiente: tales son los principales rasgos que distinguen a la familia hispanoamericana. Cada uno de los miembros de que ésta se compone ve más o menos vinculado su próspera marcha, su seguridad e independencia a la suerte de los demás.⁴

España fue el principal enemigo político, pero conforme iba transcurriendo ese siglo, iba dejando de ser un lastre cultural para convertirse en la madre que transmite sus valores a sus hijos para su futuro desempeño en la vida independiente

Podría decirse que el imperio español se fue a pique durante todo el siglo XIX y no exactamente en el año de 1898. La grave crisis política en España, que empezó con la invasión napoleónica en 1808, se fue expandiendo con la pérdida paulatina de territorios, hasta llegar a la pérdida total de territorios de ultramar. Esto es lo que se conoce como la decadencia del imperio español. Entiendo la decadencia, más que la consecuencia de la pérdida de territorios, y la consiguiente crisis política y económica, como una crisis de

³ Rojas Mix, Miguel, *Los cien nombres de América*, Barcelona, Editorial Numen, colección Quinto Centenario, 1991, p.63.

⁴ Covarrubias, Alvaro, ministro de Relaciones Exteriores de Chile, citado por Rojas Mix, Miguel, en *Los cien nombres de América*, *op.cit.*, p.63-64.

proyectos y aspiraciones nacionales; como una crisis sentimental de un país que ve los cambios a su alrededor y es incapaz de incorporarse a ellos. La decadencia de una nación que busca perderse, lanzarse al precipicio de la incertidumbre, debilitado, esperando una muerte lenta. La decadencia del imperio español se presentó para muchos como fin de los ideales nacionales.

El desastre

España estaba muy mal situada al llegar la década de 1870. Sus territorios estaban esparcidos por todo el globo: en el Caribe Puerto Rico y Cuba; en Asia las Filipinas; algunas islas en el Pacífico (las Marianas, Palaos, y Carolinas), además de sus posesiones en Ceuta y Melilla. Y frente a Camerún, las islas de Fernando Poo y Annobón.⁵

Frente a la nueva ola de expansión imperialista, España prefirió retirarse de la esfera internacional para concentrarse en la reconstrucción interior después del fracaso de la Primera República y las guerras con los carlistas. Confiada siempre en ese poder superior que en el siglo XV le había otorgado un gran continente a su disposición, prefirió esperar que se mantuviera el equilibrio de poderes que se había basado a mediados de 1860. Pero lo que determinaba el poder en este nuevo contexto no era precisamente el equilibrio, sino la relación de fuerzas tecnológicas. En este aspecto nos dice Sebastian Balfour:

La posesión de una flota, estaciones carboneras estratégicamente situadas, y redes de comunicación por cables submarinos, que permitían el control de vías marítimas y los canales de navegación, eran más importantes que las conexiones dinásticas o las buenas amistades internacionales.⁶

España era débil, y se debía en gran parte a su falta de adecuación a esa nueva etapa de la modernidad europea: “La debilidad de España dentro del nuevo orden mundial

⁵ Balfour, Sebastian, *El fin del imperio español (1898-1923)*, Editorial Crítica, Col. Libros de historia, 1997, p.14.

⁶ *Ibid.* p.16.

derivaba fundamentalmente de la relativa lentitud de su proceso de modernización a lo largo del siglo XIX”.⁷

Entiendo la modernización como el eficaz desarrollo de su industria y su capacidad productiva, con fines de integrar a la nación en el modelo capitalista que comenzaba a regir las relaciones entre los países poderosos de ese entonces. Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Japón eran las naciones con mayor dinamismo económico, y por lo tanto, con el más acelerado proceso de modernización. Y este proceso iba acompañado con el fortalecimiento de la conciencia nacionalista en cada uno de estos países. El nuevo modelo comenzaba a imponerse a nivel mundial.

El desarrollo económico, el crecimiento demográfico, la urbanización y la movilidad social se combinaron para crear sociedades de masas imbuidas en los valores nacionalistas y capitalistas. Muchas zonas del mundo, hasta entonces en las márgenes del anterior proceso de modernización o bien no afectadas por éste, empezaron a verse sometidas a una estrecha relación con las economías expansivas a través del comercio, la emigración y la conquista.⁸

Conservar sus colonias le seguía dando a España su carácter de imperio. Según lo consideraba la monarquía, eran símbolo de prestigio nacional:

El pequeño residuo del antiguo imperio americano ocupaba un espacio vital dentro del alma española. Se consideraba una herencia sagrada que España no podía perder sin menoscabo de su identidad nacional. De estas colonias, Cuba era con mucho la más importante tanto económica como psicológicamente.⁹

Pero estas ideas eran vetustas ante un mundo que comenzaba a regirse bajo otros parámetros. En sus territorios, las contradicciones entre tradición y modernidad pronto salieron a la luz, especialmente en el área económica. En Cuba y Puerto Rico se ejercía la esclavitud, y el único producto exportado a España era el azúcar. Las tarifas coloniales agobiaban este mercado con Estados Unidos, además de que evitaban la diversificación

⁷ *Idem.*

⁸ *Ibid.* p.14.

⁹ *Ibid.* p.17

productiva. España, como sabemos, no permitía que sus colonias tampoco se integraran al nuevo orden.

La agudización de la competencia por el mercado del azúcar entre estos dos países provocó los primeros levantamientos desde 1865, por parte de fuerzas combinadas de esclavos, plantadores, y algunos sectores nacionalistas de clase media. Estos movimientos derivaron en la búsqueda de la liberación nacional, como fue la guerra de los diez años.

Las medidas españolas enfocadas a menguar este impulso fueron siempre insuficientes. Su falta de conocimiento del nuevo contexto, así como de la falta de análisis político y económico, no sólo en esta época sino en diversos momentos de la historia de la península hispánica, han dado motivos suficientes a los divulgadores de la imagen de una España retrógrada, fanática, incapaz de ser moderna, incapaz de ser “europea”.

Las prioridades basadas en el honor más que en las condiciones reales del país, permitieron al gobierno español enviar tropas a Cuba al mando del capitán Martínez Campos, dando inicio a la guerra hispano-cubana.

Por vez primera Estados Unidos rompió su aislacionismo al presionar a España para poner fin a la guerra en 1897. Cuba era demasiado importante tanto por su valor comercial como estratégico; y a pesar de haber declarado explícitamente por medio de la enmienda Teller, que EU no tenía intenciones de anexarse la isla; lo cierto fue que este país buscaba establecer cierto dominio en ella. Al mismo tiempo apareció el movimiento independentista de Filipinas al mando de la sociedad secreta Katipunan, colocando a España en una seria encrucijada. Y cuando Antonio Cánovas del Castillo, restaurador de la monarquía, anunció que otorgaría autonomía a Cuba, era ya muy tarde.

La explosión del barco Maine, el 5 de febrero de 1898, no podía haber ocurrido en peor momento; la suerte estaba echada; y no hubo mejor pretexto para el presidente Mc. Kinley para declarar la guerra, a menos que España se ofreciera a abandonar Cuba.

Las influencias dinásticas y diplomáticas de la reina regente María Cristina fueron inútiles en ese momento; recurrió al emperador austríaco y en última instancia, al Vaticano. Pero ningún país europeo se comprometió realmente a ayudarla. Las potencias se mantuvieron al margen frente al desmembramiento del Estado español.

Esto habla de un contexto distinto en el que España pretendía desenvolverse a la manera tradicional, buscando influencias, pensando que las relaciones dinásticas y los nexos de sangre eran más eficaces que la política misma. “El nuevo expansionismo no respetaba los derechos históricos ni las conexiones dinásticas. Se justificaba no hacerlo mediante la nueva y tosca filosofía del darwinismo social, en la que la noción de supervivencia de los mejores se extendía a las personas y a las naciones”¹⁰

España era tradicional, el mundo cambiaba. Y decidió llevar a su pueblo a una guerra que sabía de antemano perdida. Así, desmoralizados sus ejércitos, sin saber exactamente qué sería posible ganar en esas condiciones desiguales ante un ejército superior; el Estado español hablaba de honor, de perder pero con la espada en mano. Abandonar las tierras sin luchar antes por ellas habría deslegitimado a la monarquía permanentemente. El honor estaba antes que todo. Ciertos pensadores de la hispanidad, como Manuel García Morente, han hablado de ese sentido del honor como parte inseparable de todo español¹¹, sentimiento incomprensible para las potencias que empezaban a descartar estos valores.

Es importante resaltar que en este momento se manifestó con fuerza la presencia del gran enemigo que llevaría tanto a los países hispanoamericanos como a España a renovar sus lazos culturales. El constante intervencionismo estadounidense en los países recién independizados de América, que para esa época no era nuevo, provocó un miedo especial a la penetración cultural anglosajona; dando lugar a una especial revaloración de España tanto en su interior como en los recién perdidos territorios, como parte de una identidad compartida. Los Estados Unidos, además de la indiferencia europea y el aislamiento en el

¹⁰ *Ibid.* p.38

¹¹ García Morente, Manuel, *Idea de hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1947.

que se veía España con esta pérdida, fueron los principales motivos externos que la hundieron en la crisis espiritual que nos interesa.

Después del desastre

La imagen que viene a la mente al hablar de la pérdida del imperio español es de tristeza. Agonía de un pueblo decepcionado consigo mismo, que reconoce inútiles sus plegarias a un Dios que lo ha abandonado. Aparecen en los periódicos de fin de siglo representaciones de la virgen dolorosa, rostro de España, con la mirada perdida, las manos entrelazadas como si estuviera orando; y junto a ella el león ahogado, asfixiado, muerto.

Con la firma del Tratado de París, el 10 de diciembre de 1898, España cedió Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas a los Estados Unidos de América. Ya no había alternativas cercanas. La reina regente fue culpada, lo mismo los obispos; las logias masónicas; y el gobierno de Sagasta. Los carlistas volvieron a rebelarse en 1900. La crisis política se dejó sentir.

El sistema político español, su carácter nacional e incluso su carácter de nación mismo comenzaron ahora a ser extensamente puestos en cuestión. Esta crisis se agudizó aún más al ocurrir en el momento álgido de la época imperial, cuando poseer colonias era considerado el hito que indicaba la capacidad para sobrevivir de una nación.¹²

Sin embargo, la crisis económica no fue tan grave como puede pensarse. No se dio un hundimiento inmediato del comercio; por el contrario, ascendió y se mantuvo estable, fomentándose además el comercio interior. Las voces de la industria catalana se dejan oír, pidiendo proteccionismo como en los tiempos coloniales, pero clamando además, por la búsqueda de nuevos mercados. Cataluña era el bastión moderno de España, el único rincón capaz de adaptarse al cambio, a los nuevos tiempos gobernados por los dictados del capital. Eran las primeras voces de la Regeneración; un problema para las fuerzas tradicionales españolas.

¹² Balfour, Sebastian, *op.cit.*, p.59

La pérdida del imperio dio al traste con los objetivos de la Restauración, conduciendo a militares, catalanes y sectores de clases medias a poner en cuestión su alianza con el régimen. El nacionalismo que la monarquía pretendía salvar con su actitud patriótica estaba hundido.

Habría que ver, por otra parte, qué tanto el resto del pueblo español se sintió afectado por la derrota bélica. El Estado que le había prometido victoria estaba desprestigiado; pero el pueblo protestó, no tanto por la derrota, sino por factores ligados al proceso de modernización. La mayor parte de la población tomó la noticia del desastre con indiferencia; respondiendo este hecho a la inconstancia de la opinión pública así como al analfabetismo predominante. En general, el nacionalismo perdió fuerza. Los pocos sentimientos patriotes, en ese momento, habían sido estimulados principalmente por la Iglesia. Su autoridad moral supo movilizar a algunos grupos sociales relacionando la lucha por la patria con el cumplimiento de una supuesta misión espiritual. Y precisamente el lema carlista utilizado entonces: “Dios, patria y rey”, se convirtió posteriormente en la principal divisa legitimadora del régimen franquista.

Para las clases “medias” (según la clasificación de Balfour), entre las que se encuentran escritores, políticos, periodistas, productores, etc., que se reunían en las tertulias de cafés y tabernáculos, el tema de la decadencia nacional fue el tópico favorito. El desastre estimuló la recuperación de la historia nacional, la búsqueda de la identidad española. Reconocieron que su país estaba enfermo, en decadencia espiritual.

Entrar en guerra con Estados Unidos había sido una locura; el ejército estaba retrasado tecnológicamente, la sociedad no cambiaba con relación a las transformaciones mundiales. A España le habían quedado cortas sus instituciones, la ideología oficial.

El Regeneracionismo español fue la parte activa de estos pensadores de la “decadencia”. Se trató de una serie de propuestas, por parte de clases medias o burgueses catalanes que por medio del estudio de la historia española veían una chispa de vida en su

nación moribunda. La influencia del positivismo les permitía diagnosticar los males que afectaban a España, así como aproximarse a los posibles remedios. Lo importante era la acción, la búsqueda de soluciones para enfrentar la nueva situación. Muchas de ellas enfrentadas al régimen. “El Desastre dejó al descubierto la vaciedad de la Restauración, conduciendo a los militares, a los catalanes y a los sectores de las clases medias a poner en cuestión su alianza con el régimen”.¹³ Se habla entonces tanto de “europeizar” España como de volver a una España “mítica”, cuya Edad de Oro fue el grandioso imperio creado por los reyes católicos.

Muchos regeneracionistas hablaron del pueblo español como un pueblo arrogante y apático; y el sistema político es criticado por haber llevado a España a una humillante derrota.

Las propuestas educativas de los krausistas ya no eran suficientes, el país necesitaba de una reforma global con miras a crear las bases de una economía moderna; entre estas reformas, la descentralización, educación, seguridad social, reforma electoral, ampliación de las redes de comunicación, y créditos agrarios. España, a fin de cuentas, necesitaba europeizarse. El movimiento catalán se unió a ellos, así como los agricultores de Aragón y Castilla.

Uno de los principales regeneracionistas fue Joaquín Costa, fundador de la Liga Nacional de Productores, con su utopía precapitalista de impulso a la pequeña propiedad. Por otro lado aparece Basilio Paraíso uniendo a las clases medias en el seno de las Cámaras, despertando hostilidad de las oligarquías.

Para Costa así como para otros regeneracionistas, el problema de España era su clase política. Los principales defectos que se le atribuían eran su clientelismo y corrupción. El objetivo era entonces apropiarse del Estado, para llevar a cabo así la

¹³ *Ibid.* p.71

modernización del país y supervisar, según Costa, una reintegración de España a la historia de la humanidad.¹⁴

Frente a estas discordias, los intelectuales mantuvieron diversas posturas. La misma Generación del 98 sostuvo interesantes propuestas políticas y económicas para llevar a España a la “modernidad”. Muy importante es, por ejemplo, la preocupación de Unamuno por “europeizar a España”. Ya he hablado también de las propuestas económicas de los Regeneracionistas. Pero abarcarlas todas rebasa los límites de este trabajo, por lo tanto decido dejarlo como tema de investigación posterior.

Lo que importa destacar de esta generación es la visión de una decadencia nacional que terminó con la pérdida de los últimos territorios imperiales. Decadencia gradual donde el principal factor de descomposición fue el haber perdido los principales valores del imperio: unidad, catolicismo y jerarquía. El origen de la crisis era, de acuerdo a estas opiniones, la erosión de los valores tradicionales como la familia y la religión, y la aparición del utilitarismo estadounidense.

La imagen de Castilla y la triste figura del Quijote se convirtieron en los símbolos por excelencia de la identidad española. Dieron lugar a una visión mítica de la vida rural, del ser profundo de lo hispano. Los literatos retoman el tema costumbrista para analizar a España en su esencia, aquellos pequeños detalles de la vida rural (predominante ante la vida urbana), que permitieran conocer la verdadera España y los defectos que de ella podía dar cuentas la historia. Había que entender a fondo las causas de su crisis, de su endémica incapacidad de adecuarse al mundo moderno. Sus autores fueron parte de esta generación conocida como del “98”.

¹⁴ *Ibid.* p.92.

1.2. La generación del 98 y sus conceptos de hispanidad.

“Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto”

-Rubén Darío comenta para un diario argentino.

Podría decirse que el Regeneracionismo de las clases medias fue el antecedente de la llamada “Generación del 98”. El movimiento iniciado por Joaquín Costa, Basilio Paraíso, y los demás miembros de la Institución Libre de Enseñanza, de origen anarquista; es conocido ante todo por su visión pesimista de la situación de España, que era vista por ellos como un pueblo “arrogante y apático”, cuyo problema era una clase política incapaz de incorporar al país a los cambios mundiales. El mismo Cánovas del Castillo, aún sin formar parte de este grupo, comentando a su modo la Constitución de 1876 anunció que “son españoles los que no pueden ser otra cosa”¹⁵. Sin embargo no eran tan pesimistas como se los describe. Se trató de un verdadero movimiento de cambio ante un grupo político que consideraban ineficiente, y sus miembros comenzaron a actuar aún antes de sobrevenir el desastre. La situación de España era para ellos trágica, pero veían para ella un futuro mejor. Por eso había que actuar.

La “Generación del 93” partió de la misma desmoralización, pero sus aportaciones se distinguen principalmente en la literatura. Mucho se ha discutido si se trató o no de una generación, ya que a sus miembros ni siquiera los unen las fechas de sus publicaciones, ni su estilo ni gustos. Sólo podemos hablar de una generación del 98 como un grupo de literatos preocupados amorosamente por la cultura española, compartiendo un dolor en común, una amargura plena, con una conciencia nacional como ninguna otra. El romanticismo de la época llevó a estos filósofos y literatos a expresarse como nadie más lo

¹⁵ *Algunas cuestiones sobre la hispanidad*, Foro Arbil, <http://galcon.hispavista.com/falangevenezolana/articulos/lahisp.html>. Del día 3 de diciembre de 2002.

ha hecho de su patria. La conciben como parte de ellos, como parte de cada uno de los españoles. Con la tragedia de España dicen sentir un profundo desgajamiento de ellos mismos. Porque la patria es algo que llevan hasta los huesos.

Laín Entralgo fue el primero en hablar de dicha generación, reconociendo como parte de ella al conjunto de obras artísticas que claman ante esa misma frustración. A diferencia de los regeneracionistas, que poseen efectivamente un proyecto nacional, pero partiendo de esa base amarga; los noventayochistas son artistas, filósofos, pintores, y hasta científicos que en sus múltiples posibilidades se aventuran a recrear el ser de España. Se proponen conocerla, apropiarse de ella, perpetuarla en el tiempo. Y lo lograron.

Mucho influyen hasta nuestros días los nombres de Miguel de Unamuno, Azorín, el mismo Laín Entralgo, José Ortega y Gasset, Angel Ganivet, y por supuesto, Ramiro de Maetzu. Se consideran aún en nuestros días como los grandes maestros de la identidad española, los primeros promotores de la hispanidad que años más tarde serán retomados para justificar las formas de acción de Primo de Rivera y de Francisco Franco.

Vigencia de la Generación del 98

La fecha del desastre es una fecha simbólica, ya que esta generación, con excepción de Angel Ganivet, que escribió su "*Idearum español*" en 1895; todos los demás empezaron a partir de 1905 hasta mediados de siglo. Julián Marías menciona que la "Generación del 98 es aquella con la que empieza nuestro siglo español actual"¹⁶, demostrando que las preocupaciones de estos hombres han sido apropiadas masivamente por los pensadores de nuestro tiempo. ¿Podríamos entonces decir que la generación del 98 es vigente? Para ofrecer una respuesta recordemos la trascendencia de estos pensadores en las aulas universitarias, tanto españolas como hispanoamericanas; además de las múltiples columnas que a ellos se dedican en las enciclopedias. Hablar de pensamiento español contemporáneo

¹⁶ Marías, Julián, "*Las generaciones intelectuales y el espíritu del 98*", en Serrano, Carlos, *et. al.*, Paisaje y figuras del 98, Madrid, Fundación Central Hispano, 1997.

es hablar de Unamuno, cuya obra “*En torno al casticismo*” ofrece algunas de las claves más sensibles para entender el concepto de España de esta generación y su reinterpretación histórica.

Esta generación estableció nuevas bases para entender la realidad nacional tomando como pretexto una coyuntura, que fue la pérdida de las últimas colonias españolas. Realidad de un país mayoritariamente rural y analfabeto, con serios rezagos tecnológicos con respecto a Europa. Consistió en un intento por evaluar qué era España, quiénes la han habitado, y sobre todo, cuáles son las características de un español a diferencia de francés, de un inglés, de un alemán. Y sus ideas fueron creando un mito donde la historia giraría en torno a Castilla y el proyecto unificador de los reyes católicos. Algunos de ellos reconocieron en la historia de España una narración casi épica de un pueblo elegido por Dios cuya primer tarea es unirse en torno a un ideal trascendental, para luego llevar el catolicismo a todos aquellos que lo negaran o lo desconociesen. La historia patria que se definió fue de la mano con la religión católica. Este rasgo misional del que hablan Ramiro de Maetzu, Manuel García Morente, y otros noventayochistas, es el punto medular de la idea de hispanidad.

Los pensadores del 98 comenzaron a formarse luego de la Restauración y la última guerra carlista. La España canovista había demostrado su ineficacia para resolver los problemas más urgentes, dando lugar a un ambiente de desilusión, de falta de proyección nacional hacia el presente y el futuro. Pedro Laín Entralgo nos dice en su libro *La generación del 98*:

Bajo una u otra figura, a todos ellos les envía la España canovista el mensaje de su inconsistencia; a todos muestra la triste oquedad de su entraña y su carencia de horizontes históricos incitadores de ilusión. En medio de una alegre y fingida paz, sus almas comienzan a sentir el oculto, -¿oculto?- malestar de la España real¹⁷

El “desastre del 98” ciertamente fue un acontecimiento que dio al traste con las aspiraciones nacionales ¿Qué iba pasar entonces con España? La situación interior del país es la que dio mayor inspiración a las grandes obras de los noventayochistas.

¹⁷ Laín Entralgo, Pedro, *La generación del 98*. Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral, 1979, p.55.

Ellos eran, en su mayoría, de procedencia rural. Sus raíces estaban en el campo, y su dolor partía de mirar y sentirse tocados por la extrema pobreza del mundo campesino de su tiempo. Ciertamente conocieron lo que ocurría en la vida intelectual en París, pero ellos se sentían españoles, y sentían que la cultura española estaba destinada a desaparecer tanto en las antiguas colonias como al interior de la misma España. “Todos aman a una imagen o a un ensueño de España, todos repudian la España que sus ojos descubren. Aman a España con amor amargo”.¹⁸

Esa imagen de España es sólo eso: una imagen. La labor de encontrar las peculiaridades de una nación obliga a repensar en su apariencia y en su historia, encontrar los factores que caracterizan a este ente histórico a lo largo del tiempo.

Toman posesión de España, desde la realidad física, campos, paisajes, pueblos, ciudades, conocida en su integridad con tan modestos recursos y tan poco dinero; hasta la historia completa y no falsificada; la literatura leída y releída con amor, y finalmente, los sueños, las esperanzas, los errores, los fracasos, que también son parte de la realidad.¹⁹

La historia española fue llevada hasta el último rincón de la memoria; para encontrar el germen de la unidad hispana; el punto clave para empezar a hablar de lo “casto”, lo peculiar, lo original. Se pretendía hablar de castidad hispana para hallar lo propio, aquello que sólo puede ser hispano sin máculas extranjeras. La originalidad de España la encuentran en Castilla, unidad política y territorial que impuso su ideal nacional sobre las demás provincias. Esa Castilla que según Unamuno “paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte”.²⁰

Castilla es la tierra, y el Quijote su símbolo de vitalidad y permanencia. La hispanidad es lo castellano, o lo que definen sus autores como lo castellano.

¹⁸ *Ibid.* p.92.

¹⁹ Seco Serrano, Carlos, “*El reflejo del 98 en la pintura de entresiglos*”, en Seco Serrano, *op. cit.*, p.21.

²⁰ Laín Entralgo, *op. cit.*, p.110

El Idearum español de Ganivet

Ángel Ganivet, en su "*Idearum español*" dio el primer paso en el pensamiento de la Generación. El libro data de 1895, y es por lo tanto anterior a la fecha simbólica de 1898. La frustración moral de España se dio a lo largo del siglo XIX, y los intelectuales más sensibles a la realidad de su país preveían los síntomas desde antes de la guerra; Ganivet es uno de ellos.

Advirtió la necesidad de transformar "nuestra acción de material en espiritual"²¹. ¿A qué se refería con ello? La idea de crear una unión de países hispanoamericanos ya circulaba entre los medios intelectuales de aquella época, cuya pretensión básica era la defensa a la penetración estadounidense. Pero Ganivet advirtió la inutilidad de cualquier unión por medio de tratados si tal no se basaba en los aspectos puramente espirituales compartidos entre iberoamericanos. Esos aspectos sólo podían ser reconocidos en el arte, un arte inspirado en la búsqueda del amor y la belleza y no en el lucro materialista.²²

Y como parte de esta búsqueda de los aspectos espirituales compartidos, Ganivet propuso la unión de iberoamericanos sin afanes de lucro o de dominio de unos sobre otros; una unión "fraternal":

En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos callar y tratarnos como hermanos [...] La idea de fraternidad universal es utópica, la idea de fraternidad entre hermanos efectivos es realísima; y entre una y otra existen gradaciones que participan de lo utópico y de lo real; las relaciones fraternales que engendra la vecindad, la conciudadanía, la raza y el idioma, la religión, la historia, la comunidad de intereses o de cultura".²³

Y para lograr esta unión fraternal, Ganivet nos habla de la formación de una "Confederación intelectual o espiritual", donde los hispanoamericanos pudieran reunirse sin afanes de lucro o de dominio de unos sobre otros, de manera fraternal:

²¹ González Calleja, Eduardo, *La hispanidad como instrumento de combate, Raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1988, p.13.

²² Ganivet, Ángel, *Idearum español*, Madrid, Aguilar, Alianza, 1964 p.92.

²³ *Ibid.* p.94.

Mi opinión es contraria a todas las opiniones iberoamericanas habidas y por haber. En nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo, y anunciarlo con ruido y aparato.

Siempre que se habla de unión iberoamericana he observado que lo primero que se pide es la celebración de tratados de propiedad intelectual; esto es lo más opuesto que cabe para conseguir la unión que se persigue. No creo que nadie haya pensado en organizar una "Confederación política de todos los estados hispanoamericanos". Este ideal es de tan difícil realización que en la actualidad toca en las esferas de lo imaginario. No queda otra confederación posible que la 'Confederación intelectual o espiritual'.²⁴

Esta propuesta no quedó bien delineada en Ganivet, puesto que no nos habla concretamente de cómo debiera estar organizada esta confederación, ni cuáles son los fines que, como hermanos, la comunidad iberoamericana debe perseguir. La idea, además, no es nueva. Ya la habían esbozado Bolívar y Miranda con fines de unir a las naciones hispanoamericanas, si incluir a España, claro está; pero durante la segunda mitad del siglo XIX, Torres Caicedo elaboró un proyecto de Confederación muy interesante del cual nos ocuparemos después.

Ganivet es el primer español en hablar de una confederación que incluyera a España. Sin embargo, escasos años anteriores de la publicación del *Idearum*, España había iniciado una política de acercamiento amistoso a las jóvenes repúblicas hispanoamericanas; ejemplo de esto son los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América, así como las propuestas americanistas de Rafael Altamira.

La aportación filosófica más conocida del *Idearum* de Ganivet, es la introspección a través de la historia de España en búsqueda de lo eterno, lo permanente, esos aspectos espirituales que España pudo haber legado a los países "hermanos". Aspectos que permitirán hablar de los rasgos propios de esa nación: "La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia con el espíritu permanente, invariable que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros".²⁵

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Ibid.* p.26.

Y el elemento moral que Ganivet encontró “permanente” en el ser español es el estoicismo, entendido como ese espíritu propio de español para aceptar su destino sin más, porque sabe, en el fondo, que ese destino le viene de parte de la voluntad divina. El estoicismo de Séneca, lo resume Ganivet en estas palabras:

No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir de ti que eres un hombre.²⁶

A través de la historia del territorio ibérico, Ganivet buscó el espíritu estoico. Entregarse a su destino es una característica del pueblo español; y es algo propio y permanente que ha sido y permanecerá. Recordemos que Ganivet, al igual que los demás miembros de la generación del 98, se vieron influenciados por la corriente positivista, que los llevaba a entender la realidad de un país como un sistema, cayendo a veces en criterios deterministas. Ganivet contribuye en la creación de la imagen de la España mártir, que ejemplifica y justifica la decadencia de fin de siglo.

La búsqueda de lo permanente es el común denominador de los noventayochistas. Porque encontrando la raíz de lo español, podría explicarse su historia y entender las razones de la incompatibilidad de España frente al resto de Europa; y cada pensador tuvo su propia versión sobre los rasgos propios de la hispanidad.

Ortega y Gasset y la España invertebrada

José Ortega y Gasset, en su obra “*España invertebrada*”, reconoce momentos de prosperidad y momentos de crisis en la historia española; pero rechaza la existencia de una decadencia, pues no reconoce ninguna verdadera gloria nacional a la que hubiera seguido una descomposición. El problema de España, aquello que le impedía ser una gran nación

capaz de imponerse ante el mundo, es para Ortega el “particularismo” provincial, cuyo efecto es la ausencia de una minoría ejemplar capaz de proponer a las masas nacionales un proyecto sugestivo de vida en común.²⁷

A diferencia de otros noventayochistas, que ubican en el tiempo el inicio de la decadencia, Ortega habla de una malformación congénita nacional. Aquello que no ha permitido el desarrollo de esta minoría ejemplar es la falta de una etapa feudal en su historia, así como el tipo de grupos “bárbaros” que colonizaron la península, haciendo de la próxima España, una nación defectuosa desde un principio.

El punto débil de España, que provino de la falta de esa etapa feudal, eran los particularismos. Mirando de cerca el nacionalismo vasco y catalán, Ortega anuncia que la creación de un “organismo nacional” es vital para la supervivencia de una España fuerte y sólida. Y ese ideal, como hemos dicho, sólo podía lograrse por parte de una minoría selecta. No descarta el uso de la fuerza para “incorporar” a las masas en el proyecto común: “En toda auténtica incorporación, la fuerza tiene un carácter adjetivo. La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común”.²⁸

El fin de la “incorporación” es articular cada una de las sociedades de la península ibérica a fin de crear un sistema dinámico con base en un poder central. Ese proyecto había sido emprendido por Castilla, la primera formación nacional en el mundo, donde el carácter imperativo estatal funcionaría como catalizador de sociedades en torno a un ideal común. Un proyecto suficientemente fuerte como para convencer a diferentes entidades con sus culturas particulares, y ese ideal era de orden providencial. El discurso de la monarquía invitaba a los españoles a divulgar el reino de Dios ante el mundo, y les prometía ser premiados tanto en la tierra como en el cielo. La religión se convirtió, entonces, en el fundamento del Estado español.

²⁶ *Ibid.* p.4.

²⁷ Carvajal, Cordón, Julián, “Ortega y el pesimismo del 98”, en *Un siglo de España; Centenario (1898-1998)*, Universidad Castilla La Mancha.

²⁸ Ortega y Gasset, José, *España invertebrada*, Madrid, Colección Austral, Espasa Calpe, 1984, p.40.

El Estado sería el paradigma de unión entre pueblos que da sentido a la idea de hispanidad. Sin emplear literalmente el término, Ortega busca en la historia de su país los componentes de la identidad española, dando herramientas a quienes después hablaron de la hispanidad. La conciben como un proyecto con una base trascendental, donde la patria y la religión, desde los albores de la historia española, van de la mano.

La unidad o incorporación es la base de la hispanidad en Ortega. Y su "*España invertebrada*" sugiere una nueva unión no necesariamente basada en lo divino. Los separatismos debilitaron a España, y debía surgir un ideal común, tan dinámico como el de Isabel de Castilla, capaz de hacer de España una nación sólida. Ortega mira también a España como un sistema que funciona como un organismo vivo, herencia positivista al fin y al cabo. El pensador que vio a España como un ser amorfo a falta de columna vertebral, es optimista y busca sentar nuevas bases intelectuales para comenzar a trabajar en un nuevo proyecto, para recuperar a catalanes y vascos, para recuperar la grandeza nacional.

La castidad de Unamuno

Antes de la crisis moral del 98, en el año de 1895 apareció "*En torno al casticismo*"; la obra unamuniana que mayores pistas puede darnos sobre su concepción de la hispanidad.

Frente al momento histórico que presenciaba el autor, caracterizado por la búsqueda de integración de España a los cambios mundiales, Unamuno veía una invasión de lo que él llamaba lo "castizo". La castidad de España, esto es, lo más puro, lo más propio de España, es algo vivo en el presente. Con ello se refiere a lo más arraigado en las costumbres del español, especialmente el español rural y su vida cotidiana. La imagen del paisaje castellano, del campesino pobre, pero también del noble hidalgo cuya imagen nadie representa mejor que el Quijote de Cervantes, son los mejores símbolos para hablar de lo

permanente en España: de la tradere, tradición. La tradición es lo que prevalece en España, sobre todo en los momentos críticos en la historia de esa nación.

Expectante de los cambios propios de su tiempo, una Europa industrial, una España mayoritariamente agrícola, Unamuno busca en la historia cuáles son esos rasgos que se repiten, que prevalecen, aquello que está dicho entre las líneas de la narración histórica, en sus raíces más profundas: la “intrahistoria”. Ahí es donde hay que encontrar la solución al problema de España: “Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles”.²⁹

Criticando las tendencias positivistas de acumular documentos, Unamuno llama a buscar en ellos la intrahistoria, que es la esencia de España, para entender su realidad y crear un proyecto a futuro. Pero la continuidad a lo largo de la historia, demostrada por los relatos superficiales de la prensa y las glorias nacionales, es para este pensador un mal endémico. La filosofía de la historia de Unamuno sugiere un examen de conciencia para superar los errores “crónicos” del pueblo español. “Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia, no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros”.³⁰

Encontrar la intrahistoria, el ser puro y casto de España, es su propuesta para encontrar la solución a la crisis moral. Lo más puro es lo castellano. Y había que exaltar esa esencia para evitar la disolución espiritual de España.

Unamuno no enfatiza el proyecto trascendental del pueblo español que mencionaba Ortega; pero sí encuentra que las guerras de religión y la Contrarreforma son parte del espíritu permanente del español con miras resguardar e imponer el catolicismo. Este espíritu de lucha lo lleva a hablar de uno de los principales defectos de España: ser

²⁹ Unamuno, de Miguel, *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza, 1986, p.34.

³⁰ *Idem*.

dominante e inquisitorial, y extremar el uso de la fuerza. Ese es el principal argumento de la leyenda negra que comenzó a divulgarse con el padre Las Casas.³¹

Pensaba Unamuno que la catolicidad del pueblo español no era un defecto; pero sí lo era el uso de la fuerza para imponerlo. El catolicismo no era un impedimento para regenerar a España, pues con él se había conformado otro gran aspecto espiritual muy propio, que le había traído a este país un orgullo muy particular y le hará emprender con gran honores las más sangrientas guerras a lo largo de la historia: el misticismo.

El misticismo, cuyas principales figuras son Juan de la Cruz y santa Teresa, es de acuerdo a este pensador, el ideal por excelencia de su patria. La unión perfecta con Dios había sido el objetivo que se oculta entre las líneas de la historia nacional desde sus albores: España es católica, y de ese catolicismo viene la espiritualidad con la que emprende sus acciones. España es espiritual porque es mística. Y al no querer hablar del Dios católico, Unamuno idealiza una figura en particular: el Quijote.

A diferencia de ese espíritu dominante, también muy español, que Unamuno encuentra en el Cid Campeador; contraponen la espiritualidad del Quijote, que representa con sus luchas imaginarias, el ideal espiritual del español que sólo él experimenta y nadie más comprende.

Dispersa en esta dicotomía espiritual-material que predomina en el ser español, España tiene una tarea que llevar a cabo, y ésta es la Regeneración. Así podemos relacionar a Unamuno con el movimiento que lleva ese nombre y al cual ya nos hemos referido. El autor de *"En torno al casticismo"* advierte que, ya encontrado el mal histórico, individual, político y social, hay que extirparlo. Entre los males individuales encontraba el orgullo, la pereza, o la envidia; entre los políticos, la ya mencionada tendencia al dominio. Para ello proponía una reforma moral y política, que puede lograrse por medio de un ideal que

³¹ Julián de Juderías le colocó el nombre de "leyenda negra" a todos los aspectos que le eran criticados a la historia de España por parte de otros europeos; tales como las atrocidades de la conquista, el rechazo a la modernidad, la España católica y fanática, etc. Estas críticas, según Juderías, comenzaron con Las Casas en su *"Brevisima relación de la destrucción de las indias"*.

atrajera tanto al individuo como al pueblo en conjunto. Ese ideal debía reflejarse en el trabajo.³²

Con estas palabras nos habla de ese ideal trascendental: “Llegar al ideal del universo y de la humanidad e identificar al espíritu con él, para vivir sacando fuerzas de la acción”.³³

Encontrar un ideal que uniera al pueblo español es una esperanza compartida de Unamuno y Ortega. Y es que esa España noventaoyochista agonizaba, pero tenía esperanzas aún. La hispanidad es un contradictorio sentimiento de muerte y renovación; de añoranza por el pasado, pero también de modernidad. Unamuno encontró que los errores sólo son visibles en lo permanente; también lo positivo, lo que define la identidad de España y le da su grandeza espiritual puede hallarse en las huellas de la tradición.

No es difícil que el espíritu de hispanidad que Unamuno contribuyó forjar aún sin mencionar la palabra explícitamente, se transmitiera o se compartiera con las recientes repúblicas americanas en un momento clave para su autoafirmación. Los pensadores de esta región exaltaron ese sentimiento que compartía toda la América que había pertenecido al imperio español, pues sobrevivía en sus venas y era parte fundamental de su identidad. Era el espíritu que los ayudó a valorarse, y encontrar lo que eran y por qué debían luchar. El espíritu de la hispanidad cristalizó cuando en Hispanoamérica empezó a hablarse de crear una Confederación.

³² Varios aspectos de las ideas de Unamuno se relacionan con el krausismo, como la idea de la religiosidad inmanentista del pueblo español ligada a un ideal nacional común de orden trascendental.

³³ Unamuno, *op. cit.*, p.84

1.3. La trampa de Calibán o la hispanidad americana

“¿Es que acaso España no es la Madre y sigue siéndolo, porque las maternidades no prescriben?”
-Porfirio Díaz, presidente de México
(1876-1910)

“Aunque aprendas, la bajeza de tu origen te impedirá ser uno de nosotros”
-Próspero dice a Calibán, en
“*La tempestad*” de Shakespeare

José Cecilio del Valle, en su periódico “*El amigo de la patria*”, escribió lo siguiente el 30 de octubre de 1821:

No odio a los españoles, ni gozo de su mal. Españoles son los que me comunicaron la vida, los que me enseñaron la religión santa que profeso; los que me dieron el idioma hermoso de Castilla; los que engendraron a la que es objeto de mis amores y madre de mis hijos. Recibid, padres amados de mi ser, votos de gratitud. Respetaré siempre la memoria de los autores de mi existencia. Pero los deberes de la filiación no son contrarios a las obligaciones del patriotismo. En América me engendrateis, América es mi patria, y todo ciudadano debe amar al que la tenga.³⁴

Estas palabras resumen el sentimiento criollo hacia España una vez constituidas las repúblicas independientes de América Latina. Son palabras de nostalgia, de aprecio por la herencia cultural; pero también de libertad e independencia, nada contrarios a lo que este prócer de la independencia centroamericana llama “deberes de la filiación”.

El siglo XIX fue de reconstrucción nacional. Los jóvenes países que se separaron de España a principios de este siglo, buscaron símbolos que les permitieran definirse y autoafirmarse como naciones independientes. Exaltaron sus peculiaridades pero también lo que entre ellos tenían en común; esto es: la lengua castellana, la religión católica.

³⁴ Del Valle, José Cecilio, en *El amigo de la Patria*, De la fecha 30.11.1821., en de la Garza, Mercedes, comp. *En torno al nuevo mundo*, FFYL, UNAM, 1992.

Ya he mencionado que en este período se dio un fuerte rechazo a España, sin embargo, de ella se recuperan los aspectos culturales que podían unir a los hispanoamericanos, especialmente la lengua castellana. España era a fin de cuentas quien había transmitido los valores culturales que harían a esta región diferente a otras.

La utopía bolivariana proclamó la unión de América del Sur para evitar nuevas invasiones del exterior; y las bases ideológicas para poder lograr la unión las encontraron en esos aspectos culturales comunes. Como lo dice Rojas Mix, esta fue la primera etapa del hispanoamericanismo, que se concretó en el ideal de Confederación proclamado en la Carta de Jamaica y luego en los tratados bilaterales de Bolívar con otros países hispanos para crear una sociedad de naciones unidas y defenderse así contra las agresiones del poder extranjero. Los tratados logrados con pleno éxito fueron el de Mosquera-Monteagudo, y luego el de Santa María Alamán. Otro logro fue el Congreso de Panamá, que en su "Circular de Lima" invitó a los países hispanos excluyendo a Brasil, a Estados Unidos y a los países aún dependientes.

Dentro de estos numerosos proyectos, son dignas de señalar las propuestas hispanoamericanistas del conservador mexicano Lucas Alamán (1792-1853), quien en sus memorias ministeriales ante el Congreso nacional, advertía el peligro que todavía en la década de 1820 seguía representando la metrópoli española para los países hispanoamericanos. Según nos dice Salvador Méndez Reyes, Alamán presentó un gran interés en estrechar los vínculos con las ex colonias del continente, y para ello propuso enviar dos diplomáticos mexicanos a los países hispanoamericanos para invitarlos a crear un sistema que los ayude a enfrentar conjuntamente los problemas comunes.³⁵ Asimismo insistió en la creación de una Asamblea General Hispanoamericana, subrayando la necesidad de excluir la presencia de potencias ajenas a esta área cultural, pues esto había sido la causa del fracaso de los congresos anteriores.³⁶

³⁵ Cfr. Méndez, Reyes, Salvador, *El hispanoamericanismo de Lucas Alamán*, México, Cuadernos Americanos, Universidad Nacional Autónoma de México, No. 32, 1992.

³⁶ *Idem.*

Pero estas propuestas no se llevaron a cabo. Ocurrió lo mismo con el gran sueño de Bolívar, el cual perdió su fuerza hasta que José María Torres Caicedo presentó en Francia su gran proyecto de Unión Latinoamericana, de la cual hablaré más tarde.

El hispanoamericanismo se volvió distinto a finales de este siglo: pasó del dominio liberal a otro más bien conservador. Junto al pensamiento liberal, que declaró a España el lastre cultural por excelencia al haber dejado de la época colonial una herencia de retraso manifiesta en las corporaciones políticas, la mentalidad religiosa, lo poco utilitario así como la ausencia de un espíritu mercantil; a fines del XIX surgió un sentimiento de recuperación de la “Madre Patria”.

Esta necesidad de volver al ibérico “útero materno”, se dio por parte de dos principales grupos: uno formado por clases acomodadas, que buscaban sus raíces en Europa para distinguirse de los demás grupos sociales; y otro intelectual que no podía desprender el elemento hispánico en la conformación de las razas americanas para definir su identidad. El primero podemos identificarlo desde la época colonial hasta principios del siglo XIX; y el segundo, desde principios de ese siglo hasta mediados del XX, aproximadamente.

Para hablar de ese nuevo acercamiento entre España y los hispanoamericanos, cuyos protagonistas fueron los mencionados grupos, tendremos que referirnos al contexto que vivían los países hispanoamericanos. El contexto nos habla de una amenaza muy específica que fue quizá el principal factor de acercamientos entre España y América. Esta provenía de la constante penetración cultural, económica y política de Estados Unidos en Hispanoamérica, que había comenzado a desplegarse desde mediados del siglo XIX.

Luego de la serie de independencias de los países hispanoamericanos, tuvo lugar un largo proceso de conformación nacional. Sabemos que la inestabilidad política fue la característica principal de este siglo, manifiesta en la formación de oligarquías que al desplazar a los metropolitanos se hicieron del poder. La situación de México es representativa en este caso: sus fuerzas políticas estaban poco organizadas favoreciendo el

predominio de posiciones personalistas así como la eterna lucha entre liberales y conservadores.

En este país la postura hacia los españoles era clara; por un lado encontramos a los liberales hispanófobos cuyo objetivo era la expulsión de peninsulares; y por otro, los grupos más conservadores, generalmente los más poderosos económicamente, opuestos a la apertura religiosa; que se sentían legítimos herederos de la cultura hispánica. Sin embargo, esta dicotomía entre liberales-conservadores no siempre resultan claras. Si bien los liberales se sentían impulsados a extraer todo elemento español, algunos caudillos, como Santa Anna o como lo hemos visto con José Cecilio del Valle, defendieron a la Iglesia y la herencia hispánica, grupo identificado plenamente con su origen peninsular.

El panorama hispanoamericano es similar al mexicano en estos aspectos. La República Federal Centroamericana se proclamó con Francisco Morazán en 1823, quedando ésta dirigida por oligarquías. Por su parte, el presidente Francisco de Paula Santander buscó crear la Confederación Andina, lo cual resulta un fracaso.

Así, estos intentos de crear una Confederación unida bajo los elementos en común de los cuales he hablado, son reflejo del ideal bolivariano de unir a América. Pero la dificultad en su organización y las constantes luchas por el poder harán de estos intentos tan solo irrealizables utopías.

Pero no se dejaba de pensar en el futuro de Hispanoamérica. Era un gran proyecto que ocupaba a sus pensadores iluminados por el fuego del romanticismo, por las encendidas palabras de la lejana Francia y su libertad, igualdad y fraternidad.

Andrés Bello fue uno de estos hombres ansiosos por dirigir el rumbo de esos países poco dispuestos a cometer los mismos errores de Europa. A escala chilena, imagina lo que debía ser un Estado hispanoamericano. Comprendió la necesidad de la cultura hispánica mediante la salvación de la unidad lingüística. También habló de establecer un derecho

hispanoamericano como factor de unidad. América hispánica era a fin de cuentas un imaginario.

Mientras tanto las jóvenes repúblicas y confederaciones se desangraban. Era difícil aplicar sistemas políticos extranjeros. Los problemas internos eran casi imposibles de resolver, y si bien España ya no era un enemigo político, estas repúblicas se convertían en nuevos puntos de interés para los demás países europeos. Además, un nuevo enemigo se enfilaba para competir con ellos: los Estados Unidos.

Desde mediados de ese siglo, las naciones recién independientes fueron sufriendo el desequilibrio que implicaba el proceso de “americanización” del continente. Después de la Reconstrucción estadounidense, éste país se incorporó al proceso de expansión colonial, rompiendo la promesa de Washington, de no intervenir en los asuntos externos. Ya vimos en el primer capítulo cómo el aislacionismo estadounidense se rompió a raíz de la guerra con España, factor propiciado por el texto del oficial de Marina Alfred T. Mahan que planteaba la necesidad de la expansión naval para proteger las rutas comerciales.

La América hispánica, desde 1850, había entrado en una fase de gran expansión comercial. Como sabemos, se le debe mucho a los sistemas crediticios británicos que encauzaron la producción de acuerdo a sus intereses, permitiendo además la concentración de capitales para acometer grandes empresas: los ferrocarriles, las manufacturas, e innovaciones técnicas en general. Así es como estos países se incorporaban al comercio internacional; aumentando sus áreas productivas y especializándose en el sector agrícola. Sólo países como México, Argentina y Brasil lograron diversificar su economía y lo más importante, fomentar su industria. Pero contrariamente a lo que se esperaba en el resto de América hispana, el impulso económico, basado en las exportaciones al exterior, sólo logró acentuar la dependencia

La expansión económica de América Latina en este período continuó siendo inducida abrumadoramente por las exportaciones, y por ende, por la tracción de la demanda de las economías industriales avanzadas. Las economías reaccionaron de diversas maneras ante estos estímulos, y el resultado fue que

la diferenciación estructural entre los países y las regiones del hemisferio, que, por supuesto, ya existía antes de 1870, aumentó todavía más.³⁷

Las potencias europeas, como lo explicamos en el apartado anterior, se encontraban en rivalidad por el reparto del mundo, especialmente en aquellos puntos comercialmente estratégicos. Y América Latina fue un punto importante. La banca inglesa, por ejemplo, entraba en competencia a principios del siglo XX con las bancas francesa, alemana y norteamericana, a pesar de que éstos últimos se encontraban, al igual que los latinoamericanos, en un momento de definición nacional. Pero sus expectativas de dominio en el hemisferio, aunadas al perfil mercantilista que en este país se iba delineando, los llevó a buscar las estrategias de predominio y discursos legitimadores, motivo por el cual se convirtieron en los nuevos rivales de los europeos.

Los Estados Unidos se vieron envueltos gradualmente en las rivalidades internacionales del hemisferio; ya que durante muchos años estuvieron preocupados por el control de Europa en la región. En el momento de la independencia de América Latina, el objetivo de Estados Unidos era impedir que se restaurara el antiguo orden colonial de mercantilismo económico y autoritarismo político.³⁸

El despliegue estadounidense fue manifestándose en su inversión bancaria, pero es muy importante también su intervención directa en Hispanoamérica para hacer prevalecer sus intereses tanto económicos como geopolíticos. El principal argumento para enviar a sus marines y colocar gobiernos a su conveniencia, fue ante todo el de dar seguridad física y económica a los ciudadanos estadounidenses que habitaban países hispánicos ante cualquier posible riesgo.

Pero sus intereses no eran exclusivamente económicos ni mucho menos de seguridad. Dentro de esta nación también se dieron importantes discusiones en torno a las

³⁷ Bethel, Leslie, *Historia de América Latina*, Tomo 7, cap. I, Barcelona, Crítica, 2000, p.8.

³⁸ *Ibid.*, tomo 7, cap. 3, p.72.

formas de dominio que debían ejercerse con la América Latina. Y una de ellas consistía en el dominio cultural, en la imposición del protestantismo y de su modelo republicano:

Los estadounidenses estaban seriamente divididos en lo que respecta a las medidas concretas que había que tomar y, sobre todo, al uso de la fuerza militar. Complicaba aún más el debate el resurgir de un elemento ideológico en el patrimonio de una nación. Se trataba de una creencia de que el país —a veces en conjunción con otros anglosajones— tenía el destino "manifiesto" consistente en redimir al mundo propagando la civilización anglo-norteamericana, la forma de gobierno republicana y el cristianismo protestante. Muchos incluían en el epígrafe de la civilización el fomento del desarrollo económico, la educación y la higiene pública.³⁹

Así fue como se enajenaron Cuba, para luego tomar la iniciativa de bloquear los puertos venezolanos cuando este país se declaró insolvente. Otro caso, quizá el más trascendental, fue el canal de Panamá. El presidente Roosevelt elaboró el llamado "corolario Roosevelt" a la doctrina Monroe el 6 de diciembre de 1904, en el que se declaraba que, siendo los regímenes iberoamericanos inestables e incapaces de garantizar la seguridad a los extranjeros y pagar sus deudas, se hacía necesario crear una política internacional que lo garantizara, reservándose dicho papel los Estados Unidos, y aplicando lo que después se llamaría la política del "gran garrote"; y con base en el interés económico, el presidente Taft la llamó "diplomacia del dólar".

Una nueva forma de colonialismo tenía lugar por parte de este nuevo país anglosajón. Ya no era tan importante la enajenación de territorios como había ocurrido hasta entonces por parte de las naciones europeas. Más necesario aún era el acaparamiento de mercados y la ubicación estratégica que lo facilitara. Quizás esto implicara la imposición de una cultura distinta a la cultura hispánica. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en una nueva amenaza para algunos latinoamericanos; pero un modelo a seguir, para otros.

³⁹ *Ibid.* p.84

El positivismo

La América hispánica, desde los albores de su independencia, estuvo amenazada por las potencias extranjeras. La constitución de su identidad, o de sus identidades, estuvieron marcadas por su defensa frente a estos enemigos.

Llegado el final del siglo XIX, varias eran las propuestas para conformar naciones fuertes, libres y soberanas. Ciertas corrientes ideológicas europeas y estadounidenses eran adaptadas para conseguir estabilidad, progreso intelectual y crecimiento económico.

El positivismo fue quizá la más importante de ellas; pues dicha corriente aparecía como el mejor instrumento para sentar las bases del orden material y mental; además de aportar nuevas herramientas para interpretar el pasado.

España era el símbolo del retroceso colonial, del orden corporativista, y de toda la herencia cultural que impedía al hemisferio americano del sur ser moderno y equipararse a las grandes potencias de ese momento.

La América de origen ibero tiene conciencia de una doble marginación respecto de la América sajona y a la Europa occidental. Para rebasar esta marginación había no sólo que quitarse los avíos impuestos por el coloniaje ibero, sino también la cultura y la visión del mundo heredada de ella. Para superar el atraso y la marginación habrá que hacer de los pueblos iberoamericanos, pueblos semejantes a los del Mundo Occidental, a los de Europa al otro lado de los Pirineos y a los Estados Unidos en América: Había que renunciar a la identidad vista como impuesta por tres siglos de coloniaje.⁴⁰

Porque la América anglosajona era un modelo a seguir, era el paradigma del progreso, de modernidad. Pensadores como Juan Bautista Alberdi reconocieron en ella su

⁴⁰ Zea, Leopoldo, "*Domesticación de lo desconocido*", en *Regreso de las carabelas*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1993, p.64.

“egoísmo constructivo”, su valoración del trabajo como una virtud, su eficacia productiva y sus formas democráticas.

Aceptar el pasado hispánico significaba reconocer la dependencia y alejarse de la modernidad. Había pues que asimilarse al modelo anglosajón y emancipar a los países de la tutela externa.

Pero si bien los Estados Unidos eran un modelo para los positivistas latinoamericanos, no todos pensaban que España era el enemigo. En México, el grupo “La Libertad”, integrado por Justo Sierra, Francisco Cosmes, etc, este pasado hispánico era parte integral de la identidad de los mexicanos. Sus bases ideológicas, embebidas del positivismo compeano, los llevaron a comprender la realidad de la diversidad étnica nacional: formada por indios, mestizos y blancos de origen europeo. Sierra anunció que el ideal de integración podía lograrse por medio de la educación basada en los avances científicos. Uno de los principales problemas para llevar a cabo este proyecto era la raza india, cuyo mal no era otro sino, de “educación y nutrición”.⁴¹ Reconocía, asimismo, que la tutela española le había impuesto un mal incurable a los demás grupos debido a su política de opresión y tutela. Sin embargo, su herencia cultural no podía ser rechazada. Francisco Cosmes, al mostrarse como hispanófilo; “perpetuó el anterior concepto criollo de la nacionalidad, y al igual que los españoles residentes, ligó la identidad mexicana con la española”.⁴²

Sierra admiraba a los Estados Unidos, principalmente por el buen funcionamiento de su modelo liberal así como al protestantismo; pero si bien no fue un apologista de la acción española en América, reconoció la amenaza que el país del norte representaba para México: “El instinto de Justo Sierra fue el de ‘conservar el espíritu latino de nuestra nacionalidad’, un espíritu formado en última instancia por valores religiosos”.⁴³

⁴¹ Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, La Relfexión, 1991, p. 362.

⁴² *Ibid.* p. 398.

⁴³ *Idem.*

Frente a la amenaza, es conocida la propuesta de Sierra por consolidar un gobierno fuerte, y sus modelos a seguir estuvieron encarnados en la figura de Thiers en Francia, y sobre todo, por Emilio Castelar. Su admiración por éste, presidente de la Primera República española (1873), y las relaciones diplomáticas que con él mantuvo, fueron de suma importancia en la reconciliación de España con las jóvenes repúblicas americanas.

Otros positivistas latinoamericanos no se mostraron conciliadores con España, y tampoco estaban de acuerdo en la incorporación de todas las capas sociales al hablar de un proyecto nacional. Por eso debía exterminarse a las razas autóctonas e inyectar en América la sangre europea. Así lo indicaban los romanticistas Domingo Faustino Sarmiento en Argentina o Mariano Cornejo en Perú. La raza india y las mezclas que de ella resultasen, sólo podían prolongar el rezago material e intelectual que ya predominaba en estos países. Era de esperarse una nueva reivindicación de lo europeo, para acabar con estos males congénitos de la sociedad.

El positivismo adaptado en la América hispánica les había propuesto diversas interpretaciones de su realidad y tareas para construir las nuevas naciones. Encontrando que las condiciones eran muy distintas a la europea o a la norteamericana, había que desarrollar nuevas formas de comprenderse, de identificarse. Algunos decidieron anular el pasado hispánico; otros decidieron incorporarlo al presente de manera sistemática. Finalmente se trataba de una herramienta importada para imitar otras realidades.

Esta corriente propició la admiración a los Estados Unidos por una parte, pero por otra, la reinterpretación de la realidad que este pensamiento aportó, dio mucho que pensar acerca del origen hispánico y sus repercusiones en la identidad. Si bien España fue vista como el lastre cultural por excelencia, pronto volvería a ser recordada con buenos ojos, principalmente, por los grupos conservadores de la sociedad.

La reacción hispánica

Tanto España como sus ex colonias no podían dejar de ver en Norteamérica una amenaza para su territorio y su cultura. Ciertos grupos políticos latinoamericanos veían en esta otra América un ejemplo a seguir por el poder de su voluntad; por su rápida evolución. Y sobre todo, el republicanismo norteamericano que a pesar de haberlo considerado como el modelo de democracia, era al parecer imposible de lograr en esta región.

Pero desde fines del siglo XIX y principios del XX, se preveía que la Unión americana aprovecharía el desequilibrio político de las jóvenes naciones hispánicas e iría arrebatando la autonomía celosamente conseguida. Se creía que a la manera colonialista europea del siglo XVI o XVII, el nuevo país de origen anglosajón impondría su cultura, su religión, y sus modelos político- económicos.

El contexto, las formas de dominio, y los medios para llevarlas a cabo eran nuevos. La tecnología facilitaba la comunicación, el desplazamiento. Desarrollar estos factores era el paradigma de la modernización. Había que modernizarse entonces para tener el mundo en la mano, para tenerlo todo a los pies; y los Estados Unidos eran la prueba de ello.

España veía que se había quedado atrás, que había sido incapaz de incorporarse a esos cambios, a una nueva concepción del mundo que dejaba ver que el más fuerte era quien mejor accediera a las tecnologías, quien no escatimara recursos para financiar una empresa bélica. Ya no podía recuperar sus antiguos territorios en América por no haber “actualizado” su modelo imperial. No quedaba nada por hacer sino recuperar lo que concretamente quedaba de España en América: su cultura.

En este contexto, donde el positivismo había sido determinante para formar gobiernos y nuevos proyectos nacionales, España procuró renovar sus vínculos con su imperio. Como vimos en capítulos anteriores, la redefinición del *homo hispanicus* llevada a cabo por pensadores como Miguel de Unamuno, Angel Ganivet, Ortega y otros; sirvieron

de base ideológica para establecer un nuevo tipo de relaciones basadas en lo más hondo de los valores hispánicos.

Ganivet, con idea de “transformar nuestra acción de material en espiritual, proponía que España debía seguir siendo imperial, pero sin intereses materiales.”⁴⁴ Por su parte, Ortega y Gasset, quien había estudiado los problemas de España en su historia, localizando el problema central en la “invertebración”, o bien, en la falta de cohesión entre las provincias españolas; opinó, refrendando a Hegel, que “América ocupa un lugar marginal en la historia por su propia juventud, y por eso resultaba imprescindible proyectar el legado cultural y espiritual hispánico al Nuevo Mundo”.⁴⁵

Con estas bases por parte de la filosofía de la Generación del 98, los gobiernos españoles que siguieron a la Restauración procuraron acercarse a América Latina reinterpretando esos aspectos de la historia en común, dejando de lado la leyenda negra sobre los acontecimientos de 1492 para hablar de sus grandes aportes y fomentar su revaloración frente al utilitarismo y protestantismo estadounidenses.

Como ejemplo de esta recuperación, se retomó la obra del barón de Humboldt, que mejoró la visión que los europeos tenían de los americanos. Fueron importantes también los eventos organizados por Rafael Altamira y los americanistas, como la visita de éste a México 1886 y su Congreso Internacional de Americanistas en 1881; luego se formó la Unión Iberoamericana en 1884; y los importantes festejos del IV Centenario en 1892: La hispanidad americana cobraba nuevos bríos.

España se convirtió, en América Latina, no sólo en el catalizador cultural sino también en un modelo político a seguir, especialmente durante la República de Castelar. Los prejuicios liberales anti-hispánicos cedieron ante un sentimiento de filiación nuevo, reforzado por los grupos más conservadores de la sociedad. Tener ascendencia española

⁴⁴ González Calleja, *op.cit.*, p.14.

⁴⁵ *Ibid.* p.15.

significaba para ellos estar cerca de Europa, o bien, ser distinto al resto de la población conformada por indios y mestizos. Ser europeo significaba ser moderno.

La reconciliación con España estaba ligada a la preocupación por la modernidad. Es especialmente el caso de gobiernos latinoamericanos como el de Porfirio Díaz en México. Modernidad entendida como el gran proyecto de civilización impuesto por los europeos, basado en el optimismo por el progreso tecnológico; en la visión lineal de la historia, donde los europeos eran el actor principal, en la concepción del individuo autónomo. Si bien se había pensado que España era el “retraso”, bien podía aparecer como el elemento “civilizador”, o bien “europeizador” de los latinoamericanos.

Y es que la ciencia decimonónica teorizaba sobre la superioridad de ciertas razas frente a otras; por lo tanto, mientras mayor fuera la asimilación sanguínea a la raza blanca, que en América Latina estaba representada por los españoles americanos, mayores iban a ser las capacidades de un individuo.

Llegado el año de 1892, el IV Centenario del Descubrimiento de América, se hizo patente esta voluntad de reconciliación con España y la identificación de ésta con la civilización. Cristóbal Colón fue recordado como el héroe por antonomasia. Su imagen se volvió estereotipo: el hombre que encarnó todas las virtudes, cargando una leyenda sobre sus dotes casi místicas. Es digno de mencionar, como ejemplo, el poema de Justo Sierra titulado “*A Cristóbal Colón*” pronunciado al develar la estatua del genovés en los mismos festejos:

¡Oh! Colón para hacer de tu renombre
eco digno de mis débiles cantares,
yo necesitaría
encontrar en el alma poesía
un mundo nuevo, como tu en los mares.
¿Por qué siempre una nube en esa frente?
¿Por qué una llama siempre en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ya deja
la sombra un horizonte, cuando alcanza
el corazón a vislumbrar la hora
en que va a convertirse la esperanza
en el primer destello de la aurora;
cuando en el éter surge un astro nuevo
que en la tiniebla alumbró nuestra ruta,

y bebe un ateniense la cicuta;
cuando el Sol de las almas centellea
y un justo sufre y muere en el Calvario,
es que la antorcha sacra de la idea
brilla en manos de un pobre visionario.⁴⁶

Colón fue comparado con Jesucristo, con Sócrates, con Dios mismo. El Descubrimiento de América se consideró el nacimiento de este continente, era el final del odio hacia Europa. Era el agradecimiento a España por haber dado a América una identidad. Las voces oficiales exaltaron gustosas lo que tienen en común con el resto de los países hispanos: la lengua, la religión, la raza; toda la herencia española que empezó a partir de 1492.

La historia de América cobraba sentido a partir de su contacto con Europa según estos grupos. Pensadores como Sarmiento, Bilbao o Alberdi, habían rechazado el pasado, habían visto a España como el peor de los males en la historia hispanoamericana. Pero en círculos conservadores decimonónicos, cuyos contactos sanguíneos y culturales estaban más ligados a España que en los otros grupos sociales; se reinterpretaba una historia que exaltara los momentos de contacto entre ambos “mundos”. Una historia que demostrara efectivamente la superioridad de los grupos acomodados por su estrecha relación con la antigua metrópoli, por asimilarse a aquel continente que representaba la civilización, los valores, la alta cultura, el buen gusto.

Para los mismos, la cultura estadounidense representaba todo lo contrario. La guerra de Secesión, donde los grupos económicos del norte desplegaron su influencia hacia el sur; representó el avance de un nuevo modelo económico basado en la importancia del incremento productivo con fines de lograr altos niveles de vida. Esto llevaba a economizar tiempo y esfuerzo, a asociar empresas con fines específicos; lograr metas comunes con el único fin de vivir mejor, y luego enriquecerse. La religión protestante consideraba el trabajo como un valor, daba virtuosismo a todo aquel dedicado a la producción material; porque el trabajo es una forma de acercarse a Dios. Dios los había hecho ricos; y los

⁴⁶ Sierra, Justo, “A Cristóbal Colón”, en Ortega y Medina José A., *La idea colombina del descubrimiento desde México*, Col. Nuestra América, CCYDEL, UNAM, 1987, p.35-38.

protestantes pronto se sintieron como un pueblo elegido. Su destino manifiesto era ser ricos y poderosos, era tener el mundo a su disposición.

Las elites latinoamericanas, con una fuerte herencia cultural española que les había enseñado conceptos como el honor, el refinamiento, el perfeccionamiento anímico ligado al cumplimiento de los sacramentos religiosos; no podía sino considerar el afán materialista estadounidense como un afán vil que nada entendía de estos conceptos. Para ellos, los bienes que el estadounidense se procuraba como fruto del trabajo, no hacían más que hundirlo en la peor de las miserias humanas: el deseo por el placer efímero; la voluntad por obtener lo material, lo que nada vale después de la muerte; lo que aleja al hombre de Dios. Había que revivir los principios de la espiritualidad española. Había que recrear la hispanidad.

Esta actitud viene de un sentimiento propio de su época, que exaltó las cuestiones de nacionalidad y de raza. Ese sentimiento venía del romanticismo historicista, que identifica a los estados-naciones con una raza, una cultura, y un idioma específicos. De ahí que se hable de una raza inglesa, una raza francesa o raza portuguesa. Es de esperar que también se hablara de una “raza latinoamericana”; y que ésta se procurara defender.

Encontramos entonces dos maneras de ver la herencia de España: la de ciertos grupos acomodados, que la veían como el modelo por excelencia de civilización; y la de intelectuales como Justo Sierra, para quienes se trata de la amalgama entre latinoamericanos.

Debe quedar claro que esta identificación con la espiritualidad española, por parte de los intelectuales hispanoamericanos era parte de la búsqueda de identidad latinoamericana. A esta búsqueda se le conoce como “americanismo”. Si bien se trata de recuperar la “espiritualidad española”, ésta se reconoce como parte conformadora de la esencia latinoamericana, mas no como un elemento superior a los demás.

La “raza hispánica” se unía entonces con el ideal de salvar los principios espirituales que la unían. Aparecieron los escritos de los grandes pensadores españoles de quienes hemos hablado, encargados de describir con todos los recursos poéticos lo que era el *homo hispanicus*⁴⁷ y su diferenciación con el burdo ser anglosajón. España revive, se inventa, demuestra todas sus capacidades vitales en una extensa producción artística. España nunca había muerto; había agonizado para revivir con nuevos bríos; con todo el anhelo de volver a dejar sus huellas en la historia.

Y la América que apenas se estaba encontrando a sí misma, reconocía al *homo hispanicus* de su interior. Ciertos grupos políticos latinoamericanos, como los que vimos, se reconciliaban con los españoles. Antes y después de la Conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América se fomentaba la hispanidad con base en los factores de los que también hemos hablado y se organizaban encuentros y proyectos conjuntos.

Los grandes pensadores latinoamericanos también empezaron a escribir para defender la cultura hispánica. Y es que la hispanidad aparece en momentos de crisis cultural, o de desgaste de la imagen de España frente al mundo.

América responde ante esta situación por medio de las letras. El modernismo, movimiento literario que renovó las letras; así como la obra representativa por antonomasia de la hispanidad americana: el “*Ariel*” de José Enrique Rodó.

Rodó y la espiritualidad de Ariel

El positivismo había sido una herramienta de conocimiento humano. Había sido una alternativa para que los hispanoamericanos encontraran quiénes eran y lo que debían hacer. Mejor aún; esta ideología los había ayudado a encontrar un destino y una forma de actuar.

⁴⁷ Concepto tomado de Miguel de Unamuno.

El uruguayo José Enrique Rodó, en su “*Ariel*”, del año 1900, expresa el miedo hispanoamericano hacia los Estados Unidos y las razones para hacer conciencia de la necesidad de reivindicar el espíritu hispanoamericano. Describe su visión acerca de la América del norte y afirma admirarla. Pero avisa del peligro que ésta representa como amenaza político-cultural.

El utilitarismo estadounidense le parece el alejamiento por excelencia del sentido humano de la existencia, porque éste tiende a la especialización del hombre en actividades particulares, con objetivos de índole material y no de orden espiritual:

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales.⁴⁸

Sin embargo, a pesar de su tendencia a la espiritualidad, sus influencias positivistas lo delatan cuando cita a Comte para reafirmar su rechazo a la especialización:

Un alto estado de perfeccionamiento tiene para él un grave inconveniente en la facilidad con que suscita la aparición de espíritus deformados y estrechos; de espíritus ‘muy capaces bajo un aspecto único y monstruosamente ineptos bajo todos los otros’.⁴⁹

Para Rodó el destino que une a los hombres no debe ser la especialización sino la “realización de la plenitud de su ser”, esto es, el desarrollo de todas las capacidades humanas; pero manteniendo siempre la libertad interior, donde: Tienen lugar todas las cosas delicadas y nobles, que a la intemperie de la realidad quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscriben: la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el ‘oficio antiguo’.⁵⁰

Esa “contemplación ideal”, el “oficio antiguo” del que nos habla Rodó, se refiere a una formación humana al estilo renacentista: el hombre que abarca todas las posibilidades humanas, en especial las actividades artísticas, dignificadoras de la existencia.

⁴⁸ Rodó, José Enrique, *Ariel*, SEP-UNAM, 1982, p.24.

⁴⁹ *Ibid.* p.23.

⁵⁰ *Ibid.* p.28.

El arte se considera una actividad dignificadora de la existencia, y por lo tanto, debe ser de interés universal. ¿Qué figura más ejemplar podía encontrar Rodó sino la figura de Ariel en “*La tempestad*” de Shakespeare? Ariel simboliza el soplo casi divino de inspiración humana que induce al arte, que pone en juego todas las capacidades del hombre sin limitaciones. Lo contrario a la especialización utilitaria estadounidense.

Los Estados Unidos del Norte representan la cultura de la especialización, y siguiendo el pensamiento de Rodó, serían por antonomasia, el pueblo que niega el alto destino humano.

La cultura de “la otra América” exalta la libertad, el trabajo, la religiosidad protestante; también la voluntad, el entusiasmo y la acción. Son virtudes que Rodó dice admirar. Los pueblos hispanoamericanos, avisa, están cayendo en la “nordomanía”, que es la inspiración en el sentido de la vida estadounidense para aplicarlo en los países hispanos. Y todo esto, tarde o temprano, llevaría a la pérdida de las más grandes facultades humanas, la pérdida de ese sentido espiritual propuesto por los valores de la hispanidad.

Rodó pide que Hispanoamérica se enfrente a la nordomanía reivindicando toda la tradición hispánica. Los valores que el uruguayo propone, como podemos ver, son altamente aristocráticos: exalta un concepto del arte y del buen gusto al que sólo podían acceder ciertos estratos de la sociedad. Incluso niega la democracia, y basa sus argumentos en el pensamiento de Renán, quien la considera como el “desenvolvimiento progresivo de las tendencias individuales y la disminución de la cultura”.⁵¹

La democracia, para Rodó consiste en una total igualdad, y ésta se opone a los intereses ideales, ya que toda igualdad de condiciones es en el orden las sociedades, como toda homogeneización en el de la Naturaleza, un equilibrio inestable.

Interpreta la democracia como la negación del orden; lo que puede llevar al triunfo a supremacías innobles, a formas de poder poco virtuosas y por lo tanto a un pueblo alejado

⁵¹ *ibid.* p.38.

de los valores y el verdadero sentido humano de la vida. Y no es que considere a otros grupos sociales incapaces de tomar decisiones, sino que para llevar un buen rumbo, la democracia debe estar en manos de aquellos que saben cultivar los altos valores espirituales, lo mejor de la cultura. Sólo ellos pueden expresar las mejores capacidades humanas para guiar una nación. “Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescindible elemento aristocrático, que consiste en establecer la superioridad de los mejores”.⁵²

Y es que el aristócrata es aquel personaje instruido en los valores cristianos y en el buen gusto; en el arte y la espiritualidad. Por ello los concibe Rodó, como “superioridades morales”:

Nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son motivo de derechos, son principalmente motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que nos excede en capacidad para realizar el bien.⁵³

Los Estados Unidos no sólo ejercían una democracia, sino que su sentido utilitario inspiraba tanto a los dirigentes como intelectuales hispanoamericanos en un momento determinante en la formación de la identidad nacional. Un modelo externo los inspiraba para reinterpretarlo y ejercerlo con fines de mejorar la realidad hispanoamericana; pero esto parecía a muchos, como Rodó, la negación de lo originario, de lo auténtico, lo hispano propiamente dicho:

Comprendo que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes [...] Pero no veo ,a gloria, ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu.⁵⁴

Rodó representa mejor que nadie al hispanoamericano tentado por recuperar los valores españoles encarnados en su heredera aristocracia criolla. A falta de una “índole

⁵² *Ibid.* p.46.

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Ibid.* p.50

perfectamente diferenciada” de la América hispana, ésta debe recurrir a los valores que todas sus regiones tienen en común: la raza, la tradición cultural. Eso es lo único que puede darle un aspecto cosmopolita, universal; su razón de ser en la historia universal. En América Latina, dice, “el pensamiento se conquistará por su propia espontaneidad”.

Darío y el modernismo

Reconocemos como modernismo a una corriente literaria auténtica de Hispanoamérica, cuyo precursor fue el nicaragüense Rubén Darío, y que apareció como una reacción ante el romanticismo, conciliando las formas estilísticas europeas: parnasianismo, simbolismo, realismo y naturalismo, dándole a la literatura hispánica un sentido universal.

Se ha entendido como modernismo a la corriente literaria inaugurada por Darío, inspirada en el simbolismo y parnasianismo francés, que ensayó nuevos procedimientos tanto en verso como en la prosa, así como una portentosa renovación rítmica.⁵⁵

Pero hablar de modernismo implica problemas, porque tampoco puede considerarse una corriente literaria y de sus respectivos miembros, con su momento de inicio de auge y de decadencia. Más bien, el modernismo, como dice Anderson Imbert “es el que nace y muere con Rubén Darío”⁵⁶. Se trata de una renovación en las letras, que adopta elementos de la poesía universal. Es un cosmopolitismo en la literatura; una síntesis de las formas literarias empleadas hasta entonces. “El modernismo, en realidad, no existe. Es solamente una forma mental que nos sirve para comprender hechos sueltos”⁵⁷. Es un movimiento que sólo puede comprenderse a través de ciertas obras, como ocurre con la generación del 98; donde participan ciertos autores, en un momento determinado; donde la postura en común era la mirada hacia Europa y la voluntad de renovación:

Estos hispanoamericanos coincidían entre sí no tanto por haberse puesto previamente de acuerdo, sino porque en todos ellos la postura en común era la

⁵⁵ Anderson, Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo I, 1970, p.398.

⁵⁶ *Ibid.* p. 401.

⁵⁷ *Idem*

de clavar los ojos en Europa [...] Ciertamente es que los respaldaba una herencia cultural: ante todo, la de la lengua española, que con sus peculiares formas interiores les abría unos caminos y les cerraba otros [...] Pero en general fueron cosmopolitas y exóticos. Gracias a libros románticos, parnasianos y simbolistas habían logrado una síntesis mental, y con esa síntesis mental escogían situaciones y armonías. Las letras se llenaron de lujos.⁵⁸

Cuando Darío llegó a España en el año de 1899, presintió el ambiente enrarecido en los medios intelectuales que ya hemos calificado de “decadencia moral”; ambiente donde los noventayochistas describían su frustración desde sus diversos puntos de vista, sin estar juntos necesariamente en la tertulia de un café. Ya había dicho alguna vez para un diario argentino; “Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto”, y quizá en ese momento volvió a su mente la misma frase al participar de ese sentimiento en la península ibérica.

Darío fue uno de los primeros que entendió lo que la guerra de Cuba había representado, y su viaje a España precisamente tenía la finalidad de hacer conciencia de ello. En el ambiente del pueblo español la atmósfera era más bien de indiferencia. Describía lo que pasaba, buscó a sus maestros; entre ellos José de Campoamor, o Núñez de Arce.⁵⁹ y se dio a escribir artículos como “*El triunfo de Calibán*”; o “*El crepúsculo de España*.”

Desde la celebración del IV Centenario, Darío había representado a Nicaragua como secretario de su delegación. Ahí leyó su poema “*A Colón*”, tal y como Justo Sierra había declamado su poema con título idéntico. Luego siguió viajando por Hispanoamérica, siendo de paso cónsul de Colombia en Buenos Aires, y terminando en su famoso viaje a España donde entró en una especie de contacto literario comparativo entre las más famosas corrientes literarias de su tiempo.

⁵⁸ *Ibid.* p.398.

⁵⁹ Pacheco, José Emilio, 1899: *Rubén Darío vuelve a España*, en Revista Letras Libres, México, junio, 1999, año I, Número 6.

En otro momento había repudiado a España. Pero su anti-hispanismo dio un giro a sus antípodas para comenzar a decir lo contrario. A Darío le dolía el acontecimiento de 1898, y tuvo conciencia del peligro que corrían las letras hispánicas. Ya lo habían mirado con desdén por sus influencias francesas; pero en realidad, Darío aglutinaba sus conocimientos literarios para construir nuevas formas expresivas.

Si ya se había hablado de crear una “Confederación espiritual”, como lo anunciaba Ganimet, y ésta idea quedó como un ideal, podemos decir que se concretó en el modernismo.

El modernismo reconcilió las formas literarias, y encontró que ninguna es contraria a otras sino que éstas se complementan. Darío dio una forma nueva a las letras hispánicas. Las renovó, les dio fuerza, así como un sentido actualizado para hacerles recuperar su porte a nivel universal. José Emilio Pacheco, en su artículo “1899, Darío vuelve a España”, nos dice que “El último defensor de Santiago de Cuba (Santiago, el apóstol guerrero que en calidad de espectro peleaba a su lado, abandona al ejército español en lo que parecía su hora final) es Don Quijote”.⁶⁰

Si la unión debía partir de un interés espiritual común, el elemento “hispanizante” por excelencia era la lengua. Y las letras mismas que describían ese espíritu de decadencia estaban en plena unión en su ideal común de rechazar la influencia del ámbito cultural “sajón”. El poema “*A Roosevelt*” dice así:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y que aún habla español.⁶¹

Poco a poco, revistas españolas empezaron a publicar a los hispanoamericanos, y una de ellas, publicada por el mismo Darío, fue la Revista nueva, donde autores como

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ Darío, Rubén, “*A Roosevelt*”, en *Poesías*, Editores Mexicanos Unidos, México, 2001.

Leopoldo Lugones, Santos Chocano, Luis G. Urbina o Amado Nervo, fueron más leídos que nunca.

Más tarde, Darío escribió su poema “*Los cisnes*”; donde reclama:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Cuántos millones de hombres hablaremos inglés?
Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?.⁶²

Darío es el poeta de la hispanidad en América así como Machado lo fue en España. Esta había deseado unir en su seno a sus hijas por medio de un llamado a la unión espiritual. Pero hubiera permanecido agonizante de no ser por la universalización de la lengua llevada a cabo por los hispanoamericanos. España reestructuró su espíritu. Un medio “Siglo de oro” volvió a resplandecer, pero los grandes méritos, los logros verdaderos en el ámbito espiritual, fueron posibles sólo gracias a la unión en la hispanidad:

¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
Ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
La nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
Que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
Ni que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
Tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Únanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
Formen todos un solo haz de energía, ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda; sólidas, inclitas razas,
Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.⁶³

⁶² *Ibid* p.68.

La latinidad de Torres Caicedo

Una fuerte preocupación para los españoles que quisieron defender la hispanidad fue la ampliación del uso del término “América Latina”. Se decía que hablar de América “latina” pretendía referirse a la influencia cultural europea, en especial la francesa, negando así o concediéndole menor importancia a la “obra” de España en América.

El término “América latina”⁶⁴, fue creado efectivamente por un francés; Michel Chevalier; durante la época de Napoleón III. Tal designación llevó a ciertos españoles (especialmente a hispanistas de la Generación del 98 como Maetzu) a entender que se trataba de un medio ideológico por parte de Francia para reivindicar su influencia en América. Para ellos, “latinidad” e “hispanidad” son conceptos opuestos.

En su libro *“América Latina y la idea de latinidad”*, Arturo Ardao nos habla de las discusiones sobre la dicotomía entre “raza latina” y “raza sajona”, que tenía lugar como parte del ambiente historicista de la época. Chevalier participó en ella y comenzó a hablar de una “América latina”, heredera cultural de un grupo de entidades geográficas cuya característica en común era el latín del cual habían derivado sus lenguas. El término apareció en sus *“Lettres sur l’Amérique de Nord”*, del año 1837, inaugurando una nueva forma de designar a esta región distinta a la América “sajona”. A parte de estas cartas, no volvió a utilizar el término sino de manera casual.

Si bien Francia tenía intereses en América, y Chevalier dice claramente que “La Francia es depositaria de los destinos de todas las naciones del grupo latinos de los dos continentes”; el epíteto de “latina” no se generalizó ni mucho menos fue elemento clave de una mentalidad imperialista. Todo lo contrario, fueron los hispanoamericanos quienes generalizaron el término.

⁶³ *Ibid.* p.66

⁶⁴ Nótese que escribo “latina” en minúsculas para denotar su carácter de adjetivo y hacer la distinción con la América “sajona”. Así lo escribe Arturo Ardao al referirse a la designación que de esta región hacía Torres Caicedo, antes de que comenzara a hablarse, oficialmente y con mayúsculas, de “América Latina”.

El nombre de “América Latina” se generalizó a partir de la divulgación que de él hizo Torres Caicedo. Sus intenciones nada tenían que ver con un afán de negar a España ni de acercarse más al continente europeo. Algo muy distinto. Recurre a él para diferenciar a la América española, portuguesa, francesa; latina; de la América sajona. La “latinidad”, vista de este modo, no es opuesta a la “hispanidad”, más bien refuerza la herencia europea, y especial la hispánica, para denotar la diferencia cultural con la otra América. Todo esto con fines defensivos.

El autor de “*Las dos Américas*” se siente decepcionado y preocupado por la situación del avance sajón, como todos los autores a quienes nos hemos referido. Su preocupación no sólo se debe al miedo a un imperialismo del norte, sino a un total dominio político de la región.

En el poema *Las dos Américas*, se refiere por vez primera a América como “latina”:

Más aislados se encuentran, desunidos,
Estos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse:
Igual origen tienen y misión;
La raza de América Latina,
Al frente tiene la sajona raza,
Enemigo mortal que amenaza
Su libertad destruir y su pendón.⁶⁵

Así, la latinidad es para Caicedo una forma, primero, de delimitar una región, y luego para darle impulso a la idea de unión que se venía arrastrando desde Bolívar. Todo ello con fines defensivos hacia el enemigo común de todos aquellos pueblos americanos que se saben herederos de una cultura “latina”:

Ya vimos caer fragmentos de América en las mandíbulas del boa magnetizador...
Ayer Texas, después el norte de México, y el Pacífico saluda a su nuevo amo.
Hoy las guerrillas avanzadas despiertan al istmo. He aquí un nuevo peligro.
El que lo vea, que renuncie al porvenir. ¿Habrà poca conciencia de nosotros mismos, tan poca fe en los destinos de la raza latino-americana?⁶⁶

⁶⁵ Torres Caicedo, *Las dos Américas*, fechado en Venecia en 1856, este poema apareció en *El Correo de Ultramar*, periódico dirigido en París por Torres Caicedo; en Ardao, Arturo, *América Latina y la latinidad*, México, CCYDEL, UNAM, 1993, p.63.

El término comenzó a utilizarse para designar a la América española, y poco a poco se hallaba en amplia circulación como un nombre definido y no como adjetivo ocasional. Desde 1850 quedó “América Latina” como la denominación político-cultural preferente.

Pero quizá el esfuerzo mayor de Torres Caicedo haya sido su propuesta de “Unión Latinoamericana”. Se trató de un proyecto político cuidadosamente organizado donde hace un llamado de unión a las naciones de América que habían estado bajo la tutela de países de habla latina, como España, Francia y Portugal. Denominar a esta América como “Latinoamericana” servía para diferenciarla de la América sajona, y así establecer las fronteras culturales entre las “Dos Américas”. De ningún modo, o por lo menos en el caso de Torres, esta denominación implicaba la “negación de España en América”, como muchos españoles criticaban. Simplemente se trataba de agrupar en un mismo bloque a los países de herencia latina para protegerse, de alguna manera, del “coloso del norte”.

Angel Ganivet, en su *Idearium*, publicado mucho más tarde que las propuestas de Torres, dijo : “No creo que nadie haya pensado en organizar una Conferencia política de todos los estados iberoamericanos”⁶⁷. Pero ciertamente entre los hispanoamericanos ya se preveían los proyectos de unión desde tiempo antes al desastre.

Hasta el franquismo se consolidó un nuevo proyecto de unión iberoamericana. Pero sus intenciones imperialistas, eufemísticamente llamadas “espirituales” minaron las intenciones positivas que pensaban darle los noventayochistas. La nueva hispanidad (en España) estaba por sistematizarse, consolidarse e institucionalizarse.

⁶⁶ Ardao, Arturo, *op.cit.*, p.63.

⁶⁷ *Vid supra* p.24.

.4. La hispanidad en el franquismo

-“El porvenir de los pueblos
proviene de la fidelidad a
su pasado”.

-Ramiro de Maetzu

La idea de hispanidad sufrió sus transformaciones a lo largo del siglo XX. Apareció como un llamado a la espiritualidad por parte de hombres de letras americanos y españoles, y con ellos llevada a terrenos concretos por medio de la literatura.

En la década de 1920 fue reconceptualizada como parte de la ideología de un gobierno que dedicó amplios esfuerzos en construir un Estado fuerte basado en el catolicismo y el orden que el mismo representa. Esta forma de gobierno tuvo sus antecedentes en la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y estuvo al mando del general Francisco Franco. Se le llamó nacional- catolicismo.

La hispanidad tuvo una fuerte presencia en el franquismo, y sus elementos ya estaban claramente identificados como parte de su ideología:

La Hispanidad se comportará como la idea que aglutine y de trabazón a conceptos tan dispares como Patria, Nación, Estado, Raza, Imperio o Religión, hasta tal punto que se convertirá en uno de los objetivos o valores referenciales de la ideología-cultura del régimen franquista en formación.⁶⁸

La recuperación de la hispanidad se inserta en un contexto influenciado por los crecientes nacionalismos europeos, en particular, los de origen nazi-fascista. El “nacional-catolicismo” español es una variante de estos nacionalismos, que consiste en el reforzamiento del Estado y a su estrecha vinculación con la institución católica. Esto habla de una voluntad de “europeizarse”, de estar al tanto de los cambios mundiales, pero a través

⁶⁸ González Calleja, *op. cit.*, p.2.

del resguardo de la tradición. Se trataba de mostrar a España ante el mundo por medio de las características que siempre quiso conservar de su cultura: la organización jerárquica, la lengua de Castilla, la “raza hispánica” y sobre todo, la religión.

González Calleja, historiador español, nos dice lo siguiente sobre el nacional-catolicismo:

Patriotismo exacerbado vinculado a una peculiar noción de ‘raza’; concepción jerárquico-autoritaria de las realidades social y política; visión armónica de la sociedad relacionada con un corporativismo de ecos arcaizantes; obsesión por la unidad nacional española y la defensa de la fe católica, en una interpretación maniquea de la historia que opone toda una concepción de la vida marcada por estas convicciones, a las supuestamente representadas por el liberalismo, la masonería, el socialismo o el comunismo.⁶⁹

En este apartado trataré de definir cuáles eran los intereses estatales que llevaron al nacional-catolicismo a buscar en la hispanidad la mejor arma ideológica para legitimarse. Veremos en qué consiste esta hispanidad, quiénes la esbozan, y sobre todo, qué se quiere obtener con ella. Luego hablaré de las reacciones suscitadas en los países americanos así como de sus razones para adoptarla o rechazarla. Revisar la hispanidad en el franquismo será el último paso que daremos para lograr entender los antecedentes teóricos que conformaron esta idea y le dan sentido en el presente.

Las ideas de la Generación del 98 fueron retomadas por primera vez durante el gobierno de Primo de Rivera para formar un discurso hispanista conservador, por parte tanto de la iglesia católica como de la monarquía. El monarca Alfonso XIII afirmó que “La vehemente aspiración de España consiste en renovar y fortalecer el estrecho abrazo con sus antiguas colonias y conducir a la raza hispánica a nuevas cimas de grandeza.”⁷⁰

Pero estos anhelos monárquicos quedaron en demagogia, puesto que Primo de Rivera no llegó a ejercer tales políticas, como iba a ocurrir después. Los sindicatos

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ Pérez Monfort, Ricardo, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p.21.

católicos, por su parte, mucho lo presionaron para apoyar a los católicos de América Latina, pues veían en ellos lo “mejor que quedaba de España” en ese continente. Esta presión católica provino de un hecho que es importante resaltar: el impacto de la Revolución Mexicana en América Latina, que difundía el temor de la Iglesia a perder sus tierras y la devoción popular. Las rebeliones cristeras encontraron todo el apoyo por parte de los católicos españoles, quienes veían que este país se alejaba cada vez más de los principios hispanistas: “Desde luego, la Revolución fue vista como una clara acción en contra de aquella ‘unidad espiritual’ que enarbolaba el hispanismo conservador, y en no pocas ocasiones los mismos liberales españoles condenaron el nacionalismo surgido del proceso revolucionario”.⁷¹

Se creyó nuevamente que la religión católica estaba amenazada por el protestantismo estadounidense. También se temía a la masonería. Por otra parte surgió el miedo a la infiltración del bolchevismo en América Latina pero estas ideas no tenían fundamentos reales. Eran los mismos miedos de fines del siglo XIX, ya que: “El hispanismo se declara enemigo acérrimo del socialismo y del comunismo, doctrinas que no solamente atentan en contra de la sociedad jerárquica sino que cuestionan el poder mismo de la Iglesia”.⁷²

Cuando Franco llegó al poder, su principal objetivo era crear un Estado fuerte y totalitario para consolidar una patria unida. La única forma de lograrlo era por medio de un Estado aliado con los sectores conservadores de la sociedad, como son el ejército, la Iglesia y los empresarios. Para todos ellos, era el catolicismo tradicional el común denominador.

Una vez creada la patria con base en principios jerárquicos retomados del tradicionalismo católico español; el ideal último del Estado falangista era extender los valores patrióticos fuera de España, empezando por las antiguas “colonias” en América. Es por ello que el ideal de la hispanidad franquista concluye en una voluntad imperial.

⁷¹ *Ibid.* p.31.

⁷² *Ibid.* p.17.

El estado español que consolidaron los reyes católicos tuvo ese mismo principio imperial: extenderse y asimilar a las provincias españolas primero, y a los territorios americanos después. De la misma manera deseaban los teóricos del franquismo dilatar la influencia de España a nivel mundial, pero al no tener los mismos recursos que el imperio de Isabel y Fernando, lo mejor era recurrir de nuevo a esa idea de imperio “espiritual”.

Hablar nuevamente de un imperio “espiritual” requería volver a exaltar los altos valores hispánicos: su cultura, la religión, la lengua. Mantener estos valores y difundirlos tiene trascendencia. Porque son la identidad española, plenamente identificada con la religión a través de su historia. El imperio es la misión a emprender por el pueblo español. Y es un imperio agresivo, porque sólo así, entendían los franquistas, podía lograrse un destino comunitario con la América hispana. Sólo así, creían, España extendería su influencia a nivel universal.

Ramiro de Maetzu

Quizá la hispanidad franquista no habría tenido el mismo impacto de no ser por este pensador que la sistematizó. Miembro del equipo teórico de la Unión Patriótica, partido de inspiración fascista, elaboró, junto con José María Pemán, los principios que legitimaron a este gobierno.

Maetzu es considerado miembro de la generación del 98. En su “*Defensa de la hispanidad*” nos dice que el término “hispanidad” lo pronunció por vez primera el sacerdote Zacarías de Vizcarra, basado en una visión profética atribuida a Santa Brígida, quien preveía el “resurgimiento de las juventudes hispánicas, para realizar la nueva cruzada de recatolizar al mundo”.⁷³

⁷³ *Ibid.* p.88.

Su hispanidad es ante todo, un llamado a emprender esa cruzada. Es una misión que consiste en llevar la religión católica y la cultura hispánica a todos aquellos que la desconozcan o renieguen de ella. España, para Maetzu, es la madre patria que llevó la semilla de civilización a América. Por lo tanto, es este continente quien le debe lo más valioso de su identidad, a lo cual debe responder con pleitesía.

Maetzu recurrió al pensamiento de la Generación del 98 para encontrar los componentes del ser español y definir la hispanidad. Pero buscó encontrarla por el mismo a través de la historia de España.

Su revisión histórica lo llevó a ubicar el principio de la decadencia española en las políticas de los Borbones, que secularizaron al Estado al hacer a un lado la tradición y los principios católicos. El afán de progreso de los gobiernos de Fernando VI y Carlos III, eran contrarios al espíritu español, pues estaban ligados, diría Maetzu, a un burdo interés económico, y peor aún, a la masonería. La emancipación de las colonias fue vista por este pensador como la consecuencia lógica de la pérdida de la hispanidad.

Primero el fracaso en la guerra hispanonorteamericana; luego el período de entreguerras que puso en duda el modelo impuesto por los países que hasta ese momento habían sido admirados por España, fueron factores que acabaron de bajar a tierra el sentimiento por recuperar lo español, por sistematizarlo y convertirlo en una verdadera ideología que guiara las acciones de un gobierno.

Maetzu propone que la hispanidad debe ser recuperada, antes que nada por los mismos españoles y luego proyectada a nivel universal. Pero más que exaltar los valores hispánicos como lo habían hecho los noventayochistas, propone un sistemático programa de gobierno enfocado a establecer las bases de un futuro imperio hispánico.

Dado que España es una patria espiritual, y sus principales valores están representados por la monarquía tradicional; es necesario restablecerla. Este es uno de los

principales puntos de su programa. La democracia resulta inadecuada si de guardar el orden y crear un nuevo imperio se trata. Va en contra de la estructura estamental propia de la administración española, heredada desde la primigenia formación nacional Castilla-Aragón. Maetzu nos dice que todas las almas son iguales en cuanto a que todas tienen la posibilidad de acercarse a Dios, pero contradictoriamente, niega la democracia. La diferencia entre los hombres está en su “nivel” de adoctrinamiento en el catolicismo. Recordemos que la legislación del Repartimiento o la mita pretendía regularizar el uso de la fuerza de trabajo indígena a cambio de ese “don preciado” que simbolizaba la evangelización. Una vez adoptada la fe, podían ser considerados iguales. Antes no.

Muy similar es la opinión de Rodó sobre la democracia, si recordamos lo mencionado en el apartado “*La trampa de Calibán*”, donde el autor también niega que ésta deba estar en otras manos que no sean aristocráticas. La “superioridad moral” de éstas es un “motivo de deberes”, tanto por sus valores cristianos, su conocimiento de las artes y su buen gusto, que hacen de ella una minoría ejemplar capaz de evitar el triunfo de “supremacías innobles”.

Y tomando en cuenta estas concepciones hispanistas sobre un buen gobierno, Maetzu considera que la monarquía tiene esa “superioridad moral imbuida de catolicismo” que debe adoptar un papel tutelar configurando el nuevo Estado contrarreformista que guíe el destino de la patria. Lo mismo que decía Ortega al referirse a una “minoría ejemplar” que orientara a las masas perdidas en ideas extranjerizantes, como se consideraba al utilitarismo estadounidense o al bolchevismo soviético.

En el caso de los países hispanoamericanos, Maetzu propone regímenes dirigidos por una oligarquía que siga las políticas hispanistas, así como la defensa del pasado común hispánico. Es importante mencionar que Maetzu encuentra aberrante adjetivar a la América no sajona como “latina”. Esto equivale a negar la obra de España en este continente, y la exaltación, por otra parte, de la influencia cultural del resto de Europa en esta región.

El imperio que busca Maetzu va más allá de proyectar los valores hispánicos a los países que parecían perderlos. Es una firme voluntad de “imponerse” ante el mundo como un modelo distinto, basado en la espiritualidad y en los más altos valores que puede aportar la religión católica. Dado que los países que hasta ese momento habían sido ejemplo de modernidad, se destruían a sí mismos por ambiciones de tipo materialista, la hispanidad debía convertirse en un modelo de orden y de superioridad cultural. Iba a crearse sólo al ser fomentado en los países hispánicos por medio de una fuerte campaña de rescate del idioma español, de la cultura y por supuesto, la religión.

Los puntos de la norma programática de la Falange Española, directamente conducida por Maetzu indicaba lo siguiente:

Tenemos voluntad de imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en la empresas universales.⁷⁴

España desea constituirse, como podemos ver, en el “eje espiritual”. Así nomina eufemísticamente a su nueva voluntad de dominio sobre América. La nueva hispanidad que trataba de imponerse (aún en la misma España), trató de llegar a las repúblicas hispanoamericanas, que anacrónicamente seguían siendo vistas como las “hijas de España”. Como lo había hecho la Generación del 98, en especial Ortega, Maetzu opina que toca a España resguardar a América, de otro modo pueden sobrevenir los fantasmas que ya conocemos: la invasión yanqui, el protestantismo, el dominio cultural de otras potencias.

Y para darle mayor contenido o quizá mayor agresividad a su llamado, Maetzu y la Falange recurrieron a la idea de una “raza” superior. Es de esperar que la influencia fascista diera herramientas a este elemento básico en los nacionalismos de mediados del siglo XX. La “raza hispánica” sería por antonomasia una raza superior. Y “raza” no se entiende en su sentido biológico. Raza implica la pertenencia a una entidad cultural, a un

⁷⁴ González Calleja, *op. cit.*, p.29.

conjunto de hombres con un pasado en común y con una unidad lingüística también común. España dio a todas las partes de su imperio su idioma y lo mejor de su cultura, de ahí que se sintiera obligada a hacer un llamado para recuperarlos.

En un folleto titulado "*La raza española*", otro pensador falangista, Antonio Juez, decía que "la lucha contra el marxismo, el judaísmo y la masonería", sería implacable, porque "España era, fue y será siempre una raza superior, una raza a la que han de ir vinculados todos los destinos universales"⁷⁵.

La "raza" hispanoamericana, de acuerdo a estos principios, es valiosa siempre que recupere sus raíces europeas, su lado "blanco", por así decirlo. Pues todo lo aborígen no sólo es despreciado sino completamente anulado por su "ausencia de civilización". Revistas hispanistas como la *Revista de las Españas*, sostienen esta opinión.

Estos principios teóricos de la hispanidad esbozados por Maetzu fueron la inspiración de los grupos conservadores que apoyaron el franquismo. El mismo Franco se presentaba como la figura por excelencia del "caballero cristiano" (como lo llaman Maetzu y García Morente) que toma la cruz y la espada para defender la palabra divina.

Este pensador le dio sentido y una base de acción a la hispanidad. El franquismo llevó sus propuestas a terrenos concretos, legitimando la formación de una sociedad jerarquizada basada en el catolicismo, y considerándose el protector por excelencia de la moralidad hispana.

Podría esperarse que la reacción en América Latina haya sido de repudio, sin embargo, fue más bien de indiferencia. El acercamiento del gobierno de Franco hacia América Latina se concretó por medio de eventos internacionales, en periódicos que simpatizaron con la Falange así como la creación de instituciones dedicadas a promover al partido franquista por medio de la difusión cultural hispánica.

⁷⁵ Pérez Monfort, *op.cit.*, p.97.

Recordemos que los acercamientos entre América Latina y España no eran nuevos. Habían comenzado desde finales del siglo XIX y se intensificaron durante el gobierno de Primo de Rivera. Un evento de particular importancia fue, la Feria Internacional de Sevilla, celebrada en 1929, donde España pretendió demostrar al mundo sus afanes de modernidad, pero conservando su sentido tradicional. El tutelaje moral de España con América Latina se enarbolaba a cuatro vientos. Con franco, ese tutelaje cobró nuevos bríos.

Ya para la década de 1940, se creó el Consejo de la Hispanidad, que en 1945 se convirtió en el Instituto de Cultura Hispánica. Su objetivo era mantener los vínculos espirituales con el mundo hispánico, pero propiciando la actitud intolerante del hispanismo conservador, fomentando el rechazo por parte de América Latina.

Otras formas de difusión de la actividad falangista fueron los diarios y revistas tanto españolas como latinoamericanas como "*El Debate*" o la ya mencionada "*Revista de las Españas*".

Pero ese momento histórico fue muy importante para la definición nacional en América Latina. Las décadas de 1930 y 40 se caracterizaron por el auge del "hispanoamericanismo", que exaltaba la originalidad de esta región cultural. Ya hemos visto que el positivismo le dio valiosas herramientas para entender su realidad y construir los discursos nacionales. Entender lo "hispanoamericano" implicaba la aceptación de una raíz "hispánica", una autóctona, además de otras procedencias. Lo prehispánico se recuperó entonces y despreciarlo habría sido un error. No podía existir ninguna hegemonía por parte de alguno de los dos componentes. Sólo comprendiendo la realidad en las múltiples facetas que la conforman, era posible hablar de identidad.

El hispanoamericanismo fue de la mano con los "nacionalismos" latinoamericanos. Uno de ellos, fruto de la Revolución mexicana, el gobierno de Lázaro Cárdenas adoptó la postura que consideraba al mexicano como una fusión y resultado de factores raciales y geográficos específicos. Los pensadores de su tiempo, como Samuel Ramos o Abelardo

Villegas, analizaron la composición del mexicano tomando en cuenta esa fusión, en la que no predominaba ni el factor hispánico ni el aborigen.

José Vasconcelos apoyó las políticas hispanistas, sobre todo en su revista *Timón*. Reconoció dos corrientes de origen hispano conformadoras del ser hispanoamericano: la “mística del catolicismo español”, por un lado, y el “idealismo pragmático del conquistador”.⁷⁶ Estos factores habían repercutido en la conformación del ser hispanoamericano, y habían servido además para argumentar el rechazo a las políticas estadounidenses. Pero *Timón*, por otra parte, llegó a tener criterios anti-indigenistas y profalangistas.

Cárdenas había entendido la hispanidad como un nuevo afán imperialista, aunque en realidad fue tolerante con las actividades de la Falange en México. Poco a poco fue reduciendo su campo de acción.

Cuando dio asilo político a los republicanos, éste fue visto con buenos ojos por la sociedad mexicana; incluso Vasconcelos cambió de opinión. El presidente, quien consideraba a la raíz hispánica como parte de los orígenes nacionales, anunció que se trataba de: “Una aportación de fuerza humana y de raza afin a la nuestra, en espíritu y en sangre, que fundida con los aborígenes contribuyó a la formación de nuestra nacionalidad”.⁷⁷

Esta acción mexicana fue duramente criticada por el gobierno franquista, ya que fue vista como un intento por “atomizar la unidad imperial”. Y es que todo nacionalismo, “provincialismo”, o todo tipo de autoafirmación se relacionaba con aspiraciones utilitarias, que negaban rotundamente la espiritualidad de la que España era portadora.

Sólo los grupos católicos, como el Sinarquismo, apoyaban la causa del hispanismo conservador. Sólo ellos se levantaron para criticar a Cárdenas por “haberse dejado

⁷⁶ *Ibid.* p.35.

⁷⁷ *Ibid.* p.155.

convencer por las ideas bolcheviques”. Su “doctrina de salvación” consistía en resguardar la fe católica, las tradiciones hispánicas, la familia el orden político cristiano. Su simpatía con Franco tenía que ser absoluta.

Finalmente el imperialismo falangista comenzó a menguar dados estos roces con los hispanoamericanos, además de la presión estadounidense por conformar un bloque continental. La Falange se identificaba con los orígenes nazis, hasta que quedó disuelta en 1942.

Tal vez fue la presión estadounidense la que no permitió el arraigo de la Falange y por lo tanto de su ideal imperial. Pero también es cierto que ese ideal no podía tener futuro en un momento en el que prevalecía el discurso del Estado- Nación en Hispanoamérica.

A pesar de haber calificado a su imperio de “espiritual”, la Comunidad Iberoamericana no pudo cuajar. Ni siquiera llegó a formar una unión concreta por medio del Consejo de la Hispanidad.

España no podía aceptar dejar de ser la “Madre Patria”. Y con el tiempo, además, la larga dictadura le dio mayor peso y extensión a la leyenda negra sobre la España “retrógrada” y fanática, incapaz de incorporarse al ritmo de la historia. Tenía que llegar un momento en el que España se sacudiera de todas esas habladurías, que le mostrara al mundo que era moderna, y sobre todo, capaz de colocar al frente los valores hispánicos. Pero eso llegó muy tarde. Hasta 1992.

Handwritten notes at the top of the page, possibly a title or introductory text, which is mostly illegible due to fading.

Main body of handwritten text, consisting of several lines of cursive script. The text is very faint and difficult to decipher, but appears to be a continuous paragraph or list of items.

1.5. En busca de la hispanidad

Hasta aquí hemos hecho un repaso por el pensamiento español y latinoamericano con el objeto de encontrar una definición acorde a la idea de hispanidad. Vamos a recapitular los temas que se han presentado en torno al estudio de esta idea.

Ciertamente es una idea compleja que difícilmente podemos abarcar en una definición. Habíamos partido de la idea que “hispanidad” es un sentimiento nostálgico hacia todos aquellos aspectos culturales compartidos entre España y los territorios que formaron parte de su imperio, aspectos tales como la religión católica, la lengua de Castilla, una historia que comparte puntos en común; entre otros. Tal sentimiento ha dado lugar a una conciencia de unión entre iberoamericanos, otorgando a su vez sentido a todo intento de formar una Comunidad iberoamericana.

El estudio que hemos realizado sobre el pensamiento español y latinoamericano nos ha ayudado a entender el contexto que le dio origen y los cambios que ha tenido esta idea en el tiempo. Por lo que ha sido necesario remontarnos a ellos para poder dar otro salto histórico a 1992.

Hemos visto que el “sentimiento nostálgico” tuvo gran importancia a fines del siglo XIX, como resultado de una circunstancia histórica, que la pérdida de los últimos territorios de su imperio. Esta crisis no partía exclusivamente de su problemática situación con el exterior, sino de las problemáticas circunstancias de España como nación.

La Generación del 98 encontró que los problemas de su país estaban no sólo en las circunstancias externas que impedían la adecuación de España a la “modernidad” europea, sino que los grupos políticos mismos eran inadecuados. Estos problemas los llevaron a buscar en la filosofía y la historia las respuestas al origen de eso que llamaban la “decadencia” de España. Su pensamiento estuvo impregnado de positivismo, de ahí que vieran a España como un organismo enfermo, de cuyo mal había que encontrar las causas.

La búsqueda histórica de algunos de estos personajes descubrió que España había vivido un momento cumbre durante el reinado de los reyes católicos. El país quedó unido en torno a un proyecto trascendental que consistió en la difusión de la fe católica y obtuvo de la gracia de Dios los territorios americanos a condición de divulgar su fe. De acuerdo a Unamuno, Ganivet y otros pensadores del 98, el Estado español siempre fue de la mano con la religión católica, lo cual la hacía distinta del resto de los países europeos. “La religión católica no sólo es un principio sin el cual España misma es inconcebible, sino que a través de la evangelización la península ibérica dotó de sentido a los pueblos americanos”.⁷⁸

Esta actitud misional fue enaltecida a fines del siglo XIX, pero sobre todo a mediados del XX en las dictaduras de Primo de Rivera y Francisco Franco. Se consideró que España había aportado el elemento civilizador a los países americanos, y por ello debía recuperar la pleitesía que de éstos había perdido con sus independencias políticas. España no podía dejar de ser la “Madre Patria”, ni dejaría de reconocer a las nuevas repúblicas como sus hijas: “Estos territorios, y desde luego sus pobladores son, en la medida en que reconocen su vínculo con España, de la misma manera que España es en la medida en que se reconoce en sus tradiciones”.⁷⁹

Quedó reconocida por parte de ciertos pensadores, donde destaca la Generación del 98, una unión “espiritual” que no consiste en la recuperación territorial sino en la valoración de la herencia hispánica. Ganivet propuso una “Confederación espiritual”, donde España y la América hispánica estuvieran unidas a través de su incuestionable fraternidad. Esta fraternidad se asentaba en estos aspectos puramente espirituales compartidos entre hispánicos, que sólo pueden descubrirse en a través de la realización en el arte.

Otros miembros de esta generación buscaron en distintas fuentes el origen de la decadencia española. Unamuno lo encontró en la recuperación de lo “castizo”: esos aspectos de la vida cotidiana que dicen más de la verdadera España que lo que decían la

⁷⁸ *Ibid.* p.16.

⁷⁹ *Ibid.* p.15.

clase política de su tiempo. Había que conocer plenamente a España, para luego volver a ejercer el “imperio espiritual”. Lo español, tanto para Unamuno como para otros pensadores de esta generación, se reconoce en Castilla y las características identificadas con ella, al espíritu propiamente español: la hidalguía, la austeridad, el misticismo, la vida rural.

El proyecto franquista, esbozado principalmente por Ramiro de Maetzu, tomó como estandarte del imperio espiritual la recuperación de estos valores tradicionales, con los cuales debían identificarse la nación entera. Pero estos valores quedaron institucionalizados en el Estado y la Iglesia, con una clara jerarquización. Pues estos valores eran el modelo de disciplina necesario para legitimar un autoritarismo que universalizara a España. El deseo de Ortega estaba por cumplirse.

Por otra parte tuvo gran importancia el llamado a preservar el idioma español: “Si la religión da la unidad espiritual y la sociedad jerarquizada trae la unidad en el ámbito político, el lenguaje castellano da la unidad cultural”. Así, el idioma castellano, que también fue enaltecido por la generación del 98 por ser una de las mayores expresiones espirituales, durante el franquismo se convirtió en una herramienta de dominio cultural.

Los teóricos del franquismo encontraron que en el pasado estaban ocultos los procedimientos que España debía seguir si quería constituirse nuevamente en un imperio. La tradición que se había conservado en la fe católica, especialmente en su jerarquía, en el carácter “incorporador” de la raza española y en el cultivo del lenguaje que en otro momento unió al imperio, debían ser fomentados si se trataba de conformar una nación acorde a su momento.

Walter Benjamín, en su *“Tesis de filosofía de la historia”*, nos dice lo siguiente;

El pasado no está configurado por lo “ya hecho” sino por lo que queda por hacer, por virtualidades a realizar, por semillas dispersas que en su época no

encontraron el terreno adecuado. Hay un futuro olvidado en el pasado que es necesario rescatar, redimir y movilizar.⁸⁰

De la misma manera, se encontró en el pasado, en todo el proceso que implica la larga duración, las herramientas para construir el proyecto de “imperio espiritual”: la lengua unificadora, la incorporación de razas distintas dentro de un mismo proyecto en común; la unidad ante esos elementos más interiorizados por el pueblo español, cuya gestación es ubicada en el gobierno de los reyes católicos. Todo lo que había funcionado para unificar al país en el siglo XVI, tomaba ahora sus nuevos matices modernos, constituyéndose en un proyecto de totalitarismo alternativo en Europa. Los elementos de la hispanidad, ejercidos por medio del control estatal, iban a hacer posible, además, la integración de medio continente aparte de España, que compartía con ella estos vínculos en común.

La crítica más exacerbada de parte de los otros países europeos a la patria hispánica, califica a este proyecto de “tradicional”, y por lo tanto, “retrógrado” y “antimoderno”. Efectivamente, la idea de modernidad está relacionada con una evolución lineal del capitalismo, que parte de los países que lo impulsan, y se desplaza hacia la periferia. España siempre fue criticada por no integrarse al movimiento modernizador europeo y norteamericano, por conservar un comercio poco dinámico, y por no haber aprovechado el potencial económico de sus colonias. Trabajos como “*El laberinto de la hispanidad*” de Rubert de Ventós establecen una interesante comparación de la evolución de esta nación ibérica en relación a Norteamérica; explicando los factores históricos determinantes en la constitución de una nación poderosa como los Estados Unidos, enfocados a la producción y al trabajo, a diferencia de una España humanista, enfocada a la evangelización, con pocos objetivos materiales; pero muy elaborados fines espirituales.

Un elemento muy particular del hispanismo franquista fue la recurrente mención de una “raza hispánica” que identifica a los miembros de una patria y da origen a la unidad nacional. Hemos visto en apartados precedentes que la idea de “raza” estuvo ligada a la

⁸⁰ Walter, Benjamín, “*Tesis de filosofía de la historia*”, en “*Discursos interrumpidos*”, vol. I p.191, en Martín, Barbero, Jesús, *Proyectos de modernidad en América Latina*, en Revista *Metapolítica*, no. 29, vol. 7,

conformación de las nacionalidades durante el siglo XIX. La raza se identificaba con la evolución de un pueblo a través del tiempo, distinguido por su lenguaje y por una trayectoria histórica en común. En cuanto a esta formación de las naciones, de acuerdo a un origen, una cultura y una evolución histórica en común, viene a colación la siguiente cita de Pierre Vilar: “La nación es una comunidad estable, históricamente constituida, de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica que se traduce en una comunidad de cultura”.⁸¹ Así, la nación española quedó definida por la comunidad de lenguaje, y este fue compartido a los territorios americanos.

La idea de “raza española” fue manejada de diversas formas en el franquismo. Había quienes exaltaban sus cualidades “biológicas”, tal y como se concebía la raza en ciertas ideologías ultranacionalistas, como “un recurso propagandístico habitual para cimentar la cohesión del grupo”⁸²; el llamado a conmemorar el Día de la Raza, instituido por Primo de Rivera fue producto de estas ideas. Pero para otros, las cualidades de esta raza no eran biológicas sino espirituales. Y viene del mismo Maetzu esta opinión. Consiste en exaltar la raza española por haber tolerado y aceptado en su seno la incorporación de razas tan diversas. Por eso es tan compleja y tan completa. Es universal y representa el símbolo de la unión de la ecumene. Para los franquistas este fue uno de sus mejores recursos de legitimación ante su propio pueblo. La idea quedó finalmente estructurada con ellos en torno a un plan de acción: un nuevo imperialismo, llamado eufemísticamente “espiritual”, que pretende recuperar la pleitesía de los territorios del antiguo imperio para conformar uno nuevo, exaltando la capacidad de incorporación de la raza española, el idioma español, la religión católica, así como el establecimiento de un Estado que ejerza el control nacional a través de una bien delimitada jerarquización.

Hemos visto entonces dos principales momentos de la hispanidad. En el primero, que comprende a la Generación del 98, la vemos aparecer como un sentimiento de recuperación de lo español para detectar las causas de su crisis nacional. Crisis que

mayo, junio, 2003.

⁸¹ Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario de análisis histórico*. Madrid, Altaya, colección grandes Obras del Pensamiento Contemporáneo, 1999, p.182-184.

⁸² González Calleja, *op.cit.*, p.47.

consistía en una falta de confianza en sus grupos políticos y en una desilusión ante la falta de adecuación de España a los cambios mundiales. Esta búsqueda se realizó básicamente a través de la literatura y de ciertos textos filosóficos, pero también fue parte de grupos impulsores de la producción preocupados por la inserción de España a las nuevas exigencias del capitalismo, entre los que destacan los Regeneracionistas.

El otro momento que considero importante en la historia de la hispanidad es el franquismo, donde ésta ya está plenamente identificada al convertirse en parte de la ideología de un gobierno ultranacionalista. Sus elementos, ya reconocidos en la historia (religión católica, exaltación de la “raza”, idioma castellano), se convirtieron en el arma de los teóricos de este gobierno, con miras a formar un nuevo imperio a manera de los ideales nazi fascistas.

Resumiré lo dicho hasta aquí. La primera hispanidad, la del 98, es una hispanidad que refleja el amor a España a través de su historia o de lo más íntimo de sus tradiciones. Apareció ante una fuerte desilusión, y se comprometió en el estudio con herramientas científicas del positivismo pero también con el idealismo romántico. La siguiente hispanidad, la de las dictaduras de Primo de Rivera y de Franco, se basaba en una versión acrítica de la historia de España que exaltó las peculiaridades de su raza “incorporadora” de todas las demás. Era una ideología que reafirmó el papel “civilizador” de España en América, y que pretende imponerse a toda costa por medio de los valores más tradicionales de España: sociedad jerarquizada, religión, lengua castellana. Era de esperar que en América Latina nadie les hiciera caso.

La hispanidad de esta última región también tuvo sus distintos enfoques. Hemos visto que en un primer momento, durante las independencias, muchos españoles americanos vieron a España como peor enemigo del que había que separarse; pero otros la vieron como la Madre Patria que había cedido sus mejores valores a los territorios que habían llegado a la mayoría de edad. Para estos últimos, España sólo era un enemigo político, mas no espiritual.

En otro momento, a finales del siglo XIX, muchos de los españoles americanos que obtuvieron privilegios luego de los movimientos independentistas, vieron en su herencia cultural y racial hispánica, el sello de distinción ante los demás grupos sociales. Exaltaron entonces la fecha en la que América fue “civilizada” por España a través de festejos, de monumentos, de nuevos encuentros e intercambios culturales con ella. La hispanidad se dio como recuperación de valores, pero sobre todo, por el miedo que en ese momento comenzaba a suscitar la penetración estadounidense al territorio latinoamericano.

Este factor suscitó otra variante de la hispanidad: el miedo cultural. Ciertos literatos y demás artistas que percibían el peligro de la penetración cultural anglosajona, comenzaron a pensar en conformar una unión de países hispánicos para hacerle frente. Destaca el proyecto de Unión Latinoamericana de Torres Caicedo, donde comenzó a utilizar el apelativo de Latina para la América que no era anglosajona. Pero otra forma de unión la realizó Rubén Darío a través de las letras, donde escritores y poetas se dieron cita para universalizar la lengua española, reconociendo que sólo así podía salvaguardarse del peligro norteamericano.

A mediados del siglo XX, esta región buscó al igual que España definir su esencia nacional, y los gobiernos nacionalistas que se conformaron en este momento fueron fruto de esa búsqueda. En el caso de México, Vasconcelos, Abelardo Villegas, Samuel Ramos, etc, buscaron explicar al mexicano tomando en cuenta la diversidad de orígenes que lo constituyen. La herencia hispánica era para ellos uno de los componentes más de su ser, mas no el principal.

América Latina encontró la complejidad de su ser. Y la multiplicidad de sus posibilidades. Había sido calificada de “salvaje”. España de “fanática”. Había que incorporarse al ritmo de la historia aprovechando la juventud, frente al acaparamiento de la modernidad por parte de Europa. Y para eso, siempre fue necesaria la Comunidad Iberoamericana.

Ciertamente algunas de estas formas de recuperar la herencia hispánica en América no fueron bien vistas por la misma España, que no podía aceptar la injerencia de formas culturales europeas ajenas a las suyas. El apelativo de “latina”, que fue utilizado por primera vez por los latinoamericanos, era visto en España como un proyecto francés para ejercer su hegemonía en estos territorios. Por otra parte, las formas estilísticas de Darío fueron criticadas por su excesivo afrancesamiento.

Los nacionalismos latinoamericanos de mediados de siglo fueron rechazados por haber recuperado la esencia aborigen de sus pueblos, que en ciertas versiones “contaminaba” la pureza de la sangre española. España sólo podía recuperarse, por los países latinoamericanos, siempre y cuando mostrara una actitud incluyente. La hermandad volvió a surgir, pero no con la España franquista sino en la emigrante. La España peregrina.

La negación del otro, en la España oficial que ha ejercido la hispanidad, nunca aceptó (a pesar de exaltar el carácter incorporador de su “raza”), formas culturales distintas a la suya. Quizá eso sea lo único permanente en esta idea a través del tiempo.

¿Qué más hemos visto de ella? Que la hispanidad es un sentimiento que en momentos precisos se recupera. La guerra de 1898 dio rienda suelta a sus pensadores, aunque no fue la gota que derramó el vaso. La fecundidad literaria de principios del siglo XX tuvo un largo siglo de gestación, que parte de la constante tensión por la invasión napoleónica, por las dolorosas declaraciones de independencia de sus territorios en América y Asia, por la problemática que la hacía cuestionarse su capacidad de ser moderna, de unirse al ritmo de la historia.

La fecha del 98 es simbólica, y nos ha servido para identificar a los pensadores que ubicaron estos problemas. Entender el 98 como un símbolo es buscar una coyuntura a partir de la cual España se reinterpreta tanto a sí misma como la relación de su presente con su pasado. La modernidad era lo que causaba dificultades, y podríamos decir, si no es muy aventurado, que fue la indirecta pero verdadera causante de la hispanidad

El proyecto más importante que ha surgido con este sentimiento es el de conformar una comunidad de naciones hispánicas. A principios del siglo XIX, en las independencias, Bolívar pensó en una Confederación cuyos países estuvieran unidos por las características culturales comunes (el lenguaje, la religión católica, etc) heredados de España, aunque España fuera vista como un enemigo. A mediados del siglo XIX surgió el proyecto de Torres Caicedo, donde proponía la unión política y económica de las repúblicas latinoamericanas con base en las mismas características culturales; con Darío las letras hispánicas conformaron una unión cultural; y a fines de este siglo se crearon otros proyectos que fomentaron los intercambios culturales entre España y América; destaca la participación de Rafael Altamira en ellos.

La hispanidad ha sido el fundamento de los proyectos de unión latinoamericana. La forma de concebir a España en ellos ha sido diferente. Ahora nos trasladaremos a fines del siglo XX, para poder comprobar si estas ideas de hispanidad y estos proyectos de unión tuvieron sentido en 1992.

CAPÍTULO II. El V Centenario

Dando un enorme salto a través del siglo XX, llegamos a 1992 encontrando un mundo enteramente distinto. Recordemos que en 1892 quedó claro que España y las naciones de la América antes hispánica habían dejado de odiarse para dar inicio a una nueva relación que ya no iba a estar basada en el intento de España por recuperar la tutela administrativa de sus ex colonias, sino en buscar la recuperación, por parte de éstas, de aquellos aspectos culturales hispánicos que se veían en peligro ante las constantes intervenciones estadounidenses que habían tenido lugar en la región desde mediados del siglo XIX.

Al parecer, en 1992 no volvió a recordarse la “Confederación espiritual” de la que hablaba Ganivet. Recordemos que este proyecto estaba basado en conformar una comunidad de países que comparten, como decía Unamuno lo más puro o “casto”⁸³, de los valores hispánicos, valores que según estos autores pueden reconocerse en la cotidianidad y el arte. De ellos podemos reconocer la religiosidad católica, el desapego material, el fomento de la lengua castellana, y sobre todo, la proyección imperial de estos valores.

Tampoco fue recordado Maetzu con su plan de “imperio espiritual”, que planteaba una estricta imposición de la hispanidad conservadora con sus estructuras jerárquicas, como un intento por recuperar la pleitesía de las repúblicas latinoamericanas hacia España, la Madre Patria.

Estos argumentos de “espiritualidad”, fueron dejados a un lado en 1992 para iniciar un acercamiento nuevo, con aspiraciones y proyectos que construyeran una comunidad sólida, práctica, con miras a resolver los problemas de un mundo que cuestiona su futuro ante el fin de siglo.

⁸³ *Vid. supra.*, p.28.

En este apartado echaremos un vistazo al contexto de la Conmemoración del V Centenario de lo que ocurrió el 12 de octubre de 1492 y analizaremos el discurso del gobierno español de acuerdo a este contexto.

El objetivo de este segundo capítulo será analizar en qué condiciones se manifiesta esta idea de acuerdo al seguimiento que hemos hecho sobre ella, y la compararemos con los problemas del mundo en 1992. Veremos sus matices y adaptación en nuevas realidades: su confrontación con nuevos discursos y con nuevos actores.

Comenzaré la explicación del contexto partiendo de las siguientes preguntas: ¿Fue acaso el V Centenario una oportunidad para hacer referencia a los síntomas de la crisis de la modernidad: terrorismo, pobreza, marginalidad, ecocidio, rezagos en educación y salud por las que pasan tantos países; y tratar de encontrar soluciones?, ¿O fue otra oportunidad, en un mundo que estaba por dividirse en bloques económicos y culturales, para crear por fin la ansiada Comunidad Iberoamericana?, ¿pudo haber sido, acaso, la oportunidad genialmente aprovechada para hacer de un solo país el centro de atención del mundo, e impulsarlo a integrarse al bloque económico europeo, utilizando la conmemoración como una mera cuestión de imagen? ¿Podía haber sido acaso la obra cumbre de la hispanidad?

Ciertamente sólo podré responder estas preguntas en parte, ya que no me sería posible abarcar todos los aspectos de la conmemoración en los que pudo haberse reflejado la idea de hispanidad. La cantidad de opiniones en torno a este acontecimiento es inmensa y por razones obvias no puedo abarcarlo todo. Me parece muy importante aclarar que tanto los documentos oficiales como los textos y fuentes hemerográficas que emplearé en esta segunda parte de mi análisis, no son los únicos ni tal vez los más importantes. Seguramente habré dejado de lado fuentes mucho más valiosas, que por razones de tiempo no he podido considerar. Procuraré responder a mis preguntas con el material bibliográfico del que dispongo y llegar a comprobar, sustentar, matizar o quizás rechazar mi hipótesis con tal información. No es de mi conocimiento la existencia de algún texto que haya analizado críticamente la totalidad de las opiniones sobre el V Centenario. La mayoría de ellos sólo ha recopilado ensayos, opiniones, artículos periodísticos, etc. Muchos menos habrá alguno

que se refiera concretamente a la idea de hispanidad. Soy consciente entonces, de las deficiencias de este trabajo que puedan deberse a la falta de consideración de ciertos autores, o incluso, del manejo que haré con la opinión de quienes son de mi interés.

2.1 El contexto del V centenario. Los paradigmas de la globalización.

La Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado celebrada los días 18 y 19 de julio de 1991 en Guadalajara, Jalisco, México, fue precedida por las siguientes palabras:

Con especial beneplácito nos hemos congregado por primera vez en la historia, para examinar de forma conjunta los grandes retos que confrontan nuestros países en un mundo en transformación. Nos proponemos, por ello, concertar la voluntad política de nuestros gobiernos para propiciar las soluciones que estos desafíos reclaman, y convertir el conjunto de afinidades históricas y culturales que nos enlazan en un instrumento de unidad y desarrollo basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad.⁸⁴

Al decir “*nos hemos congregado por primera vez en la historia*”, entendemos que nunca antes había existido un proyecto unificador que comprendiera a toda el área iberoamericana. Y es que todos los anteriores acuerdos se habían dado a nivel regional, como ocurría con el MERCOSUR, el grupo Contadora, etc., con objetivos políticos o económicos particulares. Pero nunca comprendiendo la totalidad de esta área cultural tal y como Bolívar lo había imaginado.

El mismo fragmento nos habla de “*afinidades históricas y culturales*”; y luego afirma que: “Representamos un vasto conjunto de naciones que comparten raíces y el rico patrimonio de cultura fundada en la suma de los pueblos, credos y sangres diversos”.⁸⁵ Podemos interpretar, de acuerdo a las razones que propiciaron la celebración de la cumbre, que las “afinidades” de las que se habla, son los intereses compartidos en la región; intereses por combatir problemas similares. Si se afirma que la región iberoamericana ha compartido un proceso histórico llevado de la mano por la conquista ibérica en América, puede decirse también que este proceso ha acarreado problemas comunes a la región hasta la actualidad. A partir de esta interpretación “por primera vez”, puede ser creada la comunidad, y las “afinidades” se refieren no sólo a los acontecimientos pasados sino ante todo, a la situación presente.

⁸⁴ Primera Cumbre Iberoamericana de jefes de Estado, 18 y 19 de julio de 1991, Jalisco, México, en <http://www.oei.es/cumbre.htm>, De la fecha 5.11.2003.

⁸⁵ *Idem*.

Si bien se hace a un lado la idea de conformar un “imperio espiritual”⁸⁶, se consolida un nuevo objetivo acorde a nuevas circunstancias: Formar una comunidad de naciones que tomen en cuenta las diferencias que las hacen ser lo que son, naciones pluriculturales, pluriétnicas, unidas bajo los rasgos en común adquiridos durante el tiempo colonial. Esto nos habla de nuevos valores y nuevas voluntades. La nueva comunidad iberoamericana a la que se pretende dar forma tendrá perspectivas muy diferentes en un mundo que parece estar dividiéndose en bloques económicos, donde parece uniformarse la cultura, lo que se llama globalización.

Pero todos estos aspectos son más complejos. Los iremos desarrollando poco a poco en este capítulo, pues entender este cambio de valores y de perspectivas requiere conocer el contexto en el que se desenvuelve la Conmemoración del V Centenario de la hazaña colombina. Vayamos por partes.

Aproximación al contexto

Ya hemos visto los problemas que tuvo la España franquista para hacerse escuchar en tiempos de los nacionalismos latinoamericanos. Era muy mal momento para hablar de recuperar los valores de España en una América Latina que buscaba los rasgos de su autenticidad. ¿Y qué pasó con esa América Latina con grandes miras a futuro, esa América Latina emancipada mentalmente, como la llamó el maestro Zea?

A primera vista, encontramos a una América Latina que se separa cada vez más de un mundo autodenominado desarrollado. Incapaz de defenderse frente a las amenazas, parece no poder aprovechar las ventajas tecnológicas que ofrece la globalización.

La teoría del “fin de la historia”, del estadounidense F. Fukuyama, advierte sobre el aislamiento en el que América Latina quedará inmersa junto a los países que no pertenecen al bloque de los poderosos, frente a un final del cual no participa, del cual queda excluida:

⁸⁶ Vid supra p. 63.

“Está claro que la amplia mayoría de los países del Tercer Mundo seguirán empantanados en la historia y seguirán siendo terreno de conflicto durante años”.⁸⁷

Porque la historia, según Fukuyama, se ha terminado aquí. Han llegado a su fin los grandes mitos universalizadores propios de la modernidad. Se construyen murallas en los países desarrollados, como los describe Zea, porque ya no necesitan más de esas naciones que quedaron al margen. América Latina queda, con ellas, en el olvido.

Llegamos a 1992 cuando ‘Una Europa sin colonias se prepara a integrarse en su totalidad tratando, paradójicamente, de lanzar al vacío su ya viejo y obsoleto pasado colonial’ [...] ¿Quiere esto decir que este nuestro continente, que surgió del vacío o la ignorancia en la conciencia europea con el tropiezo de Colón, tiene que volver al vacío anterior a 1492?.⁸⁸

Efectivamente, el viejo imperialismo que buscaba el dominio territorial parece ser obsoleto, ahora que las naciones se agrupan para proteger intereses específicos. Parece ser que el comercio define estos vínculos, al adquirir cada vez un mayor peso en las actividades de los países. Esos intereses son los que mantienen unido al mundo. Para entenderlos, la palabra clave es globalización.

Entender la globalización es algo complejo, pero debemos tratar de definirla si queremos referirnos al contexto de la conmemoración. Podríamos decir que se trata de un fenómeno reflejado en diversos ámbitos, especialmente el financiero, el tecnológico y el cultural. Se define en las esferas de interés de los países más poderosos, quienes permiten a los países “en vías de desarrollo” cierto margen de participación. Es, por lo tanto, selectiva.

Podríamos definirla como un intento por borrar las fronteras nacionales, en cuanto permitan el libre flujo del comercio, la penetración de influencias culturales, tráfico de personas, etc. Como hemos dicho, esta globalización obedece a los intereses de pocos países que han logrado insertarse en este nuevo modelo, cuyo funcionamiento está dirigido en realidad por las grandes compañías transnacionales y las nuevas leyes financieras.

⁸⁷ Zea, Leopoldo, *op. cit.*

⁸⁸ *Ibid.* p.170-171.

El mundo se está dividiendo de acuerdo a estos intereses; los bloques de países a los que se refiere Leopoldo Zea, ya no hay grandes discursos universales por los que se luchaba en otras épocas, sean religiosos, políticos o sociales. Es decir, los grandes mitos han desaparecido.

La Unión Europea y Estados Unidos están creciendo, tienen sólidos sistemas financieros y prestamistas de última instancia (...) El cambio de las reglas del juego del sistema financiero sólo puede ser decidido por las principales economías industriales (grupo de los siete). Pero parecen no estar dispuestos a introducir reformas en la globalización financiera, ni poner en marcha programas para la recuperación de la actividad económica y el empleo en países en problemas.⁸⁹

Parece que ya no habrá más aparte de esta formación en bloques; que únicamente los países que han logrado ser protagonistas de la globalización lograrán aprovechar sus avances científicos y tecnológicos para resolver sus problemas, para hacerse autónomos. Y “construir murallas”, para resguardarse del “caos externo”.

Se dice que ya no hay más allá en una historia que llega a su término, con el de la guerra fría y el triunfo de un sistema, el capitalista, salvo el tedio y el sufrimiento sin esperanza de los pueblos que se quedan fuera de la meta de ese final. Mundo ya sin opciones, unipolar, la vuelta al mundo que al finalizar el siglo XIX marchaba hacia metas que el siglo XX impidió con sus guerras y revoluciones [...] Esto ha terminado haciendo innecesario, prescindible, el mundo descubierto hace 500 años y el que siguió a su conquista.⁹⁰

Como sabemos, Estados Unidos surgió como potencia dominante luego de la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción de Europa y Japón lo hizo aparecer como la mayor fuente de financiamiento internacional, dando su lugar al dólar como la principal moneda de reserva. Actualmente es el país más poderoso del mundo, por su influencia cultural y comercial.

Este país realiza una tríada de interdependencia con Japón y la Unión Europea, las grandes potencias económicas del momento, cuyas disputas se realizan en el plano de la

⁸⁹ Ferrer, Aldo, *de Cristóbal Colón a internet: América latina y la globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. Popular, 2002, p.47.

⁹⁰ Zea, Leopoldo, “Más allá de los quinientos años”, en *Regreso de las carabelas*, op.cit. p.188.

producción, el comercio, las corporaciones y las finanzas. El dominio territorial ha dejado de ser el objetivo central.

El mundo ha quedado organizado de manera muy distinta a lo que se esperaba décadas atrás. Parece que todo obedece a los intereses de estos bloques. El afán de invadir territorios, en que consistían los antiguos imperialismos ha desaparecido. Podríamos decir que el nuevo imperialismo consiste en el dominio de mercados, en cuyo frente están las grandes corporaciones.

La modernidad actual se relaciona con la participación en este nuevo sistema global, el cual llega a todos los rumbos del mundo. Y muy a pesar suyo, aquellos grupos que nunca habían levantado la voz, pueden hacerlo ahora que tienen a su alcance la tecnología necesaria para hacerse ver.

El contradictorio movimiento de globalización y fragmentación de la cultura, lo es a la vez de mundialización y revitalización de lo local. La identidad nacional no está en riesgo. Es cambiante, enriquecida por los marginales, los mass-media, la americanización y la resistencia de la miseria.⁹¹

Esos grupos, que aparecen en escena a nivel mundial, hacen conciencia de aquellos problemas que no han desaparecido a pesar de los avances tecnológicos, las políticas sociales, la estabilidad y el desarrollo que promete la democracia.

En el mundo hay hambre, miseria, y lo peor, pocas expectativas con respecto al futuro. Otros problemas aparecen en el mundo, de los cuales son partícipes también aquellos que están en la cima, expandiendo la globalización: terrorismo, narcotráfico, destrucción del medio ambiente, grupos sociales excluidos, pandemias incontrolables, crisis demográficas, educación, y un largo etcétera

La idea de progreso, como muchos lo han mencionado, está en crisis. Ya no puede hablarse de una linealidad de la historia hacia una meta a la que todo el mundo va. No

⁹¹ Martín Barbero, Jesús, *op.cit.* p.45.

puede hablarse de un final de la historia, porque se ha visto que la historia ya no puede ser lineal.

Los problemas ahí siguen, y con el tiempo se vuelven más y más complejos. La historia, tan sólo, es el conjunto de muchas historias. Y cada una de ellas se expresa a su tiempo, y a su manera. Las realidades nacionales parecen ser múltiples, difícilmente abarcables por el discurso de un solo grupo.

La multiplicidad de mundos existentes, con todo y sus problemas, aparecen de repente, exigiendo reconocimiento y atención. Muchos de ellos darán sentido a una conmemoración que empezó como la “fiesta de España” y terminó siendo algo totalmente distinto. Pero hablar de todos estos temas me llevaría muchas líneas. Tan solo nos sirven para entender el contexto en que deseo situar la mentada conmemoración.

América Latina y España en el 92.

América Latina, al igual que muchas otras regiones o países que no han podido integrarse satisfactoriamente a este modelo cultural y económico, pasa por los grandes problemas que trae la pobreza

La región no ha podido integrarse a la globalización de manera conveniente, ya lo hemos dicho; y sus políticas económicas actuales siguen siendo formuladas, condicionadas, y monitoreadas desde el exterior.

Los enfoques económicos que actualmente predominan son, por demás, ineficaces:

Administrar la deuda existente, satisfacer las expectativas de los mercados, respetar los derechos de propiedad, reducir costos de transacción, desregular y dar transparencia a los mercados, flexibilizar el régimen laboral, mantener el equilibrio fiscal y la estabilidad de precios, abrir la economía, privatizar todo lo posible y reducir al Estado a su mínima expresión.⁹²

⁹² Ferrer, *op.cit.* p.75-76.

Seguir políticas dictadas desde el exterior, y tratar de insertarse en la globalización sin tomar en cuenta la naturaleza de los problemas actuales, ha demostrado ser poco positivo para América Latina. Y es que, como nos dice Ferrer, “El desarrollo es un proceso gestado desde adentro de la realidad de un país y resulta de su capacidad para insertarse en el escenario mundial, consolidando la capacidad para decidir su propio rumbo en un orden global”.⁹³

Ante este mundo de bloques y de intereses organizados, haría falta más que nunca la integración latinoamericana; pero este proyecto: “Sigue siendo un sueño, una esperanza que tendrá que ser pronto realizada por los hombres y los pueblos que han de trascender sus ineludibles diferencias en lo que lo es común más allá de sí mismas”.⁹⁴

La solución (o soluciones), parecen no estar en las reformas de ajuste tradicionales del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial. Estoy de acuerdo con el enfoque de Ferrer y de Barbero, en cuanto a que la comprensión de nuestra realidad en América Latina así como las propuestas para la resolución de sus problemas, deben venir desde adentro:

Pensar la modernidad en América Latina, especialmente en su crisis, nos está exigiendo pensar juntos la innovación y la resistencia, la continuidad y las rupturas, el desfase en el ritmo de las diferentes dimensiones del cambio y la contradicción no sólo entre distintos ámbitos, sino entre diversos planos de un mismo ámbito, contradicciones en la economía o la cultura. Hablar de pseudo-modernidad u oponer modernidad a modernización en estos países nos está impidiendo comprender la especificidad de los procesos y la peculiaridad de los ritmos en que se produce la modernidad de estos pueblos, que acaban así vistos como meros reproductores y deformadores de la modernidad-modelo que otros, los países del centro, elaboraron.⁹⁵

América Latina, en su aislamiento, es parte de los problemas universales, que aparecen como un cáncer para todos los que en un futuro desean formar parte de este planeta. A pesar de las murallas que están construyendo Estados Unidos, la Comunidad

⁹³ *Ibid.* p.23.

⁹⁴ Zea, *op.cit.* 153.

⁹⁵ Barbero, Martín, *op.cit.* p.39.

Europa o los países asiáticos, como dice Zea, estos bloques no pueden desprenderse de los problemas que aquejan a la mayor parte del mundo. Y numerosos grupos aparecen para promover el respeto al medio ambiente, al combate del hambre, al reconocimiento de las minorías (que ahora, parecen ser mayorías). Los seres humanos se dan cuenta de lo que su devenir ha estado provocando, de las consecuencias de su “progreso”.

España, luego de haber pasado por el franquismo que de cierta forma la había aislado de Europa, se inserta en este contexto, comenzando por su solicitud de ingreso a la Comunidad Europea, lo cual logra en 1986. Estaba preparada para llevar a cabo una gran celebración que recordaría a todos su papel como el país que unificó el globo terráqueo con su “descubrimiento”. Consciente de los problemas mundiales (aunque inconsciente de su complejidad), los tomaría como bandera. Y estaba decidida a salir del “anonimato” como un país moderno, poderoso, que necesitaba demostrarle a Europa que ya no era “retrógrada”. La estrategia: impulsar cuantiosos proyectos para luchar contra los males que afectaban a la mayor parte del mundo, y sobre todo a América Latina. Mil novecientos noventa y dos era suyo.

Lo primero que a su juicio debía hacer, era borrar todo resto de leyenda negra que había cargado encima, y formuló un plan maestro en el que iba a sentirse parte de la atención mundial. Esa España que había “descubierto y conquistado América” estaba por celebrar, el acontecimiento “más grande después del nacimiento de Cristo”, como lo calificó López de Gómara. Y ya no como esa Madre España del siglo XIX, sino como la representante oficial de la Comunidad Europea ante los latinoamericanos. Parece que se acercaba no tanto con afanes conmemorativos sino para recordar que en el siglo XVI dio inicio la globalización, la unión de la ecumene. Y sin hacer énfasis en qué fue o qué ocurrió el 12 de octubre de 1492, enfatizó en cambio, que esa fecha dio lugar a la universalización, y sobre todo, al inicio de esa gran comunidad que de ese momento en adelante iba a compartir afinidades culturales: lengua, historia, tradiciones hispánicas.

España iba a acercarse a aquellos países que representaban los males del mundo (por así decirlo), como la salvadora oficial. Y motivo suficiente, era la fecha que con ellos había venido celebrando desde principios de siglo. Ya tenía encima los ojos del mundo. Cuestiones de imagen: había que vestir de gala a la gran España.

2.2. El discurso oficial de la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Descubrimiento de América.

En este apartado me enfocaré a la Conmemoración y al discurso oficial español, tratando de analizar sus contenidos, características y comportamientos mientras las largas polémicas a través de los diarios promovían la reflexión entre la opinión pública.

Me parece muy importante revisar el discurso oficial, pues mucho nos dice acerca de la visión en España sobre su propia historia, y sobre sus relaciones con América Latina; sobre su visión a futuro, y sobre todo, de lo que sigue dando sentido a la “hispanidad”. Voy a recurrir al discurso diplomático, donde se hace un llamado a consolidar la Comunidad Iberoamericana por medio de un extenso programa de proyectos culturales, científicos, tecnológicos, educativos, etc. en común entre los países que la conforman. Estos proyectos nos hablan de nuevas necesidades y nuevas miras dentro de un contexto al que ya nos hemos referido. ¿De qué se tratan esas necesidades y miras que incumben en la actualidad a toda la Comunidad Iberoamericana? ¿Hay algo entonces, que siga dando sentido a la hispanidad?

Veamos en primer lugar algunas de las características y sucesos que enmarcaron 1992, para luego criticar la postura oficial española y confrontarla con las posturas en América Latina.

El proyecto de la Conmemoración expresó desde un principio los altos objetivos que iban a ser emprendidos con una extraordinaria logística. Ya hemos visto que el mundo se está dividiendo en bloques, y una de las principales preocupaciones de España, al salir del franquismo, fue insertarse en este nuevo paradigma de modernidad; y el primer paso iba a ser su incorporación a la Comunidad Europea.

Desde los años 70, el gobierno español había invitado a la comunidad internacional a celebrar lo que llamó el “Quinto Centenario del Descubrimiento de América”. A esto

siguió la creación de múltiples órganos para planear y desarrollar el evento. La Comisión Nacional para la Celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América fue creada en 1984; le siguió, en 1985, la Sociedad Estatal para la Realización de los Programas. En 1986 se formó un Secretariado Permanente, con su Instituto de Cooperación Iberoamericana.

De estas organizaciones dan cuenta los múltiples folletos y publicaciones que promovieron el evento; una de ellas, “500 años, 500 programas”, donde quedaba establecida la distribución de funciones de la Comisión. Vemos en ella, en primer plano, la mención de Luis Yáñez, el ministro que presidió la Comisión española para la Celebración. Sus primeras palabras dejaron claro que no se trataba de festejar “el genocidio de los indios por parte de los españoles”; más bien este año “brindaría la oportunidad para recordar un acontecimiento que cambió la percepción del mundo”.⁹⁶

Yáñez no vaciló nunca en titular a esta fecha como “Descubrimiento de América”, y pretendía festejar sin ningún complejo. Quizá no esperaba la ola de respuestas negativas que estaba por suscitarse a lo largo y ancho del mundo. Las celebraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América “significarían la gran oportunidad para dar un salto cualitativo en la transformación de la imagen de España en el mundo e impulsar la creación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones”.⁹⁷

Dejando a un lado toda exageración nacionalista, Yáñez afirmó estar dispuesto a “conquistar la objetividad histórica”.⁹⁸ En París ante la UNESCO, organismo que brindó todo su apoyo a la celebración, dijo que:

Debe ser una ocasión de reflexión colectiva y de fomento de la investigación historiográfica que, sin reservas, mentales, ni prejuicios ideológicos, muestre a las nuevas generaciones lo que ocurrió, no sólo en el continente que luego se llamó América sino en el mundo entero.⁹⁹

⁹⁶ Bernecker, Walter, L. *El aniversario del 'descubrimiento de América en el conflicto de opiniones*, en *El peso del pasado: Percepciones de América y V Centenario*, Madrid, Editorial Verbum, 1996, p.15.

⁹⁷ *Idem*.

⁹⁸ *Idem*.

⁹⁹ *Discurso del Sr. Luis Yáñez Barnuevo, Presidente de la Comisión Española del Quinto Centenario, en Conmemoración del V Centenario del Encuentro de dos mundos (1492-1992)*, UNESCO, París, Francia.

Su actitud era conciliatoria. Sin meterse en justificaciones rebuscadas en el pasado, como había hecho Ramiro de Maetzu, Yáñez trató de soslayar cualquier posible confrontación con los iberoamericanos, y para ello la memoria oficial se refirió a esta región como “una comunidad de pueblos con una cultura, una lengua e intereses compartidos”. Algunos años después en las Cumbres Iberoamericanas, la lengua, cultura e intereses, serían llamados como “afinidades”; ya lo hemos visto. Y es que el discurso español que hace el llamado a la Conmemoración parece “depurar” cada vez más aquellos fundamentos históricos que hacen posible la existencia de la Comunidad.

¿Qué ocurre entonces con la hispanidad que había llevado a la generación del 98 a creer en un lazo espiritual entre América Latina y España? De acuerdo a lo que nos dicen las conferencias oficiales, muy poco quedó de toda esa herencia literaria acerca del destino de España justificado en su grandioso pasado imperial. Aspectos tales como la vocación espiritual del caballero cristiano, las ventajas de haber sido la primera nación en constituir un Estado moderno no tienen lugar aquí. El único factor de la hispanidad que fue tomado en cuenta, especialmente por parte de los intelectuales españoles o latinoamericanos fue el valor de la lengua española.

Nos incumben nuestras “afinidades”, y ya. Así de sencilla es toda la base ideológica sobre la que tuvo que sostenerse la conmemoración. Se dice que tenemos intereses compartidos ¿De qué intereses nos habla Yáñez Barnuevo? Ante todo, del combate a la pobreza, la marginación, el analfabetismo, y falta de respeto a los derechos humanos. Pero ¿no son, acaso, esos mismos intereses los de todos los países “subdesarrollados”, aparte de las repúblicas latinoamericanas? El caso es que España le dijo al mundo que sería la salvadora oficial de los pobres, y que estaba tomando la iniciativa para combatir los problemas que en los albores del siglo XXI estaban por afectar a buena parte del mundo.

Por otra parte, el discurso de la hispanidad, al estilo de Maetzu, no tenía lugar en estas fechas. El franquismo parece haber sido suficiente para dar a entender a España que debía ceder en sus afanes impositivos, en un mundo que empezaba a reconocer la

pluralidad y su significado. Sostener una ideología de la “hispanidad”, así como la hemos entendido en la revisión que llevamos hasta aquí, no era posible, era un discurso trasnochado. Ahora había que adaptarse a un mundo nuevo que la historia ha dejado (valga la mención “un nuevo mundo”), y por supuesto, a sus valores.

Ya hemos hablado del contexto en el que se inscribió la Conmemoración, de la nueva organización del mundo en bloques de acuerdo a intereses principalmente económicos. A esto añadamos los acontecimientos, entonces recientes, que habían acaparado la atención de los europeos en ese entonces: la caída del muro de Berlín, la quiebra del bloque de la Unión Soviética, la guerra del Golfo, y después la de Yugoslavia.

España salió al mundo luego del “oscurantismo” franquista. Ya era una democracia, confirmada por la transición pacífica que siguió a la victoria del PSOE en 1982. Ya no pretendía ser vista como la España del siglo XVI con su leyenda negra a cuestas, sino como una España moderna, dinámica, lista para unirse al concierto mundial.

Tomar por asalto 1992 era esencial. Lo logró al obtener la sede para los Juegos Olímpicos de Barcelona, el título de capital cultural para Madrid, la Exposición Internacional de Sevilla; además:

la multitud de acontecimientos culturales, artísticos, sociales y económicos destinados también a Iberoamérica, entre los que sobresalen los numerosos tratados de cooperación bilateral firmados por casi todos los países iberoamericanos, los acuerdos con el Banco Interamericano de Desarrollo, el lanzamiento del HISPASAT, y otros logros de telecomunicación, las publicaciones y la realización de películas, documentales, series televisivas, etc.¹⁰⁰

Y a todo esto se agrega la aceptación de España en la Comunidad Europea y en la OTAN en 1986.

¹⁰⁰ López de Abiada, José Manuel, *De voces y polifonías: escritores hispanos, percepción de América y V Centenario*, en Bernecker, W.L. *op.cit.* p.49.

No es un secreto que España haya hecho todo esto por cuestiones de imagen. Claramente y sin dudar lo dijo el ministro español. Primordial era borrar de una vez los estereotipos negativos, y aprovechar a América Latina para dar ese salto.

El rey Juan Carlos señaló en varias ocasiones la función de “puente” entre América y Europa que España pretendía ser: “España, como miembro de la Comunidad Europea, sigue ofreciendo su lengua y sus lazos fraternales con los países hispanoamericanos para completar su tarea histórica, ser puente entre Europa del mundo”

Es muy importante reconocer el interés español por transmitir una imagen de modernidad, con el fin de mostrar a Europa que España podía ser miembro distinguido de la Comunidad. Por otra parte, encontramos otros dos aspectos interesantes en el discurso oficial: la tarea histórica de la que habla el rey; y los lazos fraternales con los hispanoamericanos.

La idea de una tarea histórica se asemeja bastante al ideal de imperio espiritual esbozado por los múltiples pensadores que hemos citado en los apartados anteriores. Claro que no pretende decir lo mismo, pero ese llamado a una tarea, inventado por ellos mismos, tiene un sentido casi providencialista. La misión imperial, de la que hablaba Maetzu, consistía en la divulgación de la palabra divina a los que la desconocieran, en otras palabras, la universalización del cristianismo. Todo español, determinado por su situación histórica, debía encaminar su vida hacia ese fin. Debía convertirse en un “caballero cristiano”, como lo definió García Morente. Algunas interpretaciones de la Generación del 98 ya habían identificado esta característica como parte de todo español. La universalización del cristianismo, nos hubieran dicho ellos mismos, había sido la tarea histórica en el devenir del pueblo español.

¿Qué ocurre al llegar 1992 con esa tarea histórica? Dado el contexto mundial de ese momento, se le estaba vedado a España hacer un llamado a recuperar los valores españoles, como lo había hecho en 1892, y luego en el franquismo. No era apropiado tratar de festejar la introducción del cristianismo por parte de un nuevo gobierno democrático, cuando la

libertad de culto era un factor prioritario en los países ahora llamados “desarrollados”. Eso correspondía únicamente al Vaticano. Resucitar este sentido de la “hispanidad” significaba negar la identidad del otro, sobre todo cuando ha sido una de las más grandes preocupaciones de los pueblos latinoamericanos.

Otras palabras, otros contenidos y otros valores debían conformar el discurso oficial español si de verdad deseaba acercarse y establecer lazos estrechos con la América Latina. Por imagen o por lo que fuere.

De ahí que el discurso de la “hispanidad” (recordemos: misión espiritual, preservación de la lengua, igualdad en de las razas humanas, elementos culturales, etc), tendiera a ser depurado. Ahora sólo se habla de “afinidades”, de “ese algo” que tenemos en común los iberoamericanos, sin especificar qué.

Muchos hispanoamericanos lo entendieron como un afán imperial, enfocado únicamente a la preocupación española por la imagen. La poca atención que se tuvo a las polémicas que la conmemoración suscitada antes de 1984, (fecha de la primera reunión de Comisiones) probó que España sólo estaba concentrada en sí misma. Ni siquiera puso atención a los debates que el título “Descubrimiento de América” provocaba en otros países. Yáñez debía haber creído que al dejar en claro que sus acciones no significaban “celebrar el genocidio indígena”, iba a evitar toda forma de protesta. Las cosas, ya lo sabemos, no le resultaron tan fáciles. España quería seguir siendo, al parecer, la Madre Patria.

Esto nos lleva al segundo punto que quería tratar acerca de las palabras del rey: los lazos fraternales con los hispanoamericanos. Nuevamente, (ya había ocurrido en 1892), España quería fungir como la representante del “progreso” ante ojos latinoamericanos. Las sumas millonarias recibidas por parte del resto del mundo para apoyar el evento, fueron muy útiles para “modernizar” a España. Se aplicaron a la construcción de puentes, trenes, autopistas, el lanzamiento del satélite HISPASAT, la construcción de las tres carabelas que han quedado ancladas en Palos de Moguer; y un largo etcétera.

Ciertamente los objetivos de España eran de imagen. Y si bien su actitud fue conciliadora con los hispanoamericanos, descuidó su discurso, dando a entender que su disposición de establecer nuevos “lazos fraternales”, estaba encubriendo intereses imperialistas. Tradicionalmente y quizá de manera inconsciente, España se seguía considerando como la “Madre Patria”. Era difícil que los españoles dejaran de hablar del “Descubrimiento de América”. Quizá España dispuesta a establecer lazos fraternales, pero su actitud parecía decir otra cosa. Por dar un ejemplo, en una encuesta de 1987, un 30.4% se pronunció a favor de un liderazgo español en la Comunidad y otro 38% consideraba su país como importante para la defensa de los intereses de esa comunidad”.¹⁰¹

La Comunidad Iberoamericana era fundamental para dar una buena imagen de España. Es lo que nos dicen las enormes inversiones en proyectos destinados al desarrollo de esta región. La riqueza y la promoción tecnológica eran los factores que iban a darle a este país su aspecto “moderno”. Las voces oficiales que clausuraron el evento indicaron que España había cumplido con su objetivo de “proyectar internacionalmente una imagen moderna”.¹⁰² Luego de haber sido visitada por 42 millones de personas, Felipe González afirmó que había servido para “demostrarnos como sociedad que somos capaces de organizar como quien mejor pudiera un evento de estas características”.¹⁰³

La Expo, su clausura, y todos los eventos organizados con motivo del Quinto Centenario le cantaban al futuro y a la modernidad. Y es que la proyección a futuro está presente en todas las afirmaciones oficiales. Muy poco se hizo por revisar qué fue lo que pasó ese 12 de octubre de 1492, ya hemos mencionado también la falta de atención hacia las voces contrarias a la Conmemoración. España no quería hablar del pasado.

Cuando tuvo lugar el primer encuentro de Comisiones Nacionales del Quinto Centenario, en Santo Domingo, República Dominicana, el doctor mexicano Miguel León

¹⁰¹ Bernecker, *op. cit.* p.16.

¹⁰² Buendía, José, *Cumplió la Expo: mostró al mundo la “imagen moderna” de España*; en diario EL UNIVERSAL, 13.10.1992, año LXXVII Tomo CCCIII.

¹⁰³ *Idem.*

Portilla que encabezaba la Comisión mexicana, expresó públicamente su petición por modificar el título “Descubrimiento de América” a “Encuentro de dos Mundos”.

El cambio de título, como sabemos, pretendía conciliar las posturas a favor de la Conmemoración con aquellas de quienes afirmaban que se trataba de conmemorar el genocidio indígena a partir de 1492. Más tarde nos ocuparemos del sentido de estas opiniones.

La defensa del título “Descubrimiento de América” recurrió continuamente a lugares comunes. Yáñez Barnuevo afirmó que la palabra “descubrimiento” estaba “plenamente justificada, y la historia se encargó de consagrarla”.¹⁰⁴ El mismo sacó a la luz el recuerdo de la leyenda negra, pues consideró que las opiniones contrarias son reminiscencia de las “doctrinas fabricadas por los ideólogos de las potencias europeas que disputaban a España las nuevas colonias”.¹⁰⁵

Y ante la propuesta de León Portilla el gobierno español demostró la fragilidad de su postura, pues el mismo Yáñez, luego de haber afirmado que la expresión “descubrimiento” estaba “plenamente justificada”, apuntó que no pretendía hacer un “panegírico del impropriadamente llamado descubrimiento”, ya que el “principal objetivo de las conmemoraciones es la conquista de la objetividad histórica”. Una de sus frases más importantes, ahora que hablamos sobre la escasa referencia al pasado, es: “No tiene sentido que miremos hacia atrás como no sea para tomar impulso”.¹⁰⁶

Al gobierno español parecía no importarle mucho el título del evento. Tampoco la revisión del pasado como no sirviera para “tomar impulso” a futuro, o bien, para emprender sus objetivos de imagen. Esta actitud preocupó a algunos españoles, que veían en esta laxa defensa algo que debía tomarse más en cuenta. El periodista José Luis García Beceiro, en un amplio texto titulado “*La mentira histórica desvelada*”, se propuso defender, con el

¹⁰⁴ Bernecker, *op.cit.* p.54.

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ *Idem.*

apoyo de numerosas citas hemerográficas, la postura oficial de España frente a la fecha histórica de 1992. Mucho nos recuerda a los viejos ideales franquistas de la hispanidad:

El gobierno nacional parece no querer ser parte beligerante en un asunto tan importante como es la defensa del buen nombre de la Nación española. Porque ya no se trata de exaltar o no la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento; es que los ataques van mucho más allá, se cuestiona nuestra acción colonizadora en el Nuevo Mundo, hecho sin par conocido en la Historia.

La primera batalla perdida por el gobierno fue acceder a cambiar el nombre de “Descubrimiento” por el de “Encuentro de dos mundos”, admitiendo que existió esto último y no un verdadero descubrimiento”.¹⁰⁷

Es difícil saber qué es lo que cada autor entiende por conceptos tan controversiales como encuentro, descubrimiento, choque, encontronazo, etc. Y esto ha provocado numerosas y enconadas polémicas. Silvio Zavala esclareció, en su *“Excursión por el diccionario de la Lengua española, con motivo del Quinto Centenario”*, que en realidad no existe diferencia alguna entre “descubrimiento” y “encuentro”, ya que la definición de “descubrimiento” implica también “encuentro”; o que la palabra “encuentro” también ha sido empleada (y Zavala cita reconocidos textos literarios), para describir enfrentamientos bélicos. La cosa es que algunos entendieron el cambio de palabra como una ofensa histórica, entre ellos, García Beceiro. Pero la postura predominante fue, por supuesto, la postura conciliadora oficial, independientemente de los conceptos que para ello empleara.

La escasa defensa del gobierno español, así como la apatía del resto de los españoles, fue duramente criticada por estos intelectuales defensores de lo que ellos consideraban la “verdad histórica”. No sabemos qué es lo que se dice exactamente con “verdad histórica”, pero podríamos afirmar que existen grandes anacronismos en las ideas de estos defensores del punto de vista oficial. Entre los anacronismos más notorios encontramos la continua defensa ante la leyenda negra, y la censura del adjetivo “latina” para la América que ellos llamaban “hispana”:

¹⁰⁷ García Beceiro, Juan Luis, *La mentira histórica desvelada*, Madrid, Ojearte, 1994, p.90.

¿Es que no hay en los españoles un mínimo de dignidad y energía para luchar contra todo esto? La Leyenda Negra sigue con otros matices más sutiles. Poco pueden hacer los acuerdos de las Academias de Lengua cuando la gran masa del pueblo usa el vocablo (Latinoamérica), como salido de su entraña [...] El Instituto de Cooperación Iberoamericana tiene aquí la palabra, y en sus manos una tarea más a realizar y no de poca monta. Los españoles de aquí podemos darle una pronta solución, si emprendemos la tarea desde ahora. Más difícil será para los de allá saber conjugar ambas ideas que se presentan diametralmente opuestas en su significado”¹⁰⁸.

La revisión histórica se impuso de manera forzosa ante los españoles. Los mismos argumentos defensivos tuvieron que recurrir a ella para no ver manchada la imagen de modernidad y madurez de España ante la lluvia de ataques y de nuevas interpretaciones que suscitó el Centenario. Ya hemos visto la escasa revisión de esta historia a nivel diplomático. Pero los frutos del patrocinio de este gobierno (y en general de las regalías provenientes de todo el mundo), fueron cuantiosos escritos literarios, históricas, científicas, etc; distribuidas en también numerosas colecciones especiales conmemorativas de los Quinientos Años.

La bibliografía en torno al Quinto Centenario es, pues, inmensa. Pero ¿qué impacto tuvieron estas publicaciones o los artículos en los principales diarios españoles dentro de los círculos oficiales?; ¿Cómo modificaron éstos la imagen que España tenía de sus “afinidades” con Latinoamérica; de su forma de ejercer su hispanidad, o de su propia Conmemoración?; y entonces ¿cuál fue la versión definitiva acerca de aquello que ocurrió el 12 de octubre de 1992?

España se mostró conciliadora e hizo grandes esfuerzos por borrar tanto la leyenda negra como su posible imagen imperial, aunque no podía dejar de representar eso mismo para mucha gente. Ya hemos dicho que tanto en el discurso oficial como en otras manifestaciones, dejó entrever su inconsciente posicionamiento como “Madre Patria”. A pesar de ello, estaba dispuesta a todo con tal de presentarse como España moderna con deseos de ser la titular en la Comunidad de naciones ibéricas.

Primero la propuesta de León Portilla, luego las innumerables opiniones de reconocidos intelectuales españoles que fueron apareciendo en los principales diarios. Con

¹⁰⁸ *ibid.* p.48.

todas las polémicas, que abarcaremos después, España se dio cuenta de que conocía muy poco a las naciones con quienes decía tener “afinidades”.

Citemos nuevamente a Beceiro:

En España existe almacenada una importantísima masa informativa de o procedente de Hispanoamérica. El ‘Instituto de Cooperación Iberoamericana’, fiel sucesor del Instituto de Cultura Hispánica, guarda la mejor biblioteca de temas americanos [...] Mas ¿de qué nos sirve todo esto [...] Aunque nos cueste hacernos a la idea, es un hecho evidente que España desconoce a Iberoamérica.¹⁰⁹

Creo que lo más importante, al desear una relación estable y duradera, es el conocimiento mutuo; sucede tanto con personas como con países. Y si los iberoamericanos no nos conocemos ¿de qué manera iba a sustentarse la Comunidad, al menos, tal y como estaba pensada? Recordemos que el orgullo de la Comunidad hispánica, a diferencia de otras comunidades, se funda en algo que va más allá de los intereses económicos, en el especial amor fraternal conformado a lo largo de tres siglos; la hispanidad espiritual.

Comunidades a base de intereses económicos existen (¡y es mucho más fácil entenderlas, justificarlas o administrarlas!) sin tener que organizar una Expo con pabellones que recrean el imaginario del Descubrimiento. Por ello la Conmemoración del Quinto Centenario debía recurrir a la hispanidad.

A partir de lo declarado en su discurso, y de las primeras protestas, España pareció empezar a entender el suceso que conmemoraba y sus repercusiones en la historia. Sus profesores, intelectuales o estudiantes, pensaron acerca de lo que verdaderamente se sabe de España en América. Rafael Altamira fue recordado, la gran personalidad que hizo grandes esfuerzos por consolidar esta comunidad a base de un esfuerzo crítico, por medio de la enseñanza de la historia. Nuestro Silvio Zavala, sin ser español, trajo a colación la

¹⁰⁹ *Ibid.* p.101.

obra de este profesor emérito¹¹⁰. Aunque es cierto que a la gran parte de españoles y latinoamericanos, el evento les pasó desapercibido.

Las *afinidades* culturales de las que hablaba el rey, quizá sonaron como mera retórica. Había que analizar más a fondo de qué afinidades estaba hablando, Era difícil, además, desligarse de prejuicios y de tendencias ya superadas en la investigación histórica. Beceiro nos da un ejemplo de ello al considerar la transposición de términos (Descubrimiento vs. Encuentro) como una mentira sobre un hecho indiscutible. Otro ejemplo nos lo da Yáñez, cuando en su conferencia ante la UNESCO mencionó que “el principal objetivo de las conmemoraciones es la conquista de la objetividad histórica”. ¿Es posible la objetividad en la historia?

Recordemos 1898: las voces españolas recurrieron a la grandeza del imperio español, y a la supuesta fraternidad con los latinoamericanos (que ya se autodenominaban como tales), ante la amenaza estadounidense. En 1992, los argumentos defensivos volvieron a recurrir a la historia para defender nuevamente la identidad de España, como lo expresé en el apartado “*Buscando a la hispanidad*”: ese sentimiento de la hispanidad se repite en momentos clave, como son las conmemoraciones y va dirigido a conmover a aquellos que se pretende seducir: primero a los hispanoamericanos en vísperas de 1898, y ahora, en 1992, ¡al mundo entero!

Precisamente, la hispanidad oficial de 1992 no pretendió (pese a su nombre), recurrir a los argumentos que enaltecen exclusivamente los valores de España. Esta se dirigió al mundo entero, como la nación moderna, rica y poderosa que pretendía ser. Se repitió hasta el cansancio que España era universal, que el Descubrimiento no quiere recordar al mundo las riquezas que este país trajo a Europa a partir del siglo XVI; tampoco que sus fines fueran celebrar el genocidio de indígenas y mucho menos confirmó tener propósitos de celebrar la explotación de los países “pobres” por parte de los países “ricos”.

¹¹⁰ Zavala, Silvio, *Ensayos iberoamericanos*, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1993.

¿Qué descubrió España a través de su forzosa revisión histórica, y cuál fue su versión final acerca de lo ocurrido el 12 de octubre de 1992?

Ya hemos dicho que descubrió su ignorancia. E intelectuales de todo el mundo propusieron formas de acercamiento basadas no sólo en la investigación histórica sino también en múltiples intercambios de todo tipo para dar lugar a un verdadero acercamiento entre pueblos y no sólo entre miembros diplomáticos.

Se puso en duda la idea del “descubrimiento” de América; se cuestionaron las repercusiones a nivel mundial de este acontecimiento en toda su complejidad; pero nunca quedó duda alguna de la existencia de la Comunidad Iberoamericana.

Desde antes de 1992 ha sido reiterado por muchos pensadores no sólo españoles o latinoamericanos, sino de todo el mundo, que el Quinto Centenario es una oportunidad para reflexionar sobre estos acontecimientos y sus repercusiones en la actualidad. Sobre aquello que da sentido a la Comunidad y la pertinencia de consolidarla; sobre nuestros vínculos más íntimos que pueden dar lugar a nuevas formas de convivencia, y crear un nuevo bloque que permita reconocer nuestras especificidades dentro de una Comunidad reunida a través de sus aspectos comunes.

Los discursos oficiales, conciliadores, entendieron que España ya no podía ejercer una doctrina hispanista al modo del franquismo. El acercamiento debía comprender a todos, y procurar resolver los problemas más urgentes de la región. Por ello se hizo un llamado a la reflexión.

Se da por sentado, entonces, que independientemente de la “veracidad histórica” de los sucesos, la Comunidad Iberoamericana existe. Si no es por medio de vínculos económicos o políticos, sí culturales.

Si se habla de Conmemoración, significa que el suceso a conmemorar aportó algo valioso. Y los portavoces oficiales, que procuraron no meterse nunca en discusiones

espinosas acerca de lo ocurrido, tuvieron su oportunidad de reflexionar. La actitud vacilante de Yáñez fue prueba de ello. Pero siempre mantuvo una interpretación del acontecimiento muy acorde con la situación presente: el descubrimiento-encuentro-choque-encontronazo no pudo haber sido otra cosa que el punto de partida de la universalización de la historia. Visto con los más ingenuos ojos del presente, el acontecimiento del 12 de octubre de 1492, significó el comienzo de la globalización. Este punto de vista fue explicado así por Aldo Ferrer:

La globalización no es un fenómeno reciente. Tiene exactamente, una antigüedad de cinco siglos. En la última década del siglo XV, los desembarcos de Cristóbal Colón en Guanina y los de Vasco da Gama en Calicut culminaron la expansión de ultramar de los pueblos cristianos de Europa promovida, desde comienzos de la misma centuria, por el infante portugués Enrique el Navegante. Bajo el liderazgo de las potencias atlánticas –España-Portugal, primero y, poco después, Gran Bretaña, Francia y Holanda- se formó entonces el primer sistema de alcance planetario.¹¹¹

En los discursos oficiales “conciliadores” se repitió hasta el cansancio que a partir del 12 de octubre de 1492 los hombres de todo el mundo entraron en contacto. La ecumene, al fin, quedó completa con la llegada de los europeos a América, y empezaron los intercambios de todo tipo. La historia dejó de ser regional para volverse universal.

En el discurso de la UNESCO al que ya hemos hecho mención, se afirma lo siguiente:

En el año 1492 un acontecimiento extraordinario marcó el inicio de un largo proceso de conocimientos recíprocos de todos los pueblos de la tierra. Por primera vez en la historia, los seres humanos de todo el planeta comenzaron paulatinamente a entrar directa o indirectamente en contacto y, a partir de 1492, una nueva imagen del mundo, cada vez más precisa, comenzó a delinearse, produciendo un efecto globalizador [...] La UNESCO quiere recalcar la trascendencia de los hechos que habrán de rememorarse en 1992, porque ellos son el punto de partida de la universalización de la humanidad y de la naturaleza [...] A partir del encuentro de dos mundos se tomó conciencia de un mundo nuevo, el mundo de todos.¹¹²

¹¹¹ Ferrer, Aldo, *op.cit.* p.55.

¹¹² UNESCO, *Conmemoración del V Centenario del Encuentro de dos Mundos (1492-1992)*, Paris, 1989.

Una de las grandes iniciativas de la Conmemoración, ya lo dijimos, fueron las numerosas publicaciones encaminadas a promover una nueva reflexión acerca de lo ocurrido el 12 de octubre de 1992. Podemos tomar como un hecho la revisión académica de este suceso, y la consiguiente aparición de nuevas posturas e interpretaciones en torno a éste. La actitud vacilante de Yáñez habla de una posible apertura española a estas reinterpretaciones. Quizás en ello se fundó su llamado por la “objetividad histórica”.

Pero finalmente ¿qué entendió por “objetividad histórica”? Podemos suponer que se trató de una invitación para explorar nuevas formas de comprensión del presente a la luz de los hechos pasados, para entender más cabalmente la trayectoria que el hombre ha seguido para llegar a unirse en un todo global, con todo lo que esto haya implicado en el pasado. Nadie duda que esto haya representado innumerables encuentros bélicos o el sometimiento de ciertos grupos por parte de otros; la visión oficial no lo niega. Sin embargo, su postura invita a interrogar aún más a fondo este pasado que aún no terminamos por asumir. Verdad histórica o no, el hecho de conmemorar el Quinto Centenario de la hazaña colombina tuvo múltiples lecturas, pero sólo una visión que lo colocara como el inicio de la universalización de la historia, podía dar pie a nuevas formas de entendimiento y por lo tanto, de acercamiento entre países. La gran propuesta de crear la Comunidad Iberoamericana, aún cuando haya sido convocada por la misma España, y con tintes trasnochados de hispanidad decimonónica; movió las fibras más sensibles de los latinoamericanos; y dentro de los círculos intelectuales y oficiales la discusión, sumamente dinámica, presentó las múltiples facetas que una conmemoración como esta podía tener. Si bien los objetivos de España eran sólo de imagen, como muchos críticos lo han sostenido, sí se dio efectivamente, en muy distintos rumbos del planeta, una valiosa y fecunda revisión del significado de la fecha histórica 12.10.1492. Revisión que fue complementada con las múltiples voces de parte de una sociedad nada homogénea. A continuación revisaremos las posturas oficiales en América Latina y los sucesos que sus actitudes provocaron, tratando de responder a las mismas preguntas que nos hicimos al principio de este capítulo, ahora en contextos latinoamericanos: ¿Qué fue el Quinto Centenario y cómo se relaciona con la hispanidad?

2.3. Dos discursos oficiales latinoamericanos: México y República Dominicana. Nuevas perspectivas.

La mayor parte de los gobiernos latinoamericanos se mostraron interesados en participar ante el llamado español en el V Centenario del Descubrimiento de América. La Reunión de Comisiones Nacionales para el V Centenario celebrada el 11 de octubre de 1983 en Santa Fe de la Vega, Granada, es el hecho que da cuentas de esta intención.

En la Reunión fueron recurrentes los mismos puntos con los que España justificaba la importancia de esta fecha: se habla de conmemorar la universalización de la historia, el inicio del gran intercambio cultural entre América y Europa así como del surgimiento de la Comunidad Iberoamericana, basada en las “afinidades” entre sus pueblos.

Pero un año después, en la II Reunión de Comisiones, llevada a cabo en Santo Domingo, República Dominicana, nuevas perspectivas del acontecimiento estaban por aparecer.

En la declaración final de esta Reunión llama la atención una idea que no había sido muy común en los discursos españoles: la voluntad de un redescubrimiento de América por parte de España; o bien, el redescubrimiento de América por los mismos países que la conforman.

Así como el portavoz oficial Yáñez había hecho un llamado a buscar la objetividad histórica, parece ser que los latinoamericanos buscaban un mejor análisis de esos aspectos compartidos, las “afinidades” que pudieran llegar a crear conciencia entre los latinoamericanos conmovidos ante los intereses de la supuesta Comunidad; logrando con esto una unión más firme enfocada directamente a la creación de un futuro en común.

La filosofía de o el contenido filosófico de esta reunión nos impulsa, por tanto, a consolidar esta idea de que la ampliación de las afinidades de nuestros

pueblos es algo que debe utilizarse como un camino, una vía, para un mejor entendimiento.¹¹³

Y esa “*ampliación de afinidades*”, podemos deducir, se trataba de descubrir todos aquellos aspectos en común que sólo a través del estudio del pasado podían hacerse visibles. Era el mutuo conocimiento que después de 500 años iba a descubrir países nuevos y voces nuevas; pero con intereses afines en el presente.

La identidad como autenticidad, la dinámica de nuestro futuro, la interrelación de nuestras culturas diversas y la constante respuesta comunicante de una y otras, se presentan como posibilidades gratas en la discusión de una filosofía que intenta, como vemos, iniciar un redescubrimiento, mutuo esta vez y conformado por la hermandad.¹¹⁴

El V Centenario se mostró como el punto de partida de una reflexión, quizá un pretexto para conocernos mejor y emplear el futuro ya no para revivir viejos rencores sino para fundamentar nuevas relaciones de amistad así como nuevos acuerdos para trabajar en bienestar de nuestros pueblos.

El V Centenario en su contexto histórico, libre de tabúes y velos nos permitirá comprendernos mejor a medida que avance el proceso de reuniones y actividades, porque será una comprensión mutua la que habrá de emerger como resultado de las tantas visiones enriquecedoras con que las Comisiones de cada país habrán de proyectar su autónomo enfoque del Encuentro.¹¹⁵

La Conmemoración del V Centenario, en los discursos oficiales latinoamericanos, demuestra la necesidad de crear vínculos en un mundo que, como lo señala Zea, se está dividiendo en bloques. Es un pretexto para repensar la realidad latinoamericana, pero es ante todo, una oportunidad para crear un bloque político y cultural que enfrente en conjunto los problemas que aquejan al presente. América Latina se está quedando sola, de acuerdo a la interpretación del citado maestro, sola con sus problemas de pobreza, marginación, ecocidio. Y si 1492 representaba para muchos el inicio de estas maldiciones, las voces oficiales adoptaron una visión conciliatoria del acontecimiento para ver en éste el inicio de

¹¹³ Reunión de las Comisiones Nacionales para el V Centenario en Santo Domingo (Del 9 al 11 de julio de 1984), Secretaría Permanente de la Conferencia Iberoamericana de Comisiones para la Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América-Encuentro de dos mundos.

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*

una gran oportunidad: la formación de un bloque original, con sus virtudes y defectos, formado por todos los países actuales que en algún momento formaron parte de los imperios luso-hispánicos.

Efectivamente existieron diferentes interpretaciones del acontecimiento de 1492 en las comisiones latinoamericanas. Abarcarlas todas sería una tarea inmensa, y quizás vana. Por ello he seleccionado dos discursos oficiales que me parecen representativos de las dos grandes vertientes de celebración, éstos son: el mexicano, por un lado, y por otro, el discurso oficial dominicano. El primero se muestra conciliatorio, pero evita toda superioridad europea por medio de la transposición del término “descubrimiento” por el de “encuentro”. El segundo parece exaltar el papel “civilizador” de Europa, en especial de España, en América. Y sin cuestionar la posible agresividad de los conceptos, los teóricos del discurso dominicano aceptaron la celebración muy al estilo decimonónico, esto es, afirmando el papel tutelar de España y lo más curioso, ¡volviendo a exaltar la figura de Colón! Ambos discursos fueron respaldados por eminencias de la Historia, tales como el célebre nahuatlato Miguel León Portilla y el reconocido miembro de la Academia Dominicana de Historia Manuel García Arévalo. A continuación desarrollaré estas posturas.

La universalista postura mexicana

Ya mencioné la propuesta del Dr. León Portilla precisamente durante la Reunión de Comisiones en la Dominicana, dirigida a frenar la ambición española por ejercer su papel de Madre Patria. Llamar “encuentro” a lo que tradicionalmente había sido denominado “descubrimiento”, tenía la intención de eliminar el contenido euro centrista de este término. “Encuentro de dos mundos” sería una nueva interpretación del suceso en la que tuvieran cabida las culturas precolombinas, otorgándoles la misma validez universal frente a las culturas europeas, al categorizarlas como un “mundo” otro.

Independientemente de las polémicas que este cambio de términos trajo consigo, siendo la más conocida de ellas, por su valor analítico y sistemático, la de Edmundo O’Gorman, la postura de León Portilla pretendía dar por sentado el “enriquecimiento racial y cultural” que tuvo lugar a raíz de la llegada de los europeos que se “encontraron” con los pueblos americanos. Si bien este hecho representó uno de los más grandes “genocidios” en la historia de la humanidad, no se niega que pudo haber sido la obra cumbre de la era de los descubrimientos, la revolución técnica renacentista incitada por el fuerte impulso del hombre por conocerse a sí mismo y entender el mundo que le rodeaba. El “descubrimiento” de América representó la unión de los pueblos del mundo, la convicción de la esfericidad de la tierra, el intercambio de infinitud de culturas o de bienes, aunque también de enfermedades y otros muchos males. Pero el énfasis está siempre en la unión universal:

Tal fecha marca simbólicamente el comienzo de un gran proceso histórico. A partir de entonces los pueblos de los dos hemisferios, antes aislados, se encontraron. Hubo ciertamente enfrentamientos y violencia, pero a la postre se produjo acercamiento, fusión y mestizaje.¹¹⁶

El discurso oficial mexicano, o bien, el discurso de León Portilla, hace un llamado a tomar conciencia de los vínculos entre países que tuvieron su origen en este suceso, y así como Yáñez hacía un llamado a buscar la objetividad histórica, Portilla menciona la necesidad de volver a estudiar el fenómeno con sus repercusiones en la actualidad, así como la manera de hacer de éste si no una razón al menos un pretexto para emplear esos vínculos históricos y a través de ellos sustentar una unión capaz de enfrentar los problemas del presente :

Conmemorar será, por tanto, ocasión para nuevas formas de análisis de lo que ha sucedido en quinientos años de historia, con la mirada abierta a la situación mundial contemporánea y en especial a la de las naciones de América Latina, España y Portugal. Implicará esto promover trabajos de investigación y difusión a nivel nacional y asimismo buscar acciones conjuntas en campos de interés mutuo en lo económico, social, científico y cultural.¹¹⁷

¹¹⁶ Palabras de León Portilla, Coordinador General de la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, Secretaría de Relaciones Exteriores, SEP, 1985, p.3-9.

¹¹⁷ *Ibid.* p.3.

Cambiar los términos no significa ignorar lo ocurrido ni mucho menos valorar “las aportaciones civilizatorias europeas en América”. Como decía en un principio, se trata de una oportunidad para estudiar con los nuevos enfoques que actualmente las ciencias sociales pueden emplear, la realidad de un continente que a través de su historia ha buscado desligarse de la dominación. Y para ello, tenía que empezar a hablar de “igual a igual” con Europa. En este caso, era vital aislar a la interpretación del fenómeno de todo contenido euro-centrista, y Portilla creía resolverlo al llamarlo “Encuentro de dos Mundos”.

Hablar de Encuentro de dos Mundos no implica soslayar que, para los españoles, portugueses y otros europeos hallar las tierras y pueblos que antes les eran desconocidos, fue un descubrimiento. Lo que se quiere destacar es algo muy diferente. Se busca abrir el enfoque y valorar lo que entonces se inició a la luz de sus perdurables consecuencias. Viendo los hechos ya no desde una sola perspectiva europeo-céntrica, sino también americana, se quiere abarcar a todos los protagonistas. Así se percibirá que, por encima de todo, tuvo entonces lugar un encuentro. El mismo trajo consigo a la postre el acercamiento de los pueblos todos de la ecumene, la tierra entera habitada por los hombres”.¹¹⁸

Del faro a Colón y otros caprichos dictatoriales

Hemos visto cómo México divergió de las posturas oficiales españolas nombrando al evento como “V Centenario del Encuentro de dos Mundos”, trayendo a colación una profunda carga de reconocimiento a América, en especial la América Latina, frente a un discurso que podía caer en euro-centrismos.

También hablamos de la postura ecléctica por parte de España, cuyos representantes optaron por el título de “V Centenario del Descubrimiento de América-Encuentro de dos Mundos”, para no caer en lo que podía haber sido un trasnochado imperialismo.

¹¹⁸ *Idem.*

Una postura muy distinta vino a ser tomada por parte del gobierno de República Dominicana, presidido por Joaquín Balaguer, que optó por un título que brillaba por su prohispanismo: “V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América”.

Ya desde 1984, tuvo lugar en este país la sede de la segunda Reunión de Comisiones. En 1992, como parte de las acciones celebratorias, se erigió un inmenso faro en forma de cruz de 1 km. de ancho por 275 metros de alto, que vino a ser criticado inmediatamente incluso por parte de los mismos dominicanos. Enrique Plascencia nos dice acerca de esta acción de Balaguer que “un hombre puede tener la desgracia de perder la vista, pero un hombre que ha sido presidente en seis ocasiones y que “heredó” el cargo del dictador Rafael Leónidas Trujillo, lo más seguro es que también pierda la visión y la perspectiva de las cosas”.¹¹⁹

Y es que el faro resultaba demasiado ostentoso tomando en cuenta la realidad de este país insular. Los dominicanos lo llamaron el “muro de la vergüenza”, para que los turistas no vieran la pobreza que rodea al faro.¹²⁰

Acto seguido fueron invitados todos los jefes de Estado de Iberoamérica para presenciar la inauguración, y los pocos que asistieron, pronto se dieron cuenta de lo inconveniente que sería asistir a este acto.

Como lo dice el título del evento “V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América”, la Dominicana mostró una actitud que mucho nos recuerda las celebraciones decimonónicas; sobre todo por el afán de conmemorar la evangelización. Del 9 al 13 de octubre de ese mismo año, tuvo lugar en el mismo país la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana (Celam), a la que asistió el Papa Juan Pablo II, atrayendo la atención mundial. En dicha Conferencia, aparte de mencionar que el continente “vive una situación caótica y desconcertante”, insistió en la necesidad de integración económica¹²¹, lo

¹¹⁹ Introducción. Plascencia de la Parra, Enrique, *La invención del Quinto Centenario*, México, Antología col. Obra diversa Instituto Nacional de Antropología e Historia 1996, p.38.

¹²⁰ *idem*.

¹²¹ Diario Novedades 13.10.1992. No. 18609 año LVI.

que nos hace pensar que estando en un país de amplia acogida, de acuerdo al discurso formal, el Vaticano buscaba recuperar a las “conciencias” latinoamericanas, haciendo un llamado a combatir los problemas de pobreza, marginación, delincuencia, etc., que en ese momento aquejaban a la región. A estos problemas los calificó el Papa como “anticultura de la muerte”; y para hacerles frente, y cuando quizá no le correspondía a él decirlo, opinó sobre la integración económica, formulando una posible invitación a consolidar la Comunidad Iberoamericana.

Por medio de la construcción del famoso faro, la celebración de la Conferencia Episcopal, así como la participación de este país en numerosas actividades culturales y recreativas dedicadas a difundir por todos los rumbos mundiales la gesta del “descubrimiento”, podemos creer que la República Dominicana de Balaguer, al igual que España, también tuvo objetivos de imagen.

El discurso oficial poco discutió el título de la conmemoración. Parece ser que este gobierno procuraba obtener todos los recursos posibles que fluyeron de todo el mundo a los eventos dedicados a la gran Conmemoración. Y su forma de lograrlo fue el acercamiento a España recurriendo a valores que ni ella misma había empleado en su discurso oficial de 1992; la religión quizá sea el más importante de ellos.

La postura del gobierno de Balaguer podría aparecer poco crítica de acuerdo a sus acciones. Parece haberse tratado más de un capricho que de una seria intención por festejar un acontecimiento importante en la memoria nacional dominicana. Pero este discurso también fue discutido por una seria institución como la Academia Dominicana de Historia, que sacó a la luz posturas reflexivas y dinámicas en torno al evento que se encontraban mucho más a tono con las polémicas producidas otros países implicados en la Conmemoración. Quisiera referirme en particular a la de Manuel García Arévalo, miembro Número de la Academia Dominicana de Historia.

En su agradable discurso de ingreso a la institución, habló de la relevancia de este acontecimiento por sus implicaciones universales; sobre todo, por representar el punto

culminante “de un proceso de incesante búsqueda de nuevos horizontes ultramarinos y el umbral de la Edad Moderna”; y por haber sentado las bases “para un mejor saber acerca del globo terráqueo, de las rutas marinas y de las dimensiones continentales”. Su opinión se relaciona entonces, con la de los discursos oficiales conciliatorios como el de Leopoldo Zea, León Portilla, y los asumidos por España, la UNESCO, y todos los que estuvieron de acuerdo en considerar la fecha histórica como el inicio de la universalización, el conocimiento sobre la esfericidad terrestre, la unión de la ecumene o el inicio de la modernidad;

Quedaron atrás las dogmáticas concepciones del pasado, se ensancharon los saberes geográficos, se arrinconaron mitos y leyendas, dando inicio a una era de amplias proyecciones, que abrió de par en par el portón de la modernidad que otros pronto continuaron y completaron.¹²²

Al igual que todos aquellos que quisieron dar relevancia a las aportaciones de América al mundo, dándole la vuelta al discurso dominador que pretendía colocar a España como el actor más importante en la universalización de la historia; este pensador dominicano hace un recuento de algunas de ellas: en la dieta europea (aportación del maíz, la papa, el cacao, el tomate, etc), en el idioma español con la incorporación de numerosos términos, en las riquezas mineras, etc. El valor de la llegada de los europeos a América radica en el intercambio de productos y de culturas. Esto es, el mestizaje. Por lo tanto, ninguna de las dos partes (América o España), debe ocupar un lugar predominante en la Conmemoración.

La trascendencia del suceso es pues, innegable. Y algo curioso se viene a sumar al discurso de García Arévalo: no hay que olvidar que fue en la actual República Dominicana, antes llamada isla Española, donde tuvo lugar el primer contacto entre europeos y americanos: “A santo Domingo le tocó ser la antesala de ese portentoso hecho que

¹²² García Arévalo, Manuel, *Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del Descubrimiento de América*, (Discurso de ingreso como Miembro Número a la Academia Dominicana de Historia el 5 de diciembre de 1989); Santo Domingo, col. V Centenario, serie Conferencias no. 3, 1992, p.26.

constituyó la conjunción de ambos mundos, con sus secuelas de mestizaje, transculturación y sincretismo”.¹²³

Recuerda a Felipe II, quien llamó “llave, puerto y escala de todas las indias” a la isla; luego retoma a Pedro Henríquez Ureña, quien en su libro “La cultura y las letras coloniales en santo Domingo” califica a esta isla como “Cuna de América”.¹²⁴ Y por haber sido también el lugar donde se expresó por vez primera la defensa de los indios, a cargo del padre Las Casas, García Arévalo considera que su país debe ocupar un lugar prioritario en la Conmemoración, obteniendo merecidamente el título de “Patrimonio de la Humanidad”.

Por otra parte defiende a España de la leyenda negra, reconociéndola como la “única potencia colonialista que permitió la crítica de su propia dominación en territorios ultramarinos. Ninguna otra metrópoli, antes ni después, produjo tan acerbo cuestionamiento de su hegemonía colonial”.¹²⁵

La aportación de la primera defensa indigenista, así como la contribución de Santo Domingo a “la implantación de la cultura de Occidente en tierras americanas”, son los valores primarios por los cuales este historiador busca reconocimiento, y quizás también patrocinio.

Las posturas frente al hecho histórico fueron diversas, pero todas invitan a realizar un estudio más profundo acerca de las implicaciones de este hecho en el presente. Se parte siempre de una idea común: el acontecimiento de 1492 representa el punto de partida de la universalización de la historia humana, por lo que se considera tiempo de construir un futuro de acuerdo a esa historia que en parte compartimos con algunos países.

La República Dominicana aprovechó la popularidad que podía obtener a través del evento por medio de una hispanidad muy criticable. El término “descubrimiento” no da problemas a los medios oficiales, y aún es respaldado por voces intelectuales. Se reclama

¹²³ *Ibid.* p.45-46.

¹²⁴ *Ibid.* p.47.

¹²⁵ *Ibid.* p. 58.

cierto protagonismo por haber sido la “primera tierra en que Europa dejó su legado”, pero al mismo tiempo se pretende que las aportaciones americanas al mundo sean reconocidas.

La mayor parte de los países latinoamericanos tituló al evento como “descubrimiento de América”, pero quizá fue la Dominicana oficial la que mejor defendió una postura hispanista al estilo decimonónico.

En el caso de México, se optó por modificar el título del evento para tratar de evitar el resentimiento histórico, y reiniciar así vínculos amistosos con España. A pesar de que el término “descubrimiento” haya sido empleado en toda la tradición histórica, o que filológicamente no tenga diferencia alguna con el término “encuentro”, como bien lo examina Silvio Zavala en su *“Excursión por el diccionario de la Real Academia con motivo del título ‘Encuentro de dos Mundos’”*, se pretendía una fórmula adecuada para ajustarse a los convencionalismos del presente. Como si así pudiera borrarse artificialmente todo rencor hacia lo que muchos consideran el “genocidio” de la conquista, y dar lugar a nuevas relaciones internacionales con base en un pasado asumido tanto en los discursos oficiales como en la conciencia de un país. Pero el célebre historiador Edmundo O’Gorman polemizó a fondo lo que el consideraba una “falacia histórica”¹²⁶, y aunque su postura no haya sido rebatida en los medios oficiales, dio mucho que decir a los intelectuales. Las polémicas sobre este título fueron muy intensas, pues el hecho de conmemorar esta fecha seguía pareciendo a muchos que se trata del esfuerzo de España, (o de todos los países “desarrollados”), por recuperar sus viejos imperios, o de encontrar nuevas formas de explotación hacia los países menos afortunados. Para la gran parte de los grupos descontentos con la conmemoración, que van desde poblaciones indígenas, “globalifóbicos”, campañas en pro de los derechos humanos, hasta las más altas esferas intelectuales, toda forma de hispanidad debía de ser negada, o en el mejor de los casos, evadida.

¹²⁶ O’Gorman, Edmundo, *“La falacia histórica de Miguel León Portilla sobre el ‘encuentro del Viejo y el Nuevo Mundos’”*, en Quiñones, Isabel, *En torno al quinto centenario. Ideas. Contrapuntos*, México, Colección Científica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001.

A continuación analizaremos las posturas intelectuales en torno al acontecimiento, tratando de entender cómo se ha visto la hispanidad en vísperas del siglo XXI; así como el sentido que pretende darse en el futuro a la Comunidad Iberoamericana.

2.4. El V Centenario en las letras. Las voces intelectuales.

Las opiniones en torno al V Centenario fueron cuantiosas y muy distintas entre sí. Tarea inmensa sería abarcarlas y analizarlas todas. Por ello buscaré en algunas de ellas los principales temas recurridos por la intelectualidad latinoamericana y española para tratar de entender qué significó esta conmemoración; y más aún, para saber si puede hablarse todavía de hispanidad en esta fecha coyuntural.

En el apartado precedente, vimos dos posturas oficiales frente a la conmemoración; una totalmente pro hispanista, y otra más bien ecléctica, ambas apoyadas por reconocidos historiadores. Estas decisiones suscitaban rechazos, apoyos e indiferencias manifestadas a través de todos los medios; pero en especial a través de la prensa. Largas columnas periodísticas fueron dedicadas a la polémica celebración, de modo que los mejores textos acerca del V Centenario son recopilaciones de todo lo dicho en periódicos desde 1984 hasta 1993. La bibliografía es inmensa, y está guiada por los grandes temas que dieron sentido a esta fecha, temas que parten de la pregunta: ¿Qué se va a conmemorar?

El primer gran tema a discutir fue la convocatoria del gobierno español para conmemorar el “Descubrimiento de América”; y derivado de éste, la terminología que iba a ser empleada para designar esta fecha: ¿Descubrimiento de América?; ¿No podía llamarse mejor “Encuentro de dos mundos”?; ¿Encontronazo?; ¿Desagravio histórico?; ¿Desencuentro?; ¿Desencubrimiento?

A partir de las largas discusiones generadas por el bombardeo de nuevos conceptos, podemos ver la pluralidad de interpretaciones y propuestas que pusieron en jaque la idea tradicional de que “Colón descubrió América”. Todos los enfoques y disciplinas se dieron cita para explicar sus opiniones, rechazos, interpretaciones, acusaciones, diatribas. En el V Centenario no hubo ningún discurso dominante. Todos aquellos que tenían algo que decir pudieron hacerlo sin titubear. Así fue como del acontecimiento de 1492 se hicieron las más variadas versiones, que van de los círculos oficiales hasta la perspectiva de los marginados; ya hemos visto que en la versión oficial se habló de la universalización de la historia; para

otros fue el contacto inicial de dos o muchas más culturas que enriquecieron a la humanidad con nuevos géneros humanos y sus expresiones culturales; pero para muchos más, se trató del mayor genocidio en la historia que dio origen a la colonización, sumisión y expoliación de América Latina; situación prevaeciente a nuestros días bajo la nueva organización mundial. Es de esperar que la convocatoria española para conmemorar los quinientos años del Descubrimiento de América, bajo un papel patrocinador de proyectos con altas miras altruistas, fuera visto como un nuevo esfuerzo imperialista.

Podemos entonces hablar de cuatro grandes grupos de opinión:

1.- Una postura pro-hispanista, que se muestra defensora de la obra española en América a partir de la llegada de Colón. Esta obra, para ellos, consiste en la introducción de la civilización europea, positiva por antonomasia, que vino a “des-barbarizar” el continente, introduciendo los valores europeos, de los cuales el más importante es la religión católica. Es una opinión acorde con la denominación “Descubrimiento”; y está defendida por discursos oficiales (como el discurso oficial dominicano, donde el título del evento llegó a incluir la extensión “500 años de la Evangelización”), pero también respaldada por muchos intelectuales tanto españoles como latinoamericanos.

2.- Los que niegan absolutamente la celebración y que consideran el suceso como el mayor genocidio en la historia. Rechazan completamente que se celebre el “Descubrimiento de América” y que los latinoamericanos no solo se muestren acordes sino que acompañen a España en sus festejos. Esta postura es sostenida principalmente por intelectuales, teólogos de la liberación, y sobre todo por grupos indígenas. Para ellos, el 12 de octubre de 1492 significa el inicio de la marginación tanto de América Latina como del resto del denominado “Tercer Mundo”.

3.- Las posiciones que ven en esta conmemoración la “universalización de la historia”, la unión de la ecumene a partir de la llegada de los europeos a América. Es la postura que apoya el cambio del término “Descubrimiento” por el de “Encuentro”. Hemos visto que

tuvo un fuerte respaldo intelectual y fue adoptada por la mayor parte de los círculos oficiales. Es conciliadora y busca sentar las pautas ideológicas para dar inicio a la integración iberoamericana tomando los aspectos positivos de este acontecimiento: el inicio de las relaciones universales así como el mestizaje cultural y racial que formó nuevos grupos humanos. Sin rechazar las implicaciones negativas que tuvieron lugar a partir de 1492, se prefiere no tocarlas, o bien, soslayarlas para que no obstaculicen el inicio de la gran integración.

4.- Y otra mucho más crítica y abierta a la discusión: las posturas intelectuales que consideran esta fecha oportuna para reflexionar acerca de cuáles fueron las repercusiones del viaje colombino para la identidad latinoamericana. Se trata de diversas posturas que cuestionan el significado de un acontecimiento que dio lugar a la consolidación de una región destinada desde 1492 a seguir una trayectoria en conjunto, trayectoria que ha forjado su identidad. Esta identidad ha sido problemática a lo largo de estos quinientos años y pareciera que a nuestros días debe definirse para insertar al conjunto de grupos humanos que se identifican con ella, dentro de la organización del mundo actual. Entender esta identidad parece ser necesario para poder hablar de una integración. Para apoyar la reflexión en torno a la problemática identidad, surgen a su vez propuestas para emprender el conocimiento mutuo, con base en intercambios culturales, educativos, tecnológicos, etc. Y es que tanto España se dio cuenta de que no conocía América como América se dio cuenta de que la España de 1492 no era la misma del siglo XVI.

Parte importante de esta discusión estuvo en boca de los principales literatos latinoamericanos, quienes manifestaron la necesidad del cultivo de la lengua española, elemento fundamental en la cultura iberoamericana.

Estos cuatro grandes ejes de opinión ante el Quinto Centenario no deben ser considerados como únicos e invariables. Ciertos intelectuales, así como la comunidad en general que se expresó en torno a este evento, asumió alguna de estas posturas, o quizás alguna diferente. También hubo quienes se mostraran eclécticos apoyando dos o más de ellas; o bien, tomaron de una propuesta elementos para apoyar otra. Por esa complejidad he

decidido apoyarme en opiniones muy concretas que pueden basarse en este aparato teórico con el fin de dar seguimiento a la idea de hispanidad en este contexto. De la misma manera que establecí en el primer capítulo, no es posible abarcar a todos los autores cuyas aportaciones han sido valiosas para las polémicas del V Centenario. Lo repito, esto podría enriquecer el trabajo y darle mayor complejidad, pero considero que no es necesario dados los fines que persigo. De hecho, esta clasificación de opiniones podría resultar demasiado estricta y quizás curiosa, ya que ciertos autores pueden pertenecer a un grupo distinto del que los he colocado. Queda al juicio del lector.

De estos puntos sólo voy a referirme a los tres últimos, sin tocar el referente a las posturas pro hispanistas, de las cuales ya me he ocupado en otros apartados.

La universalización de la historia

La interpretación de la hazaña colombina de 1492 como el punto de partida de la universalización de la historia fue apoyada por numerosos hispanoamericanos. Se trata para ellos del primer paso a la modernidad, la gran obra de esa etapa en la historia europea conocida como la “era de los descubrimientos”. Y América Latina, o bien muchas voces en ella, han dicho que esta región ya no quiere seguir siendo considerada como uno de esos descubrimientos. Porque ya existía. Seguir hablando de la aparición de América con la llegada de los europeos en el siglo XV ya no tiene cabida en los momentos actuales, donde un mundo plural está dispuesto a expresarse. Se habla entonces de la unión final de la ecumene, del Encuentro entre Dos Mundos. O bien, del surgimiento de un Nuevo Mundo, como lo llamó Arturo Uslar Pietri:

El descubrimiento supone la iniciación de innumerables procesos de cambio, de búsqueda de respuesta a muchas preguntas. Los primeros navegantes y comentaristas hablaban del Nuevo Mundo, y, efectivamente, se había encontrado un nuevo mundo. Los hombres comenzaron a hacerse, a partir de esa fecha, muchas preguntas que probablemente no se habían hecho desde los

griegos [...] Con el viaje de ida se sembró la semilla del Nuevo Mundo americano, con el viaje de regreso se inició el Nuevo Mundo universal.¹²⁷

Conciliadora, esta postura pretende lograr la unión y solidaridad iberoamericana para enfrentar los retos del presente, pero ante todo, para construir un futuro en común. Sin embargo, parecía que era muy fácil soslayar a la Historia hablando de simples “afinidades” que nos unen, y del acontecimiento de 1492 como el inicio de la universalización. Las polémicas originadas a raíz de estas posturas dieron a entender a todos que había que reconstruir también el pasado.

De ahí que no faltara, en la mayoría de los discursos oficiales, el llamado a buscar la “objetividad histórica”, o bien, a reflexionar sobre el “itinerario seguido durante 500 años en lo cultural, lo social, lo político”, como fue enunciado en la Reunión de Comisiones de República Dominicana. Este principio estaba encaminado a investigar de qué se tratan esas afinidades que nos unen, y de cómo podríamos emplearlas para conocernos mejor y diseñar nuevas perspectivas para el porvenir. América Latina, a quinientos años, según quedó expresado en los discursos oficiales, quería ser “descubierta”, pero descubierta a través del conocimiento y re-conocimiento de su identidad pluricultural.

Las posturas en contra de la conmemoración

Las posiciones opuestas a toda forma conmemoración iban desde las más moderadas hasta las más radicales. La que destaca por su dura y firme interpretación es la postura indígena, para la que no existen puntos medios: el 12 de octubre de 1492 significa la fecha que da inicio al genocidio sistemático de sus culturas, y el punto de arranque de su situación de miseria y marginación. Otras posturas más moderadas, pero bien identificadas con el movimiento indígena, relacionan a esta fecha con el inicio de la grave situación de pobreza general por la que pasa América Latina. El V Centenario se convierte para ellos en

¹²⁷ Uslar Pietri, Arturo, *El descubrimiento fue el punto de partida del pensamiento moderno*, en Aznárez, Carlos, et al., *500 años después ¿descubrimiento o genocidio?*, España Nuer ediciones 1992, p.43.

la gran oportunidad para dar alerta sobre la crisis de la idea de “progreso”, sobre la urgencia de atender problemas que no han sido resueltos y que parecen agravarse cada día más.

Es el momento ideal para reclamar por las condiciones coloniales que se iniciaron en 1492 y que permanecen bajo muy diversas formas. En un mundo donde predominan los criterios económicos aparecen nuevas formas de explotación como es la deuda externa, aparejada con el sometimiento de los grupos adinerados latinoamericanos a los dictados de las grandes potencias: “Una deuda onerosa e implacable, contraída por las burguesías nacionales a espaldas de los pueblos y a instancias de los mismos acreedores que necesitaban colocar sus capitales en la periferia”.¹²⁸

Los Estados Unidos, tal y como eran temidos por los hispanoamericanos pro hispanistas del siglo XIX (recordemos los poemas de Rubén Darío); vuelven a ser temidos hoy pero con una fuerza que ya no es propia de pequeños grupos oligarcas que buscan defender su cultura heredada por la metrópoli hispánica, sino por una alta densidad poblacional que día a día vive sorteando los estragos de la inestabilidad económica latinoamericana. La presencia estadounidense ya no es territorial. Se encuentra más bien, sutilmente anclada en las estructuras básicas que dirigen y estabilizan a los países de la región latina. Y su discurso parece legitimar todas estas formas de penetración:

Bajo el pabellón legitimador de combate al narcotráfico, la inmensa mayoría de los ejércitos latinoamericanos están subordinados a los dictados económicos y financieros del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial [...] El capital que la región acumula, en medio de ajustes recesivos más severos, es imantado hacia el norte industrializado.¹²⁹

Otros muchos problemas internos aquejan a esta América, como son un escaso comercio intrarregional, y una diplomacia que podríamos calificar como desidiosa:

La aparición del grupo de Contadora primero y su ampliación al Grupo de los Ocho después, son manifestaciones de una nueva diplomacia

¹²⁸ Bonasso, Miguel, *América latina, entre la 'modernización' y la nueva emancipación, en, Nuestra América frente al V Centenario. Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992)*, México, Joaquín Mortiz Planeta, 1989, p.23.

¹²⁹ *Ibid.* p.21.

latinoamericanista que aún está en ciernes y; por lo tanto, sujeta a vaivenes, estancamientos y retrocesos.¹³⁰

Pero aparte de estas nuevas formas de dominio desde países “ricos”, aparecen otras mucho más sutiles pero igualmente graves; que ejercen una especie de “colonización mental”, y que han sido ejercidas a través de la historia como una tradición. Tradición es hablar de “Descubrimiento de América”, como lo es llamar “indios” a los grupos que actualmente representan a las comunidades originarias de América antes de la llegada europea. El dominio cultural que se impone a través de los mass media parece hacer a un lado todas las demás manifestaciones culturales, denigrándolas, haciéndolas aparecer como inferiores.

Estas nuevas formas de colonialidad han sido denunciadas desde muy diversos ámbitos y disciplinas. Se pugna por el derecho a expresarse de todos los grupos que nunca antes lo habían hecho, porque ahora el gran reto es la inclusión. Hacer partícipes a todos es un requerimiento básico para consolidar ese gran modelo de convivencia que nadie discute: la democracia.

Heinz Dietrich, gran defensor de estas posturas, nos dice al respecto. Valga la larga cita:

Es asombroso el continuismo de la ideología colonialista sobre Nuestra América [...]. Se sigue haciendo referencia a los pobladores originarios como ‘indios’ [...]. La resistencia a rectificar el término ‘americanos’ obedece obviamente a intereses de dominación que se benefician del todo psicolingüístico acuñado hace medio milenio [...] ‘Nativos’, ‘indígenas’, ‘aborígenes’, ‘primitivos’, sirven para los mismos propósitos. No son categorías para la descripción y la explicación del fenómeno sino para su utilización propagandística al servicio de las elites vencedoras [...] El relativo éxito de estas ideologías (neo)colonialistas no es ajeno al pensamiento hispanoamericano o euro centrista que caracterizó a la gran mayoría de la intelectualidad criolla durante siglos.¹³¹

¹³⁰ *Ibid.* p.21.

¹³¹ Dietrich, Heinz, *Emancipación e identidad de América Latina 1492-1992*, en *Nuestra América frente al V Centenario*, op.cit., p.44.

La Conmemoración de V Centenario puede resultar entonces un nuevo imperialismo, oculto bajo el título de “Encuentro de Dos Mundos”, que O’Gorman calificó “un eufemismo para no tener que llamar a las cosas por su nombre”.

España, como la gran patrocinadora del proyecto, no puede escapar a las críticas de quienes ven en ella al principal agente dominador. ¿Cómo iba España a emprender una nueva relación de solidaridad con los países que antes formaron su imperio, si ahora está tan alejada de ellos como está cercana a la Comunidad Económica Europea, y a los mismos Estados Unidos?, ¿podía hablarles de igual a igual siendo que su declarado objetivo era de imagen, borrando la imagen franquista que la avergonzaba?

En su ensayo “*Falacias y coartadas del V Centenario*”, Agustín Cueva nos dice lo siguiente:

En este ‘Encuentro de Dos Mundos’ la España oficial toma abiertamente partido por el Norte, como furgón de la cola de Estados Unidos [...]. Por lo demás, y con justo derecho, España está integrada a la Comunidad Económica Europea y se rige por las normas, cada vez más estrictas, de dicha integración. Este es el hecho real, mientras que la ‘Comunidad Iberoamericana’ no pasa de ser un timbre impreso para fines no precisamente altruistas.¹³²

Las intenciones de España son vistas como si trataran de revivir la hispanidad franquista. Si bien no es posible renegar del legado hispánico en América Latina pareciera que ésta fuera a patrocinar una comunidad de la cual sólo ella resultara beneficiada. El mismo Cueva dice en otro párrafo: “En rigor, nadie es antiespañol” en América Latina [...] Pero tampoco nos vamos a dejar chantajear afectivamente hasta el punto de gritar ¡viva la hispanidad!, con todas las connotaciones reaccionarias que esto tiene”.¹³³

Eduardo Subirats encuentra también un claro seguimiento de las políticas hispanistas de la dictadura con respecto a la Conmemoración de 1992:

¹³² Cueva, Agustín, *Falacias y coartadas del V Centenario*, en Quiñones, Isabel, *op. cit.* p.229.

¹³³ *Ibid.* p.227.

La celebración del Centenario implícitamente perfila, con respecto al ideario profascista de la Hispanidad y los propios valores racistas de cruzada que alimentó el nacional-socialismo español. En esta como en otras cuestiones fundamentales de la historia contemporánea de España, las cosas y los problemas se dan por cerrados y resueltos en el actual establishment español por el solo hecho de quererlos y creerlos ignorados. Y la gran celebración constituye por eso mismo uno de los puntos ciegos del 'cambio' democrático de la sociedad española.¹³⁴

Así, para muchos la actitud de España estaba ligada a una nueva voluntad imperialista, ligada a sus perspectivas de cambio de imagen ante la comunidad Europea y los Estados Unidos. El hecho de convocar a la Conmemoración de los Quinientos Años del "Descubrimiento de América", y presentarse como una España moderna y rica, lista para patrocinar costosos proyectos, debía suscitar fuertes críticas. En realidad son pocos los que se atreven a hablar de hispanidad como lo hacen Subirats o Cueva, pues esta palabra se identifica con el franquismo y por lo tanto, con una actitud intransigente. Ya hemos visto que España, desde el inicio de la polémica en torno a 1992, negó rotundamente que su mega proyecto tuviera que ver con los ideales franquistas de los que ya hemos hablado (reafirmación de la cultura hispánica, la religión católica, la superioridad de raza hispánica, y la consiguiente negación de formas culturales distintas a la española). Por ello, hablar de hispanidad cuando las intenciones del gobierno de Felipe González asumía lo contrario (crear una imagen de España abierta a los cambios, poderosa y moderna, promotora de la democracia), era una acusación fuerte y radical. Era poner al descubierto las oscuras intenciones que no se expresan en discursos oficiales sino en acciones, y que pretenden ejercer nuevas formas de colonialismo sin considerar las luchas que en América Latina, han sido parte intrínseca de su historia. Sólo quienes percibieron que estas eran las intenciones ocultas de España, la acusaron de ejercer la Hispanidad.

Pero la crítica se manifestó desde muchos otros puntos de vista quizá no tan radicales como éstos. Ya hemos visto que la fecha sirvió como pretexto para sacar a luz la gran parte de los problemas que deben ser resueltos tanto en América Latina como en todos los demás países que han sido objeto de explotación por parte de otros. Las críticas retoman los asuntos económicos, ecológicos, políticos, etc. Como no es posible atender todo ello

¹³⁴ Subirats, Eduardo, *El Centenario vacío*, en Quiñones, Isabel, *op.cit.* p.68.

quisiera abarcar un problema en especial: el que respecta a las principales líneas de discusión intelectual en torno al acercamiento de España a América Latina en 1992; o bien, planteado en forma de pregunta; ¿cuáles fueron los mejor fundados argumentos intelectuales para negar la conmemoración?

En primer lugar citaría la larga polémica que inició Edmundo O’Gorman ante la propuesta de León Portilla de cambiar el título a la conmemoración: “Descubrimiento de América” por “Encuentro de Dos Mundos”. A esta réplica siguieron muchas otras opiniones en cuanto a la terminología que debía emplearse para designar esta fecha.

Para O’Gorman, León Portilla había redactado una “obra maestra de la ambigüedad”. Se trataba de un “eufemismo para no tener que llamar por su nombre a la realidad de las guerras de conquista, la subordinación y explotación de la población original y la destrucción de sus culturas”.¹³⁵

La hazaña colombina de 1992 podía interpretarse como la universalización de la historia, pero para O’Gorman, también había que reconocer los aspectos negativos que implicó esta universalización:

Con igual fundamento podría decirse que también se inició el 12 de octubre de 1992 la ‘posibilidad’ de sometimiento de las poblaciones indígenas y la destrucción de sus culturas, y que la actualización de esa posibilidad, es decir, la guerra de conquista, es opción con igual derecho a ser conmemorada en el mismo aniversario.¹³⁶

Y esta es a su vez, una conmemoración tradicional que viene llevándose a cabo sin el menor prejuicio, en la fecha anual del 12 de octubre, denominada como “Día de la Raza”:

El espíritu de la tradición y consagración legal de la fiesta del ‘Día de la Raza’ es puntualmente el mismo que inspira la idea de festejar el mal llamado ‘Encuentro de Dos Mundos’. En ambos casos se trata de la celebración –los

¹³⁵ Bernecker, W.L. *op.cit.* p.20.

¹³⁶ O’Gorman, Edmundo, *op.cit.*

días 12 de octubre- de una fiesta nacional en reconocimiento, fomento y exaltación de los ideales y aspiraciones del ibero americanismo.¹³⁷

La réplica de O’Gorman consistió en un seguimiento semántico en la tesis de León Portilla, llevándolo a negar que en 1492 se haya dado efectivamente un “encuentro”. Para ello recurre a su famoso libro “*La invención de América*”, donde examina la historia de la idea de que Colón descubrió América, haciendo notar que existe una creencia generalizada de un hecho que nunca sucedió.

El Descubrimiento de América o el Encuentro de dos Mundos, para O’Gorman son sólo mitos, porque según él, Colón nunca llegó a darse cuenta de que estaba en un continente desconocido por los europeos hasta entonces. No hubo, entonces, la aparición mágica de un nuevo continente, porque la identidad que Europa le asignó ocurrió mucho tiempo después de 1492.

El debate se amplió, y muchos hicieron coro a la opinión de O’Gorman. Para el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, tampoco podía hablarse de encuentro, pues el hecho significó destrucción, saqueo, opresión, violación explotación y brutal imposición de una religión extraña.¹³⁸ Para el paraguayo Augusto Roa Bastos hablar de “encuentro” era “encubrir la realidad histórica y, en última instancia, era sólo expresión de remordimiento de la conciencia colectiva o de una pésima memoria histórica”.¹³⁹

O’ Gorman enfatiza el hecho de la destrucción de las culturas autóctonas. Y de igual manera otros intelectuales salieron a la defensa indígena con el mismo rigor conceptual. Quizá de ellos el principal sea Enrique Dussel, quien se inscribe en las polémicas a través de los marcos teóricos de su filosofía de la liberación. El autor de 1492, el encubrimiento del otro: hacia el origen del mito de la modernidad inicia su aporte a la polémica afirmando que un “encuentro” sólo puede darse entre iguales, si no, se trataría de un “enfrentamiento”:

¹³⁷ *Ibid.* p.103.

¹³⁸ Bernecker, W., *op.cit.* p.23.

¹³⁹ *Idem.*

Un encuentro es, exactamente, el cara a cara de dos personas como realización de un movimiento de ir hacia el otro en la libertad, el afecto, y esto mutuamente. Pero si el encuentro es desigual, en el sentido de que uno va hacia el otro con la intención de constituirlo como “ente explotable”, ya no puede haber “encuentro”, y hay que encontrar la palabra apropiada para tal acontecimiento. [...] ¿No debería llamársele ‘enfrentamiento’ de dos mundos?¹⁴⁰

Dentro de esta guerra conceptual, Dussel también usa sus términos; y hablará, al igual que Zea, del “en-cubrimiento” y “des-en-cubrimiento” del indio. Ya es tiempo del “desagravio”, propone por otro lado, y la cuestión del reconocimiento indígena como el otro, será parte de los temas centrales de este filósofo.

La resistencia de los habitantes originarios ha persistido. Ahora emergen y su emergencia liberadora es responsabilidad también de su hijo, del mestizo, del latinoamericano. Esto sí podría celebrarse, han sobrevivido para emerger del en-cubrimiento desde el tiempo del des-cubrimiento. Debería producirse así el des-en-cubrimiento del lugar en la historia y en la realidad actual de un pueblo ahora creciente de los originarios moradores de estas tierras.¹⁴¹

Otros intelectuales, principalmente en México, estudiaron a fondo el significado de la fecha y del título que debía llevar. Para Silvio Zavala, cuyas palabras mencioné en un acápite anterior¹⁴², la sustitución del término no es “ni apta ni convincente [...], claro es que hubo encuentros de gentes y de culturas, pero ellos siguieron a los descubrimientos marítimos y terrestres que hicieron posibles tales encuentros”¹⁴³. Además, también nos dice que la palabra “encuentro” ha sido empleada, por ejemplo, en crónicas de la conquista, para designar enfrentamientos bélicos.

A esto seguirán las opiniones de Gómez Robledo, Eduardo Blanquel, Enrique Florescano, y muchos otros intelectuales que cuestionaron los múltiples significados de la conmemoración a quinientos años. Este ejercicio intelectual fue prolífico y mucho aportó a la reflexión sobre la conmemoración. Pero lo que muchas de estas opiniones dejaron claro

¹⁴⁰ Dussel, Enrique, “*Del descubrimiento al desencubrimiento, hacia un desagravio histórico*”, en *Nuestra América frente al V Centenario*, op.cit. p.68.

¹⁴¹ *Ibid.* p.71.

¹⁴² *Vid supra*, p. 97.

¹⁴³ Zavala, Silvio, *Anticipo de mis reflexiones sobre el quinto centenario del descubrimiento colombino*, en *Ensayos iberoamericanos*, op.cit.

es la existencia del resentimiento histórico que sale a flote sea cual sea el vericuetos intelectual que justifique la conmemoración.

Si los discursos oficiales planteaban el Quinto Centenario como una “oportunidad para la reflexión y la búsqueda de la objetividad histórica”, buena parte de esta oportunidad se dedicó a plasmar los más sensibles rencores latinoamericanos, y lejos de proponer su superación, se contribuyó a ahondarlos y fortalecerlos.

En otro ensayo, O’Gorman nos dice que “*Las conmemoraciones son hijas bastardas de la historia*”¹⁴⁴. Tienen otro sentido ajeno al histórico, celebran una fecha que tiene otra importancia. Así, el Quinto Centenario pudo significar cualquier cosa ante la ambigüedad de los discursos oficiales: la universalización de la historia, el Encuentro de Dos Mundos, el genocidio de los pueblos autóctonos de América, etc. Reiterando, hubo lugar para cualquier tipo de interpretación. Fue la oportunidad por excelencia de sacar a la luz no sólo los rencores históricos de América Latina sino también los rencores por situaciones presentes.

Fue el pretexto para que al unísono gritaran todos aquellos que hasta entonces se sentían ignorados, y expresaran otras muchas interpretaciones de aquello que ocurrió en 1492. Se ha hablado del V Centenario como una conmemoración “posmoderna”, en el sentido de que hizo posible la manifestación de la pluralidad. Las posturas intelectuales dan cuenta de la versatilidad que puede llegar a darse en un discurso. Todo depende de quién y de cómo lo desarrolle.

¹⁴⁴ O’Gorman, Edmundo, *Las conmemoraciones son hijas bastardas de la historia*, en Quiñones, Isabel, *op.cit.* p.163.

*La revisión histórica en el V Centenario y
las propuestas literarias*

Considero propositivas las opiniones que invitan a reflexionar sobre el significado de ser latinoamericano a quinientos años de la hazaña colombina; las que pretenden una verdadera introspección acerca de la identidad y su construcción a lo largo de una historia que comienza en este episodio y que pretende prolongarse en el futuro. No descarto lo valiosas que fueron las polémicas en torno al título que debe llevar la Conmemoración, pues han sido parte necesaria de dicha introspección, sin embargo, me parece que no proponen alternativas a la visión de un acontecimiento que supone un lastre en la memoria latinoamericana, impidiendo la comprensión y construcción de una identidad común.

Y comprendernos con una identidad común, quizá sea requisito fundamental para construir un bloque (¡iberoamericano, hispanoamericano, latinoamericano, qué se yo!), que se inscriba a su vez en el mundo de bloques actual que bien ha identificado Leopoldo Zea.

Ubico de la siguiente manera los principales ejes temáticos en torno a las opiniones que me parecen más constructivas. En primer lugar entra en discusión el conocimiento real que España tiene de América Latina y viceversa. Yáñez Barnuevo invitó a buscar la "objetividad histórica", pero ya desde unos años atrás se pensaba sobre el significado de una verdadera identidad iberoamericana que pudiera sustentar una integración. América Latina y España están por descubrirse, era el objetivo central de los proyectos para el Centenario; y a razón de Éste surgieron toda la gama de propuestas para analizar con detenimiento la evolución histórica que tuvo lugar entre España y América Latina a partir de 1492. Viene luego el complejo y espinoso tema de la identidad; ¿existe una identidad latinoamericana?, ¿existe una historia en común entre los países iberoamericanos; que haya construido a lo largo de quinientos años una identidad propia? Se habla entonces del mestizaje biológico y cultural como factor que reafirma la existencia de tal identidad. Este mestizaje ligado a la identidad, que fue la solera básica de los proyectos nacionalistas de principios del siglo XX, se pone en duda como parte de la actitud crítica a la que invitaba el '92. Ciertamente el mestizaje biológico no sólo implicó a los grupos humanos

identificados como blancos, negros o indígenas, sino que abarcó variedades sanguíneas múltiples, procedentes de cualquier rumbo del planeta. Lo mismo ocurre a nivel cultural. No puede hablarse de una cultura ibérica única como tampoco puede hablarse de culturas indígenas americanas únicas, sin movimientos, ni relación con otras culturas. ¿Cómo puede sostenerse la existencia de Iberoamérica? Algunos responderán que a lo largo de quinientos años, contados a partir de la llegada de Colón a tierras americanas, debieron de haberse asentado elementos culturales que han permanecido a través de tiempo. De ellos, el principal es la lengua castellana. Pero la lengua tampoco puede ser la misma después de cinco siglos, y las variantes dialectales que se perciben a lo largo de América Latina, y de la misma España, son prueba de ello. Sin embargo, pareciera ser que hablando, escribiendo y comunicándonos en un castellano uniformado a través de las letras, la identidad iberoamericana quedaría defendida. Muchos literatos hablan de defender esta comunidad a través del idioma. No se excluyen a Portugal y Brasil por hablar otra lengua latina. Sus procesos históricos, que parten también del primer contacto entre la península ibérica y América; se consideran como parte de una evolución similar. No ocurre lo mismo con la América del Norte, cuya evolución estuvo ligada desde un principio a la Europa sajona angloparlante y protestante, que conlleva históricamente estructuras económicas, políticas, culturales, religiosas, etc, completamente ajenas a lo que Arturo Ardao llamó la latinidad.

Así, defender la lengua castellana, y también la portuguesa, se consideran tareas fundamentales para dar pie a la construcción de la Comunidad, fundada en una identidad común. Identidad problemática, superar este problema supone uno de los más grandes retos del siglo XXI: Conocer los aspectos que hacen posible la existencia de esta área cultural llamada América Latina, darle un sentido histórico; y sobre todo, de formular las herramientas teóricas que permitan consolidar en ella un efectivo bloque cultural consciente de sus problemas y dispuesto a resolverlos. A continuación citaré las opiniones que me parecen más representativas de las disertaciones intelectuales en torno al Centenario.

El análisis histórico

En un ensayo titulado *El viaje de Cristóbal Colón y sus interpretaciones*, Enrique Florescano cita estas palabras de Silvío Zavala en torno al Quinto Centenario:

Si al comienzo del decenio anterior al año de 1992 se nos hubiera invitado a sembrar la confusión y la discordia en torno al quinto centenario del descubrimiento colombino, creo que a la altura del año 1989 podríamos considerar que esta tarea ha sido cumplida. Pero si al contrario, se hubiera pensado que la ocasión debía dar lugar al esclarecimiento de nuestra historia y de sus proyectos y a fomentar la concordia interior del país, y la unión con los demás países de Iberoamérica, tal vez tendríamos que reconocer cuán lejos nos hallamos de haber alcanzado estas metas.¹⁴⁵

Dentro de la larga serie de opiniones que daban pauta a la reflexión en torno al Centenario, varios pensadores hicieron hincapié en las discordias que sólo han frenado la construcción de una Comunidad. Florescano es uno de ellos. Esta actitud también fue criticada por habérsela relacionado con los círculos oficiales y por lo tanto, por justificar el imperialismo. Sin embargo, estas palabras se refieren a los vicios en que han caído los mismos historiadores latinoamericanos, y dan un aviso ante el peligro de caer en la historia visceral que podría limitar el estudio y divulgación de nuevas formas de entender la realidad en su contexto histórico. Para Florescano, estos puntos de vista comenten el error de ver el pasado con los ojos del presente, que impiden su comprensión y apropiación.

Hoy sabemos que la causa más común de distorsión y confusión de los hechos pasados es dar como explicación de ellos los puntos de vista del presente. Esto es tan sólo tomar partido ante un hecho, no comprender y explicar los hechos pasados en el contexto histórico en que se dieron.¹⁴⁶

Este era tan sólo uno de los más grandes problemas para comenzar a entender a América Latina en su historia. ¿Cómo vencer los odios históricos y empezar a estudiar la historia de esta región?, ¿era posible ser neutral, asumir la pluralidad de identidades que han seguido un trayecto histórico paralelo, similar, y comprenderlas como parte de una

¹⁴⁵ Florescano, Enrique, *El viaje de Cristóbal Colón y sus interpretaciones*, en Quiñones, Isabel, *op.cit.* p.191.

¹⁴⁶ *Idem.*

identidad común? El ser latinoamericano está compuesto por una multiplicidad de culturas, cuyas mayores vertientes son la indígena, la europea y la negra. Pero sigue dando problemas hablar del componente hispánico, de la herencia de España en América. En el caso de México, por dar un ejemplo, el repudio a España se manifiesta de múltiples maneras, pero es un componente que es imposible evadir sin mutilar parte importante de la identidad del mexicano. Florescano retoma la importancia de ese componente hispánico, imposible de evadir si va a hablarse de Quinto Centenario.

Sin romper la dura corteza ideológica que desnaturaliza nuestra cultura hispánica seguiremos empobreciendo nuestro pasado colonial, continuaremos atizando las discordias del presente con los rescoldos del pasado, y no contribuiremos a explicar la trascendental influencia de la religión, las instituciones, las prácticas políticas, el derecho, los valores morales y la cultura hispánica en la formación de la sociedad mexicana ayer y hoy.¹⁴⁷

El autor no habla de recuperar la herencia hispánica en un sentido franquista. No se trata de exaltar a España ni de darle un mayor valor ante las aportaciones de otras culturas. Simplemente avisa del necesario reconocimiento de la herencia europea en la construcción latinoamericana en su versión hispánica. De no hacerlo, caemos en el riesgo de no encontrar jamás la identidad que buscamos, enredándola y confundiéndola entre las múltiples interpretaciones que hundan la posibilidad de una comunidad.

Como última cita de Florescano, que me parece ejemplifica mejor su actitud y propuesta ante el V Centenario, es la siguiente.

La conmemoración del viaje colombino debería servirnos para revisar y fortalecer las relaciones que nos unen con países latinoamericanos, con los cuales México comparte procesos históricos, tradiciones culturales, formas de organización política, luchas de liberación e ideales de justicia, autonomía y soberanía comunes. Hoy, con sus casi 500 millones de habitantes unidos por la lengua, sus enormes riquezas naturales, su estratégica ubicación geográfica y una historia compartida, América Latina es una de las regiones más homogéneas del mundo, y una de las de mayor porvenir, si logra alcanzar formas de integración económica y política más fuertes.¹⁴⁸

¹⁴⁷ *Idem*

¹⁴⁸ *Ibid.* p.192

Y dentro de esta línea de defensores de la integración, a la que pertenece Florescano, ¿qué propuestas concretas ha habido? Únicamente la invitación al estudio y el análisis: pero no un estudio que quede encerrado en los centros académicos de los países interesados. Reitero: una comunidad sólo puede iniciarse a partir del conocimiento mutuo y el estudio compartido de los problemas que será necesario enfrentar a futuro. A ello debemos las ideas y proyectos para dar inicio ese conocimiento, y por lo tanto, para ir dando forma la Comunidad Iberoamericana intelectual.

El historiador Lewis Hanke publicó las siguientes propuestas en su ensayo *¿Cómo deben conmemorarse los quinientos años del Descubrimiento de América?* en el que señala que “es absolutamente necesario que la historia de América Latina se estudie desde diversos ángulos, y que lo hagan diversos historiadores.[...] Las fuentes históricas básicas están muy desperdigadas, a menudo mal organizadas, y a veces es difícil organizarlas”.¹⁴⁹

Además de la organización del material, Hanke considera imprescindible que todos los países tengan acceso a las fuentes. Y luego propone comenzar investigaciones sobre la enseñanza misma de la historia, responsabilidad que debe recaer en cada país. Recordemos que el periodista Beceiro señaló también este grave problema para el historiador.

Estas fueron algunas propuestas de reconocidos historiadores para dar nuevos pasos en el conocimiento mutuo a través del estudio. Asimismo son dignos de reconocimiento los mismos proyectos de la Comisión Estatal para la Conmemoración del V Centenario, donde se promovieron intercambios, se otorgaron becas, se crearon ediciones especiales para dar cuenta de los avances en los estudios históricos (Mapfre, Editorial Quinto Centenario, 500 años; etc); se convocaron concursos de ensayo, y otros. Habrá que ver si toda esta gama de proyectos ha tenido continuidad y si el deseo de conocimiento y de estudio histórico no ha quedado en el olvido, o peor aún, en la indiferencia.

¹⁴⁹ Hanke Lewis, *¿Cómo debería celebrarse el medio milenio del Descubrimiento de América*, Conferencia José Gil Fortoul de 1981. Caracas, Separata del Boletín de la Academia Nacional de Historia tomo LXIV oct-dic, no. 256, 1981.

El problema de la identidad

Heinz Dietrich, quien acusa el colonialismo mental, nos dice lo siguiente sobre la identidad y su relación con el futuro:

La capacidad latinoamericana y de cada uno de sus pueblos para determinar su propio destino depende de su identidad; es decir, de la comprensión de las tres dimensiones de nuestro ser concreto dentro del continuo pasado-presente-porvenir. [...] La identidad es un problema, no es algo que esté inscrito en los pueblos, algo permanente. La identidad no existe, no está, es necesario encontrarla, reencontrarla, reinventarla, afirmarla y proyectarla.¹⁵⁰

En este sentido, ningún pueblo tiene una identidad permanente, única e inmutable. Es algo que se va construyendo de acuerdo al momento y sus necesidades. Pero definir la existencia de América Latina nos recuerda los mismos problemas de los hispanistas de principios de siglo para definir la propia identidad de España. Para Ernesto Sábato, se trata de un problema “bizantino por excelencia”.

Todos estos problemas están vinculados al problema de la famosa identidad de una nación, problema bizantino por excelencia. Se habla mucho de ‘recobrar nuestra identidad americana’. Pero ¿cuál y cómo? [...] Los mismos españoles y su identidad entraría en juego.¹⁵¹

El problema está claro: si nosotros creamos nuestra identidad, y a quinientos años no ha sido replanteada, o bien, ha sido planteada en círculos académicos de escasa difusión tanto local como internacional, no puede hablarse de una base sólida para hablar de integración. Aunque se pueda tratar de un problema “bizantino por excelencia”, por lo que es necesario volver a ella.

Al hablar de identidad queda implícito el problema del mestizaje, “Mestizaje que ha sido, sin embargo, la raíz de los problemas de identidad que han planteado y se plantean en Iberia y América Latina”¹⁵², dice Zea. Pero este factor puede ser positivo, pues en la diversidad del ser latinoamericano está la clave para entender la identidad y construir una

¹⁵⁰ Dietrich Heinz, *op.cit.* p.49.

¹⁵¹ Sábato, Ernesto, *La historia está llena de falacias, sofismas y olvidos*, en Aznárez Carlos, Néstor Norma, *et.al. 500 años después, ¿descubrimiento o genocidio?*, España, Nuer ediciones 1992, p.25.

verdadera democracia; “Es precisamente esa identidad diversa, plural, la que ofrece la posibilidad de una libertad y una democracia abiertas a todos los hombres, cualquiera que sean su raza y su cultura”.¹⁵³

Podemos afirmar que la pluralidad de interpretaciones sobre el V Centenario y sus enfrentamientos, provienen de las divergentes concepciones de la identidad. En otras palabras, si la conmemoración y sus títulos causan tantos problemas, entendemos que no existe una explicación clara acerca de qué somos y a dónde vamos.

Pero ya no es momento de esbozar discursos hegemónicos totalitarios que definan un concepto único de la identidad, una identidad común a todos los iberoamericanos. Por ello es tiempo de pensar en ella a partir de la pluralidad, de la comunidad heterogénea que compone a esta región donde los únicos aspectos en común son los elementos culturales implantados en todas las regiones que fueron parte del imperio español.

Discutir este tema no es algo nuevo, y por lo tanto no podemos iniciarlo sin tomar en cuenta todo lo que se ha dicho al respecto. Volver a esta discusión tan sólo para lograr una definición del ser latinoamericano quizá sea fundamental para lograr una integración, pero llevaría muchísimas páginas y tiempo. Esas páginas y ese tiempo se los quisieron ahorrar las diplomacias latinoamericanas, diciendo en sus discursos que a los iberoamericanos nos unen ciertas “afinidades”, sin decir precisamente cuáles. Esa ambigüedad de discurso tenía probablemente la intención de empezar de cero y dar inicio a relaciones que nos beneficien sin más ante la necesidad de crear nuevos bloques. Pero también parece ser que éstas no serán posibles si no encontramos una redefinición de lo iberoamericano, abarcando su pluralidad y su complejidad. Nos encontramos, entonces, en un círculo vicioso del cual es urgente salir.

Zea también nos dice que “Iberoamérica es posible a condición de que la hagamos”, y la integración es urgente. Hay que construir un futuro construyendo a su vez el pasado,

¹⁵² Zea, Leopoldo, *¿Qué hacer con quinientos años?*, en Quiñones, Isabel, p. 146.

¹⁵³ *Idem.*

dar por entendida la comprensión de la identidad. Para este autor, esa discusión ya es cosa del pasado.

Tendrá que ponerse un fin definitivo a una historia ancestral de miseria y aceptar el reto de un futuro que será extraordinariamente rico en oportunidades, pero por lo mismo sumamente peligroso: de allí la necesidad de integrarse, luchar en conjunto partiendo de la experiencia de una historia común, tomando de allí los instrumentos para su ineludible integración. Junto con la preocupación por la integración, se deberá insistir en la vieja preocupación por la identidad de los pueblos de esta región. La identidad, pero no ya como problema sino como afirmación. El viejo interrogante respecto de qué somos ha pasado a la historia.¹⁵⁴

Pero aunque ese interrogante haya pasado a la historia, es un requisito necesario para historiadores, filósofos y pensadores, dar nuevas pautas para continuar la reflexión en torno a ella; sólo así podremos superar los viejos rencores (que esos sí deberían pasar a la historia) y lograr una verdadera conciencia de estar integrados en un bloque cultural. “La identidad aparece entonces como supuesto básico de todo proyecto emancipador. Porque recuperar nuestra identidad no significa otra cosa que recuperar en plenitud nuestra humanidad devaluada”.¹⁵⁵

La identidad es algo que hay que construir a través de la comprensión histórica, pero sobre todo, por las miras de un pueblo a futuro. Habrá que replantearla de acuerdo a nuestra situación y las necesidades del presente. Podemos comenzar a pensar en una América Latina unida en sus problemas y sus retos, de los cuales España tampoco es ajena por el hecho de compartir elementos culturales que es preciso resguardar. Ello requerirá un gran esfuerzo crítico que deje a un lado nuestros odios y prejuicios que sólo retardan (o imposibilitan) la integración.

¹⁵⁴ Zea, Leopoldo, *Cumbre Iberoamericana*, en *Regreso de las carabelas*, op.cit.p.206.

¹⁵⁵ introducción *Nuestra América frente al V Centenario*, op.cit. p.25.

La nueva hispanidad en las letras

A pesar de haber dicho que la palabra hispanidad fue algo vedado en el contexto del V Centenario, no puedo dejar de recordar a Rubén Darío con sus Cantos de vida y esperanza y a José Enrique Rodó con su "*Ariel*". Con ellos dio inicio la verdadera unión espiritual entre España y América basada en las letras castellanas. Fue el tiempo en que quedó establecida la existencia de una América al sur, católica y latina, y otra América sajona y protestante. Estas diferencias hicieron que ambas regiones quedaran identificadas con sus equivalentes en Europa: Inglaterra con los Estados Unidos, y Francia, Portugal y España, principalmente, con los países de América del sur. Sin embargo, en capítulos precedentes sólo me referí a la especial relación que tuvo lugar entre España y los territorios que habían formado parte de su imperio, estableciéndose nuevos lazos basados en la nostalgia por los valores hispánicos, valores que quedaron expresados en los poemas de Darío y de muchos otros más.

Cerca de la fecha de 1992, tienen lugar nuevas formas de acercamiento para promover las letras hispánicas. Porque con ella se comunican los hispanos y se identifican frente a otros grupos humanos. Es la lengua la que mantiene su vitalidad cultural así como su fuerte presencia en los medios de comunicación internacionales; como la música, el cine, el espectáculo y las artes en general. La sólida comunión entre los grupos inmigrantes iberoamericanos en otros países obedece a esa lengua que no ha perdido su estructura original a pesar de las variantes dialectales en las que se ha fragmentado.

Para Carlos Fuentes, la región iberoamericana tiene un gran futuro, pues cada vez son mayores y más numerosos estos grupos de hispanos que habitan en otros países hablando español. El escritor mexicano está profundamente convencido de la trascendencia de este idioma en la comunidad latinoamericana, que a futuro habrá de convertirse en idioma universal.

Hablo de un idioma compartido, con mi patria, con mi cultura y con sus escritores. Quiero ir más lejos, sin embargo. Esta lengua nuestra se está convirtiendo cada vez más en lengua universal, hablada, leída, cantada, pensada y soñada por un número creciente de personas: casi 350 millones,

convirtiéndola en el cuarto grupo lingüístico del mundo; sólo en los EU de América, sus hispano parlantes transformarán a ese gran país, apenas rebasado el año 2000, en la segunda nación de habla española en el mundo. Esto significa que, en el siglo que se avecina, la lengua castellana será el idioma preponderante de las tres Américas: las del sur, la del centro y la del norte. La famosa pregunta de Rubén Darío -¿Tantos millones hablarán inglés?- será al fin contestada: No, hablarán español.¹⁵⁶

Ernesto Sábato habla del “milagro de una lengua hablada hoy por 300 millones de seres humanos, que ha producido además una literatura hispanoamericana que está entre las más profundas y poderosas”.¹⁵⁷

Mario Vargas Llosa también considera la actualidad de esta lengua, como parte de una cultura dinámica que ha generado grandes personalidades:

Hablar y escribir en español es, no importa donde haya uno nacido, un hombre o una mujer de nuestro tiempo, estar en el pelotón de la vanguardia, de la cultura más dinámica, y a la vez, tributaria de una riquísima dinastía de pensadores, poetas, inventores, rebeldes y artistas que contribuyeron decisivamente a hacer retroceder la vieja barbarie de la intolerancia, del dogma, de las verdades únicas y disociar la moral de la razón de Estado.¹⁵⁸

La gran mayoría de intelectuales, pensadores y literatos manifestaron sus opiniones en torno a qué debía conmemorarse en el V Centenario y sus propuestas para este evento; destaca el interés por cultivar la lengua española. Y es que el Centenario fue una nueva fuente de creatividad para las letras; dedicadas a expresar, de maneras tan diversas, opiniones en torno al mestizaje, al nostálgico “primer encuentro”, a la riqueza de la lengua; pero también contribuyeron a expresar el rencor más profundo hacia la conmemoración por las razones que ya hemos mencionado: el genocidio indígena, el trasnochado imperialismo hispanista. Podría decirse, que otra de las grandes aportaciones intelectuales de esta conmemoración, además de los proyectos históricos, fue la fecundidad literaria en torno a

¹⁵⁶ Fuentes, Carlos, *Discurso de Carlos Fuentes en la entrega del Premio Cervantes 1987*, Anthropos 91, 1988.

¹⁵⁷ Sábato, Ernesto, *La lengua de Castilla y el Nuevo Continente*, El País, viernes 14 de abril de 1989, en Bernecker, W.L., p.122.

¹⁵⁸ Vargas Llosa, Mario, *Es realmente hipócrita escandalizarse por la conquista*, en Aznárez Carlos, *et.al. 500 años después ¿descubrimiento o genocidio?*, Madrid, Nuer ediciones, 1992, p.21.

la primera llegada de los europeos a América. De ella participaron los autores ya mencionados como también: Roberto Fernández Retamar, Rafael Alberti, Germán Arciniegas, Francisco Ayala, Eduardo Gabriel García Márquez, José Luis Sampedro, Manuel Vázquez Montalbán, Álvaro Mutis, Ernesto Cardenal, y un largo etcétera.

Como un ejemplo de estas aportaciones cito al colombiano Germán Arciniegas, quien habla así de la sociedad nueva que vinieron a fundar los inmigrantes:

En su tierra habían sido infelices y pobres, y en el Nuevo Mundo pensaban ser felices y ricos. Esta había sido la constante de la historia americana [...] Unos desgraciados, analfabetos, sin tierra ni privilegios. Así veo a mi tatarabuelo, que no debió conocer en España ni la sábana, ni el mantel, ni el tenedor. Vino aquí a civilizarse por el mismo [...] Y ahí está el liderazgo de España en América [...] Es el embarcarse de Don nadie en Cádiz en 1493, sin mujer, con una gallina, un puñado de trigo y el vino y el bizcocho que le dieran, de la ración que cuidaba el almirante... Venían a sembrar trigo, a plantar casa. Es decir, a quedarse.¹⁵⁹

De este modo dejó un muy breve panorama acerca de los principales temas que abarcó la intelectualidad latinoamericana sobre el V Centenario. Quedan así expuestas las ideas principales que me han dado pistas para explicar la hispanidad en este momento coyuntural: Posturas pro-hispanistas, esbozadas principalmente en discursos oficiales; las posturas en contra de la conmemoración; las que la apoyan interpretándola como el origen de la universalización y de la modernidad; y por último las disertaciones de la intelectualidad latinoamericana. Para finalizar este capítulo haré un análisis acerca de las representaciones sobre la hispanidad que aparecen con motivo de la conmemoración tomando en cuenta estos temas, para dar cuenta del seguimiento de esta idea a través del tiempo.

¹⁵⁹ López de Abiada, Juan Manuel, *De voces y polifonías: escritores hispanos, percepción de América y el V Centenario*, en Bernecker, W. L., *op.cit.*, p.81.

2.5. La hispanidad y el V Centenario de la hazaña colombina.

La comparación.

Ya que hemos hecho un largo seguimiento por las diferentes formas de hispanidad en el tiempo, procederé a compararlas. Esto requerirá volver brevemente a los puntos de capítulos anteriores acerca de la idea de hispanidad a fines del siglo XIX, para transportarlos a la conmemoración del V centenario y saber finalmente si tiene sentido referirnos a ella en las vísperas del siglo XXI.

En el primer capítulo hablé del fin del imperio español como un momento coyuntural para los literatos que por primera vez se refirieron a la hispanidad. Hemos visto que las acciones que España tomó frente a los problemas con sus colonias y con los Estados Unidos fueron muy “tradicionales”, en el sentido de creer que sus lazos diplomáticos con otras monarquías iban a ayudarle, o que podía surgir, en cualquier momento, una nueva forma de “auxilio divino” que le devolviera sus territorios, y por supuesto, su honor. Pero en un momento histórico en el que el equilibrio del mundo ya no se fundaba en el mantenimiento de buenas relaciones con otros gobiernos, sino de poseer una adecuada flota así como los recursos tecnológicos suficientes; España no estaba preparada.

España fue criticada por no poder incorporarse a los cambios mundiales. Se le calificó de retrógrada, tradicional, antimoderna. En muchos países europeos (como Francia o Inglaterra), se habló de la crueldad de la conquista española para con los indios, atribuyéndole a este aspecto “bárbaro” las incapacidades españolas para integrarse a la modernidad: la “leyenda negra”. Así, el problema por ser “moderna”, en el sentido de adecuarse a las nuevas circunstancias políticas, económicas, sociales, se convirtió en una preocupación profunda para los españoles.

España veía que ya no podía recuperar administrativamente a sus colonias. Y por ello se dio a renovar sus vínculos culturales con ellas. Los esfuerzos de Rafael Altamira para promover el estudio entre España y estos países fueron significativos para estas políticas. Hemos visto también las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de

América, donde Colón fue colocado en el pedestal de los héroes siendo considerado como un Dios y recibiendo las más bellas odas en su honor hasta en los mismos países latinoamericanos

Pero una vez que el imperio quedó perdido, al parecer definitivamente, apareció la Generación del 98, con sus originales pensamientos sobre la realidad de España. Sus preguntas giran en torno a cuáles son esos aspectos del carácter español que impiden la integración a la “modernidad”. La filosofía y la literatura se conjugaron para dar lugar a originales reflexiones en torno a las causas de ese problema endémico. Muchas de estas propuestas estuvieron fuertemente influenciadas por el positivismo de su tiempo. Para Ortega y Gasset el problema de España debía estar en su “invertebración”; para Unamuno, había que estudiar el problema en esos pequeños detalles de la vida cotidiana, en la “intrahistoria”; para Ganivet ese espíritu propiamente español que él considera “estoico”, debía considerarse para formar una “Confederación espiritual” entre España y sus excolonias. Daba lugar así a una de las primeras ideas de consolidar una relación basada en lo cultural más que en lo administrativo.

La palabra hispanidad no es propia de la Generación del 98, pero entiendo que el espíritu que la animó era la nostalgia por la Madre Patria que en algún otro momento (de acuerdo a algunos), fue un imperio. Se trata de revivir los valores españoles en esta creencia casi mítica de un momento en el que España encabezó este imperio capaz de unir grupos humanos tan heterogéneos en la península ibérica, y posteriormente, en los territorios americanos. La generación literaria y filosófica del 98 estudió la evolución nacional a partir de ese gran imperio fundado en la unión de los reyes católicos, y buscó el ser de España a través de la historia. Esto con el fin de entender las razones que llevaron a la pérdida del imperio y por lo tanto a ese miedo de ver extinguirse lo único que quedaba firme en España y América hispánica: la cultura española. Ese es el sentimiento que llamo “hispanidad”, aunque la palabra siga conservando su ambigüedad.

La fecundidad intelectual de la generación del 98, es entonces para mí la base de la hispanidad. El aprovechamiento que de ella hacen los teóricos del franquismo es prueba de

su validez. Ya hablamos de Ramiro de Maetzu y su propuesta de recuperar a las colonias procurando imponerles el agradecimiento a la invaluable herencia cultural de la Madre Patria España. Claro que a Maetzu y a Franco, nadie en América Latina les hizo caso. Todavía quedaba mucho de “tradicional” en sus formas diplomáticas.

Para empezar a referirnos al V Centenario, y ver qué fue lo que ocurrió con esta idea, es importante destacar que a finales del gobierno de Primo de Rivera se adoptó la celebración oficial del Día de la Raza, con base en los principios fascistas que exaltaban una raza frente a todas las demás. Por ello se llamó más tarde en España “Día de la Hispanidad”. Hasta nuestros días la fecha 12 de octubre, como “Día de la Raza” sigue teniendo vigencia en el calendario cívico, al menos en el caso de México.

¿Y si aún tiene vigencia conmemorar, o celebrar el Día de la Raza, por qué no va a tenerlo hablar de “Descubrimiento de América”? Quizá eso fue lo que pensaba España en 1984 cuando convocó a los países latinoamericanos a conmemorar este acontecimiento.

Quizá no se había dado cuenta de que esta actitud tenía una profunda carga eurocentrista y que a esta etapa del partido se podían suscitar serios reclamos. Cristóbal Colón ya no podía seguir siendo el héroe. Por ello, cualquier discurso que tratara de revivir un discurso hispanista, iba a resultar trasnochado.

Cuando el rey Juan Carlos decía en 1992 que España estaba dispuesta a ofrecer su “lengua y sus lazos fraternales con los hispanoamericanos para completar su tarea histórica”, que es “ser puente entre Europa y el mundo”, está mostrándonos una actitud que mucho se parece al principio de la “misión histórica” del pueblo español de Ramiro de Maetzu. Recordemos que “*Defensa de la hispanidad*” es un llamado a España para volver a emprender ese “resurgimiento de las juventudes hispánicas, para realizar la nueva cruzada de recatolizar al mundo”. Este pensador toma como bandera la idealización de un gran imperio español que tuvo lugar en el siglo XVI, cuyo principal objetivo fue la divulgación de la fe católica. Tal objetivo se convierte en una “misión”, que ciertos miembros de la Generación del 98 calificaron de “espiritual” (Ganivet, Maetzu, etc).

¿Por qué hablar entonces de una “tarea histórica”? La historia no ha presentado, en el caso de posturas oficiales, ningún momento en el que España se acercara a los países latinoamericanos de manera “fraternal”, sin tratar de ejercer el papel principal. Ya vimos las loas que se hicieron al Descubrimiento de América durante el IV Centenario; en el franquismo ya conocemos la actitud de Maetzu, fuertemente recargada del lado español ante los latinoamericanos. Hasta ese entonces encontramos una persistente voluntad de reconquistar América, en el sentido de que ésta revalore el contenido hispánico de su identidad. Quizá el único momento en el que ha existido una hermandad realmente afectiva se haya dado con la llegada de los exiliados españoles, durante y después de la guerra civil de 1936. Pero a nivel diplomático, en las altas esferas de gobierno, jamás ocurrió.

Con esta herencia de actitudes diplomáticas, ¿era posible que el rey hablara de “lazos fraternales”, aislados de una actitud paternalista, sin estar cargadas de esa misionera hispanidad?

Ya vimos que el reconocimiento a las diferencias que forzosamente tuvo que enfrentar Yáñez luego de la Reunión de Comisiones, no tenía lugar en un principio dentro de la agenda oficial. La “revisión histórica” vino después, cuando España se dio cuenta de lo poco que conocía a América, especialmente después de la larga serie de diatribas y propuestas por parte de la intelectualidad hispanoamericana.

Entonces, tenemos dos opciones: al hablar de “lazos fraternales”, el rey empleaba una retórica hueca, empleando la diplomacia tradicional que hasta ese momento no había sido cuestionada; o bien, cada una de sus palabras estaba perfectamente bien fundada en un nuevo plan misionero para difundir la hispanidad.

Creo que ambas posturas pueden ser verdaderas, pero sólo hasta cierto punto. Las palabras del rey sí eran demagógicas, y estaban fuertemente influenciadas por una arraigada tradición que viene desde el fin del imperio español. En realidad, no creo que el rey haya

tenido claro cuáles podían ser los “lazos fraternales” entre España y la América que aún hoy día sigue llamando hispánica.

Sin embargo, tampoco considero que esa hispanidad franquista que muchos le achacaron (Cueva, Subirats, etc) haya estado planeada como tal. Es claro que España no podía acercarse a América Latina exaltando su aportación cultural, hablando de la “civilización que llevó” a través de la conquista. Eso sí que habría causado un sobresalto de grandes dimensiones por todos lados; y habría sido además fuente inagotable de argumentos para la leyenda negra.

Pero 1992, la Expo o las olimpiadas, eran el salto de España al siglo XXI. Ya no podía hablar de religión católica. Ahora estaba en el poder el PSOE, con sus nuevas perspectivas de cambio. Entonces se dedicó a patrocinar proyectos que exaltarán la “universalización de la historia” que tuvo lugar a partir del viaje colombino. En pocas palabras, España celebra el nacimiento de la globalización, como lo explica Aldo Ferrer.¹⁶⁰

Entonces, si la globalización inicia precisamente con Colón, había que exaltar su V Centenario. Ahora sí, España no evita caer en la exaltación de su propia obra, en una nueva forma de panegírico al viaje histórico de las tres carabelas, y patrocinó los proyectos más costosos para recordar la versión de una historia que poco o nada había cambiado. La era de las comunicaciones, el ciber futuro que facilita la extraordinaria divulgación de los proyectos españoles, lograron a través del recuerdo del descubrimiento de América, el único objetivo real: plasmar la imagen de una España rebozante de modernidad.

Y es que conciliarse con la modernidad es algo que ha preocupado históricamente a España. La modernidad, a principios del siglo XX, entendida como un proyecto universalista de civilización, basada en el optimismo de un progreso tecnológico¹⁶¹, esbozada por las potencias europeas, y los recién incorporados norteamericanos, fue un modelo al que España no podía adecuarse. Al menos eso pensaron los industriales catalanes

¹⁶⁰ *Vid supra* p.102.

¹⁶¹ Urdanibia, Iñaki, “*Lo narrativo en la posmodernidad*”, en Vattimo, Gianni, *comp. En torno a la posmodernidad*, Santa Fe de Bogotá, Anthropos, 1994, p.44.

(Costa, Paraíso); y algunos miembros de la Generación del 98. ¿Cómo podía incorporarse España a este gran proyecto? En vísperas del siglo XXI, España quiso demostrar poseer un alto desarrollo tecnológico. El dominio de las telecomunicaciones, la tecnología aplicada a la infraestructura, la solvencia en el patrocinio de costosos proyectos; todo eso parecía responder a la misma necesidad que inquietó al país a principios de siglo. Lo cual nos dice que los miedos de España han sido parecidos a través del tiempo, y su respuesta a ellos, también.

Y hablar de “lazos fraternales” con Hispanoamérica parece haber sido tan sólo parte de la carta de presentación de España con la Unión Europea. En este sentido, España ya no tiene un proyecto de hispanidad como lo planteó Maetzu. Pero el discurso diplomático está teñido de las formas tradicionales de exaltar a España. La visión oficial no había cambiado mucho en sus formas de recordar 1492: se reconstruyen las carabelas, se premian ensayos sobre Colón. Parece ser que esa visión histórica no importaba tanto como las intenciones de imagen.

Hemos visto cómo algunos intelectuales también defendieron a España (Beceiro), afirmando que no es discutible su acción “colonizadora” así como la necesidad de reconocerla. El adjetivo de “latina”, para la América que perteneció al imperio español sigue siendo inadmisibles. Y el recuerdo de la leyenda negra sigue perturbando a Yáñez.

La hispanidad, en un sentido de ideología, como aquella que inspiró a Maetzu, sólo puede entenderse bajo esta forma. Persiste en las formas que reviste el discurso oficial (en las palabras, en la visión histórica de 1492, o en la recurrencia de ciertos miedos como la leyenda negra); pero no tiene un contenido que busque la reconquista de América. Sólo se buscan las relaciones con América Latina, hasta el punto en que ayuden a perfeccionar esa imagen moderna que quiere España.

Algo similar ocurre con aquellos países que siguieron a España en la celebración del “V Centenario del Descubrimiento de América”. El caso más sonado es el de República Dominicana. El gobierno de este país insular también perseguía la imagen, ya lo vimos.

Pero a través de una visión euro-centrista de la llegada de Colón. El presidente Balaguer encuentra la modernidad en la apariencia y no en la mejoría de las condiciones internas del país. Tal lo demuestra la construcción del Faro a Colón.

El papel de Colón en pleno siglo XX poco había cambiado tanto en España como en la Dominicana. Sigue siendo el héroe. Y las más claras políticas pro-hispanistas se manifestaron en el peso que tuvo la participación de la Iglesia en el V Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América. Sólo hubo lugar para la reflexión en la Academia Dominicana de la Historia, donde García Arévalo, aún acorde con la actitud oficial, quiso enfatizar en los aportes de América al mundo, dando lugar a la crítica y evitando los “excesos de hispanismo” de la postura oficial.

Gobiernos latinoamericanos como el mexicano, que interpretaron la llegada de Colón como la universalización de la historia, así como el inicio de la fusión cultural que es la parte fundamental de la identidad, no exaltaron el papel de España en esta fusión. Se considera esta herencia como parte de la identidad latinoamericana y no como su único componente. Eso quedó muy claro en los discursos de León Portilla.

A diferencia de los positivistas y románticos decimonónicos, que creyeron en la posibilidad de olvidar toda una herencia hispánica para fundar una nueva identidad, inyectando sangre europea y con ella las cualidades del utilitarismo pragmático, como querían Sarmiento y Alberdi; a fines del siglo XX se proyectan nuevas perspectivas para comprender la identidad latinoamericana en todas sus vertientes, con toda su complejidad.

Y quedó muy claro que la identidad es un problema que aún no se ha comprendido, y que parece ser insoslayable ante cualquier enfoque a futuro de una comunidad de todos los países que han sido partícipes de un proceso histórico que dio inicio con la hazaña colombina.

Aún ante esta visión crítica muchos siguieron viendo la permanencia de un esfuerzo imperialista. Y es que la historia de América Latina ha sido la historia de la defensa ante la

dominación. Primero de España, luego de otras potencias europeas, y finalmente la norteamericana. Al igual que Rubén Darío salió a la defensa de una cultura propia, en peligro ante el invasor anglosajón; ciertos pensadores del siglo XX salen a la defensa ante nuevas formas de dominación a través de la masificación cultural; del coloniaje mental que aún incide desde muy diversos puntos. Por ello el gran objetivo de todos aquellos que reprueban la conmemoración, es el reconocimiento de todos los grupos cuya voz nunca ha sido atendida. Son las propuestas que hacen conciencia de la opresión que hay que evitar, sobre todo, en el seno de nuestros propios países. El Centenario fue para ellos, puesto que el eco de las numerosas manifestaciones en contra, tuvo dimensiones universales. El indígena se convirtió en la figura central; y a pesar del reclamo por el reconocimiento a la pluralidad, los manifestantes cayeron en los excesos indigenistas. Queda así nuevamente rectificado el problema de la identidad. Porque si se afirma que eso que ocurrió el 12 de octubre de 1492 fue un “choque de culturas”; o que fue el “mayor genocidio en la historia de la humanidad”, o de la “dignidad india”, entendemos que sólo se quiere resaltar un aspecto, aunque muy real, muy incompleto acerca del acontecimiento. Y si bien se habla de pluralidad, se niegan los aspectos europeos que también conforman la identidad, dando lugar a una versión de poca veracidad histórica, pero eso sí, de amplio resentimiento.

Por eso el problema de la identidad es algo urgente que también debe ser replanteado dentro de los mismos círculos que tienen una versión única del acontecimiento de 1492. Su visión y opiniones son fundamentales si buscamos una comprensión cabal de lo que somos y de lo que queremos ser.

La literatura hispanoamericana presenta otras formas de entender el significado de ese acontecimiento, más conciliatorias, que buscan la creación de una Comunidad Iberoamericana capaz de enfrentar los retos del futuro. Son posturas dedicadas a buscar el significado de los quinientos años de historia recorridos desde el descubrimiento-encuentro-choque entre España y América. Ya hemos visto los grandes temas que implica pensar en ello: el mestizaje, la identidad, la herencia de España, el reconocimiento mutuo, y un largo etcétera. Todo para desentrañar esas “afinidades” cuya existencia afirmaban las Cumbre Iberoamericanas.

En las reuniones cumbre se expresa una nueva forma de hispanidad que no tiene nada que ver con la hispanidad franquista. No exalta el perfil español por encima de las diferencias. Al contrario, se reconoce como parte de la identidad de los latinoamericanos, y se toma a esta herencia hispánica, como el punto central de las “afinidades” entre iberoamericanos. Y es que al pensar en esas afinidades y aclarar de qué tratan, es al parecer el punto medular que requiere la Comunidad aparte de los acuerdos diplomáticos.

La hispanidad se fomenta al proclamar la belleza de la lengua española. La fomentan los múltiples escritores que en ella expresan su visión acerca del significado de los Quinientos Años. Son ellos mismos los que participan para ganar el Premio Cervantes, y quienes le dan vida con su activa participación con la Real Academia de la Lengua. A la Comunidad Iberoamericana aún le falta mucho para consolidarse, siempre y cuando sigamos trabajando en ella. Parte de ella, al igual que ocurría en tiempos de Darío, está formada ya precisamente en la literatura. La hispanidad “espiritual” con la que soñaba Ganivet, ha existido siempre que alguien se ha ocupado por defender la lengua española. Porque parece ser que hablar y escribir en español trae consigo una profunda carga cultural común a todos los hispanos.

La Comunidad a través de la herencia hispánica también existe en el afán por entender la historia que podemos haber tenido en común. Como dice Florescano, hay que retomar nuestra cultura hispánica, de otra manera “seguiremos empobreciendo nuestro pasado colonial” y “atizando las discordias del presente con los rescoldos del pasado”. Esto no significa, nuevamente, que dicha herencia hispánica predomine sobre cualquier otra herencia cultural. Significa asumir la complejidad del ser latinoamericano sin rescoldos del pasado.

Los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América presentaron a Colón como el héroe civilizador. El título del evento fue muy poco cuestionado, y el hecho de haber escogido esta fecha simbólica para hablar de una gran gesta, digna de admiración, nos habla de un recuerdo casi mítico de eso que ocurrió en 1492. En la América hispánica

que recién había obtenido su independencia, el IV Centenario muestra el claro intento de España por recuperar la fidelidad de sus antiguas colonias. En un momento de búsqueda de identidad, aunado a las construcciones nacionales, España aprovecha para plasmarse como símbolo de civilización, de civilización “espiritual” ante el avance cultural anglosajón. Y para ello emplea la fecha mítica, la fecha en que introdujo la sagrada religión y las costumbres europeas en su versión hispánica, para darse una imagen paradigmática, digna de imitarse. La preocupación por la imagen de modernidad en España, como vemos, no es algo reciente.

Las formas iniciales de acercamiento de España a América Latina en 1984, ya hemos visto, descuidaron la crítica en torno al título que debía llevar la conmemoración. Esto dio argumentos de más a quienes vieron en ello un nuevo intento imperialista. La actitud española ciertamente era muy criticable, puesto que la hispanidad ya no podía exaltarse como había ocurrido en 1892, sobre todo en un momento en el que los estudios históricos, al tener mejores herramientas teóricas, se permiten el análisis desde nuevos enfoques y perspectivas.

Casi había llegado 1992 cuando las numerosas versiones del acontecimiento se habían enfrentado, y la imposibilidad de conciliarlas dio a entender la problemática de la identidad. Por ello los historiadores hacen hincapié en la necesidad de esclarecer esos puntos negros, de llegar a los motivos mismos que ocasionan el resentimiento histórico; pero también de la posibilidad de unión que puede fundarse precisamente en el afán de conocimiento mutuo. Por ello la propuesta de Lewis Hanke, de reorganizar los archivos históricos y de facilitar los intercambios de profesores, así como el fomento de la enseñanza de esa historia común entre iberoamericanos. También es digna de resaltar la opinión de Zavala en cuanto a dar lugar al “esclarecimiento de nuestra historia y de sus proyectos y a fomentar la concordia interior del país y la unión con los demás países de Iberoamérica”.

La gran aportación de este Centenario, considero yo; es el reconocimiento de la ignorancia sobre los aspectos en común entre ambas partes (América Latina y España) y la voluntad para superarla. Se entendió que ya no podía ejercerse una hispanidad como había

ocurrido en el siglo XIX y a principios del XX, donde fue parte de un grupo muy específico: grupos aristócratas que ante el avance anglosajón buscaron la recuperación de ciertos aspectos de la herencia hispánica, en especial los valores morales. Pero en el siglo XX, la conmemoración de los Quinientos Años ya no puede estar dirigida a un solo grupo que represente los intereses los intereses nacionales. Por ello el estallido de opiniones, la exaltación de la pluralidad.

Se entendió que la hispanidad es algo que debe ser reconsiderado dentro de la problemática que implica hablar de identidad, porque si no se toma en cuenta la parte hispánica, como hicieron los positivistas, estaremos condenados a mutilar una parte explicativa importante del ser latinoamericano. Negarla proviene de un resentimiento histórico que es necesario combatir. Queda pendiente, por lo tanto, un trabajo arduo para la filosofía y la historia latinoamericana: combatir ese resentimiento a través del estudio del significado de Quinientos Años de historia iniciados desde el arribo de Colón.

Por el momento la Comunidad Iberoamericana existe, no como un sentimiento espiritual de nostalgia por la Madre Patria, sino por el amor a las letras hispánicas que cultivan los literatos contemporáneos. También existe en todos los acuerdos diplomáticos por locales que sean, entre los países latinoamericanos e ibéricos; pues hacen legítima, en sus discursos, una historia “en común”, o bien “afinidades” que hacen posible una unión que va más allá de intereses políticos o económicos.

La hispanidad, por lo tanto, ya no existe en el V Centenario a la manera en que se dio en otros momentos históricos. Si en otro momento fue reflexionada a partir de la literatura, ahora es tiempo de una reflexión más compleja, interdisciplinaria, de mayores alcances teóricos. De otra manera, seguiremos cayendo en los excesos viscerales, y en discusiones huecas, que pueden ampliar las perspectivas de análisis, pero no llegar a una estudio sistemático que tome en cuenta la importancia de la pluralidad y del significado del mestizaje propios de Iberoamérica.

Habrá que ver si es posible entonces hablar de una identidad en común, de una identidad que nos abarque a todos, ahora que una España se preocupa por la imagen y por sus relaciones con Europa más que con América Latina.  Habr  quedado el ideal bolivariano relegado al olvido?;  O las discusiones del Centenario han dado pauta a los estudios latinoamericanos para construir una Comunidad Latinoamericana, con enfoques duraderos a futuro? Sólo el tiempo lo dir .

Conclusión

Considero que este trabajo ha quedado incompleto, especialmente por los riesgos que se corre al tratar de realizar el seguimiento de un concepto a lo largo de su historia y por tratar de limitarlo a una definición. A pesar de remitirme al contexto donde se originó la palabra y donde surgen por vez primera los textos que a ella se refieren, es una idea compleja que difícilmente se puede explicar.

Para entenderla establecí su punto de inicio en la guerra hispano-norteamericana, ya que es mencionada constantemente por los autores que empezaron a hablar de ella. Pero abarcar un contexto es difícil, ya que no podemos saber exactamente todos los motivos que movieron a cada autor para pensar en el pasado presente y futuro de su país. Mucho menos podemos decir que un solo acontecimiento haya desencadenado en su momento toda la producción literaria y filosófica acerca de España y lo hispánico.

Encontré que la Generación del 98, es el grupo considerado precursor de la hispanidad. Sin embargo, muchos alegan que nunca existió. A pesar de ello no dejé de considerarlo como generación porque en ellos reconozco una unión de sentimientos basados en la nostalgia por los viejos valores de España, transmitido a las recientes repúblicas americanas, creando nuevas formas de acercamiento y las primeras perspectivas a futuro basadas en una historia en común.

Una de las principales ideas que encontré en el acápite dedicado al contexto, titulado "*El fin del imperio y el nacimiento de la hispanidad*" es la preocupación de España por dejar de verse tradicional ante un mundo que representaba la modernidad. Sus formas de responder ante el reparto del mundo que se estaba llevando a cabo por parte de los europeos todavía se basaban en las influencias dinásticas y aspectos de honor antes que en estrategias de alianza con las nuevas potencias tanto como en hacer uso de los adelantos tecnológicos.

Esta incapacidad española dio mucho que decir a la “leyenda negra” que venía cargando desde siglos atrás.

El acápite dedicado al estudio de la Generación del 98 me ayudó a entender el sentimiento de nostalgia por el imperio español que tuvo lugar como efecto del “desastre”. Se pensó en un pasado glorioso cuyo origen se sitúa en la formación del Estado español, cuya clave del éxito fue la incorporación de las provincias en torno a un proyecto común identificado con la cultura castellana y su religión. La preocupación de ciertos literatos y filósofos españoles por el presente y futuro de su país les llevó a pensar en esta supuesta Edad de Oro para analizar nuevamente la historia y buscar en ella las respuestas a la crisis político-cultural de ese momento. El análisis de algunos de estos autores y de su contexto me llevaron a comprender el sentido de la hispanidad: la nostalgia que busca recuperar los valores españoles, identificados con el catolicismo y elementos culturales castellanos (la lengua, el sentido del honor hidalgo, etc).

La recuperación de estos valores trajo a colación una idea determinante para las relaciones de España con sus excolonias de ahí en adelante: la creencia en la necesidad de volver a crear un imperio ya no basado en la tutela administrativa de España en ellas, sino un imperio “espiritual”, esto es, la revaloración de los aspectos culturales hispánicos como defensa ante formas culturales extrañas que empezaban a penetrar en la región hispanoamericana, en especial, la estadounidense. Y el imperio negaría a su vez a las culturas autóctonas americanas. Sólo España quería estar presente. Quería seguir siendo la Madre Patria. Este ideal se concretó en las primeras ideas de crear una unión Iberoamericana, el ejemplo más llamativo es la “Confederación espiritual” de Ganivet.

Como deduje en el acápite “*En busca de la hispanidad*”, la idea de crear una Comunidad de países iberoamericanos aparece en circunstancias muy particulares. En el siglo XIX apareció como reacción ante las constantes invasiones estadounidenses a la región, y de cierta forma se dio a través del impulso a las relaciones culturales España-América Latina. Mencioné a los grandes protagonistas de estas relaciones: Emilio Castelar, o los proyectos americanistas de Rafael Altamira. También vimos que estos proyectos

tomaron como bandera la gesta colombina. Y de esa manera España pretendía proteger su gran legado en América, aún cuando dicho proyecto se contrapusiera a la visión progresista de las naciones poderosas de ese momento.

En el acápite titulado “*La trampa de Calibán*” encontré que América Latina también sintió esa nostalgia, pero de una forma distinta a la española. Aquí se trata de los grupos más cercanos a España que pervivieron desde épocas coloniales. La revaloración de lo hispánico les sirvió a los criollos para diferenciarse del resto de grupos sociales por un lado, y por otro, los ayudó a negar la cultura estadounidense (protestantismo, utilitarismo) que se iba perfilando como una amenaza. La hispanidad en América en ese mismo período tuvo que ver con una búsqueda de identidad, una identidad defensiva. Más tarde, cuando se reconoció la diversidad cultural de la América hispánica, a diferencia de la América sajona, fue cuando se adoptó el nombre de “América Latina”. Dicho título tenía también pretensiones defensivas, pero a diferencia de la opinión de muchos españoles (como Ramiro de Maetzu), no tenía el objetivo de negar la “españolidad” de América.

La preocupación por la modernidad me parece íntimamente ligada a la recurrencia del sentimiento de hispanidad. La encontramos también en el franquismo. Una modernidad, curiosamente, tradicional: “proyecto modernizador autoritario, apoyado en tradiciones culturales de la época medieval, como la religiosidad cristiana, los valores familiares, etc. Proyecto combinado con una moral represiva y un repudio a la cultura universal”.¹⁶²

Referirme al franquismo resultó entonces, imprescindible. Pero transportar este concepto de hispanidad al transcurso del siglo XX, también me ha llevado a problemas que he solucionado sólo en parte. Para hablar de hispanidad debí ubicarme un poco antes, en la dictadura de Primo de Rivera, y la ubiqué como una ideología que recupera esos aspectos culturales (lengua castellana, religión católica, etc) para hacer un intento de imponerlos de manera imperial a los países latinoamericanos. Consideré, en primer lugar que este acercamiento puede calificarse como “ideología de la hispanidad”, y en segundo, que es de

¹⁶² Arriarán, Samuel, *Filosofía de la posmodernidad, crítica de la modernidad desde América Latina*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2000, p.165.

suma importancia para poder hablar de hispanidad en el V Centenario. Esto se explica por los argumentos intelectuales que durante las décadas de 1980 y 1990, criticaron la actitud de España al relacionarla con los proyectos pan hispanistas de las mencionadas dictaduras. A raíz de lo anterior pude sostener que en el V Centenario se ejerció la hispanidad, en tanto que fue objeto de crítica por los latinoamericanos e incluso por muchos españoles.

Así, pude hablar de dos formas de entender la hispanidad: una como un proyecto “amigable” entre España y las repúblicas hispanoamericanas, que consiste en crear una comunidad basada en los lazos culturales compartidos a través de la historia (la herencia de España en América: lengua castellana, religión católica, etc). Y otra, como una ideología de gobierno que exalta estos mismos lazos, dándoles superioridad frente a otras expresiones culturales, con el objeto de consolidar un nuevo imperio pan hispanista.

Con estas bases teóricas, transportándonos a 1992, encontramos un contexto mundial político, económico y cultural que poco se compara con el del siglo XIX. España estaba pasando por una transición política cuyo protagonista era el Partido Socialista Obrero Español. Sus principales objetivos eran el ingreso a la Organización del Tratado del Atlántico Norte y a la Comunidad Económica Europea. El mundo se estaba dividiendo en torno a intereses económicos y geopolíticos. España no debía quedar fuera. De ahí que pensemos nuevamente en su preocupación por demostrar que era “moderna”.

En el discurso oficial español observé una idea del acontecimiento colombino muy similar a la que se tenía a fines del siglo XIX. España trató de mostrar una actitud conciliadora con los países latinoamericanos, sin embargo, muchas de sus palabras y acciones demostraron que no tenía muy claro lo que pretendía conmemorar. Quedó al descubierto, por otra parte, su interés en tener el papel tutelar en el evento, especialmente con los proyectos científicos, culturales, tecnológicos, etc., en los que destacó su papel de patrocinadora. Concluí entonces que sus fines no eran conmemorar el genocidio que tuvo lugar durante la conquista de América, ni mucho menos tratar de ejercer una nueva tutela administrativa. Más bien, sus fines reales fueron de imagen. Preocupada históricamente por presentarse como un país moderno ante las potencias del momento, el V Centenario pareció

ser la oportunidad de España para mostrar a la Unión Europea, a la cual quería pertenecer, que ya no era la España retrógrada de la que hablaba la leyenda negra.

Nuevamente aparecieron los viejos intereses de España: borrar la leyenda negra, mostrar una imagen de modernidad, y sobre todo, ser la patrocinadora de la deseada Unión Iberoamericana. Ya hemos visto que el ministro español, frente a las críticas de este acercamiento, afirmó que se trataba de nuevas secuelas de la leyenda. Y todo el patrocinio de proyectos, la Expo de Sevilla, las olimpiadas de Barcelona, presumieron un enorme gasto en tecnología, lo que muchos calificaron como un esfuerzo de España por aparentar ser el país moderno que nunca había sido.

Todo esto nos hace pensar que la hispanidad franquista está presente en estas formas: preocupación por la imagen de modernidad ante el mundo entero, especialmente la Unión Europea; reacción tradicional ante el fantasma de la leyenda negra, así como la imposición (persistente en los discurso aún sin hacerse explícita) de la imagen de España como la “Madre Patria” ante los latinoamericanos por medio del costoso patrocinio de un evento que nombra “V Centenario del Descubrimiento de América”. Todos aquellos que consideraron estos hechos y actitudes como un nuevo esfuerzo imperialista (indígenas, teóricos de la liberación, intelectuales de izquierda, organizaciones sociales, etc), lo relacionan precisamente con una hispanidad impositiva, imperialista, ciega ante la pluralidad que prevalece en los países latinoamericanos.

Me parece raro que nadie haya recordado “*Defensa de la hispanidad*” de Maetzu, o el Idearum español de Ganivet. Esto habría dado mayores fundamentos a los críticos de la actitud española. Razón de más para haberlos agregado en esta reflexión sobre la hispanidad en el V Centenario.

En el apartado dedicado a los dos discursos oficiales que me interesaron, el de México y el de República Dominicana, pude contrastar dos formas conmemorativas por lo visto opuestas. En la primera encontré un discurso abierto al diálogo, que recuerda lo ocurrido el 12 de octubre de 1492 como la “universalización de la historia”,

universalización, además, de las aportaciones americanas al mundo y que pretende recuperar lo que tanto México como el resto de América Latina pueden tener en común con España. El reto es conformar una nueva unidad cultural con miras a resolver problemas concretos. La segunda es una postura completamente pro-hispanista, relacionada con la hispanidad de fines del siglo XIX, o bien del franquismo. Consiste en recordar el 12 de octubre como la fecha del “Descubrimiento de América” y se agrega otro título que exalta el aspecto más tradicional de la hispanidad: su papel como “civilizadora de América” a través de la evangelización. Concluí en ese apartado que la hispanidad de República Dominicana no se ejerció ni siquiera en España, pero que sus fines sí fueron muy similares a los de ésta: aparentar la modernidad. Vimos que conmemorar el evento de esta forma estaba muy lejos de verse moderna.

Ante la propuesta de la Comisión Conmemorativa mexicana, que fue en verdad constructiva y conciliatoria, España debió modificar sus discursos empezando con la modificación del título del evento a “V Centenario del Descubrimiento de América-Encuentro de Dos Mundos”. Luego, con su apertura al estudio y análisis del significado de quinientos años de su llegada a América, nos presenta un cambio de visión que la hace aparecer más “amistosa” que en el franquismo.

En el apartado *“El V Centenario en las letras”* pude percibir que la serie de opiniones en torno al tema fue inmensa y por ello traté de identificarlas en grupos. Lo primero que salta a la vista fue una apertura a la discusión y a la crítica que antes nunca se habían suscitado. A fines del siglo XX ya no era posible la predominancia de un solo discurso. Ahora, las mayorías (¿o minorías?) tienen la palabra.

Y la principal aportación que encuentro en todas ellas, es precisamente la reflexión en torno al futuro de Iberoamérica, considerando como una posibilidad la formación de una Comunidad, enfocada a resolver en conjunto los problemas que aquejan a la región.

Se piensa en la herencia de España como la amalgama que podría unir a los latinoamericanos para crear, de una vez por todas, la Comunidad. Y todos los acuerdos políticos, económicos o culturales, aún cuando abarquen pocos países (el caso del MERCOSUR, el Grupo Contadora, etc), recurren a su legitimación hablando de las “afinidades” latinoamericanas, que persisten en la lengua castellana y demás formas culturales compartidas. Entonces, la hispanidad entendida como la voluntad de realizar una Comunidad basada en los aspectos culturales comunes, siempre está presente en los discursos oficiales.

Ya he dicho que las opiniones en torno a la Comunidad se diversificaron. Gran parte de la intelectualidad española y latinoamericana pensó en esa herencia cultural en común de una manera cálida, nostálgica y afectiva. Los discursos oficiales sólo habían recurrido a hablar de “afinidades” para legitimar acuerdos en la región. Pero no iban más allá; en cambio, la mayor parte de los diarios españoles y latinoamericanos publicaron las opiniones intelectuales que señalaron la importancia del estudio de la historia en común, la importancia, también, de seguir cultivando las letras españolas a pesar de sus variantes dialectales en la región iberoamericana.

La gran pregunta es ¿existe en realidad una historia en común? o ¿cuáles son los aspectos que se dicen compartidos entre iberoamericanos? La apertura a los estudios sobre España en América, y viceversa son parte de un verdadero afán de conocimiento mutuo. El primer paso para cualquier tipo de unión.

Relaciono estos nuevos acercamientos culturales y literarios con la hispanidad que expresaron los literatos de fines del siglo XIX, en especial Rubén Darío. Y es que la forma más legítima de ver la hispanidad, según nos lo ha demostrado este trabajo, es a partir de las letras. La exaltación de la lengua española y su cultivo amoroso, casi nunca va a ser vista como un esfuerzo imperial. El contacto de la intelectualidad iberoamericana a través de eventos como el Premio Cervantes, o la constante revisión del idioma por parte de la Real Academia Española, son posibles por el amor a esta lengua. Este aspecto, es quizás el más puro y genuino sentimiento de hispanidad.

Aún queda mucho por hacer para evitar las fricciones que imposibilitan la unión de España con América Latina. Queda pendiente un arduo trabajo intelectual que ayude a disolver el rencor histórico iniciado por un acontecimiento que no pudo haberse dado de otro modo en su época. Queda pendiente la comprensión de la identidad con todos sus componentes, porque sólo así seremos conscientes de nuestra realidad y seremos capaces de construir un futuro. Habrá que ver si España está dispuesta a ser parte de este proyecto a futuro. Parece ser que terminada la Conmemoración, aún con la gran disposición al estudio que afirmó tener, se le ha acabado la energía para seguir discutiendo, para seguir estudiando a una América Latina que conocía tan poco en vísperas del Centenario. Y ahora que está acercándose tanto a la Unión Europea y los Estados Unidos, parece haber dejado a un lado a estas “repúblicas hermanas” a las que había presentado tantos y tan costosos proyectos de “modernización”.

Nuestra Comunidad existe de hecho a través de la lengua española. Habrá que explotar este y otros elementos que podemos tener en común entre latinoamericanos para enfocar nuestro propio futuro. Con España o sin ella podemos constituir nuestro propio bloque, porque el mundo se ha dividido así para enfrentar problemas concretos. Nuestra experiencia nos ha enseñado que la formación de nuestro propio bloque tiene que enfrentar la discusión de la identidad. Porque sólo así seremos conscientes de una realidad y su problemática específica. De nosotros depende un trabajo intelectual plural y dinámico que nos ayude a seguir comprendiendo nuestro pasado y nuestro presente. Ningún futuro podrá construirse si no tenemos claro qué somos, y a dónde vamos.

BIBLIOGRAFÍA

Balfour, Sebastian, *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica Colección Libros de historia; 1997

De la Garza, Mercedes, comp. *En torno al nuevo Mundo*, México, Facultad de Filosofía y Letras, México, FFYL, UNAM 1992

Ganivet, Angel *Idearium español* Madrid, Aguilar Ediciones, 1964

García Morente, Manuel *Idea de la hispanidad* Madrid, Editorial Espasa Calpe, 1947

González Calleja, Eduardo, et. al., *La hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la guerra civil española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1988

Lain Entralgo, Pedro *La generación del noventa y ocho*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 9ª ed. España 1979

Maetzu, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1941

Mc. Grégor, Josefina *México y España: del porfiriato a la revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992.

Morales Padrón, Francisco, *Evocación y lección del IV Centenario*, Madrid, Revista Quinto Centenario n.8 Universidad Complutense de Madrid, 1985

Ortega y Gasset, José, *España invertebrada*, Madrid, Colección Austral Espasa Calpe, 7ma. Edición España 1982

Pérez Monfort, Ricardo *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española* México, D.F. Fondo de Cultura Económica 1992

Rodó, José Enrique, *Ariel* México, D.F. Ed. SEP/UNAM Colección Clásicos americanos 1era. Ed, 1982

Rojas Mix, Miguel *La segunda Hispanoamérica o la Hispanoamérica de la hispanidad*, en *Los cien nombres de América* Barcelona, Editorial Lumen/Quinto Centenario 1era. Ed. 1991 p.167-197

Rupert de Ventós, Xavier, *El Laberinto de la hispanidad*, Barcelona, Anagrama Col. Argumentos, 1999

Seco Serrano, Carlos, et.al *Paisaje y figura del 98* Madrid, Ciclo de conferencias. Fundación Central Hispano, 1997

Unamuno, Miguel *En torno al casticismo* Madrid, Alianza Editorial, 1986

Un siglo de España: Centenario 1898-1998, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha 1998

Sobre el V Centenario

Beceiro García, Juan Luis *La mentira histórica desvelada* Madrid, Ojearte 1994

Calvo Buezas, Tomás, "*Extremadura y América Latina: Hacia una nueva imagen*", México, Cuadernos Americanos, año VI, vol.2 Marzo-abril n.32, UNAM, 1992.

1492-1992 V Centenario. Arte e historia México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 1993

Colombes, Adolfo, *(1492-1992), a los 500 años del choque de dos mundos. Balance y prospectiva*, Buenos Aires, Editorial Sol, 1989.

Dietrich, Heinz, et.al., *Nuestra América frente al V Centenario. Emancipación e identidad de América Latina (1492-1992)*, México D.F., Joaquín Moritz /Planeta, 1989.

Dussel, Enrique, *El encubrimiento del indio, 1492. Hacia el origen de la modernidad*, México, Cambio XXI; Colegio Nacional de Antropología e Historia, 2001

Fernández Herrero, Beatriz *La utopía de la aventura americana*, Bogotá, Editorial Anthropos, 1994

García Arévalo, Manuel *Dimensión y perspectiva del Quinto Centenario del Descubrimiento de América*, (Discurso de ingreso como Miembro Número a la Academia Dominicana de Historia el 5 de diciembre de 1989); Santo Domingo, col. V Centenario, serie Conferencias no. 3, 1992, p. 47

Gómez Müller Alfredo *Alteridad y ética desde el descubrimiento de América*, Madrid, Akal 1997

Hanke Lewis, *¿Cómo deben conmemorarse los quinientos años del Descubrimiento de América*, México Revista de Historia mexicana, vol. 37, n.1 ejemplar 2

- *¿Cómo debería celebrarse el medio milenio del Descubrimiento de América?*, Caracas, Separata del Boletín de la Academia Nacional de la Historia tomo LXIV, oct-dic 1981, N. 256

O' Gorman, Edmundo, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Ortega y Medina, José A., *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, Colección Nuestra América, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1987

Plascencia de la Parra, Enrique, *La invención del quinto Centenario*, México, Col. Obra Diversa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

Quiñones, Isabel, *En torno al quinto Centenario. Ideas y contrapuntos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Col. Científica, 2001.

Uslar Pietri, Arturo, *Iberoamérica, una comunidad* Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1992

W.L.. Bernecker, López de Abiada, *El peso del pasado: percepciones de América y V Centenario* Madrid, Verbum, 1996

Zavala, Silvio *Ensayos iberoamericanos*, Mérida, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, México 1993

Zea, Leopoldo *Regreso de las carabelas*, México D.F. Col. Quinientos años después, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1993

- *El descubrimiento de América y su impacto en la historia* comp. México, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica 1991.

Zea, Leopoldo, Taboada, Hernán, *Arielismo y globalización*, México, Tierra Firme, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2002

Fuentes secundarias

Ferrer Aldo *De Cristóbal Colón a internet: América Latina y la globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002

Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, México, D.F., Editorial Vuelta, 1991

Martín Barbero, Jesús, *Proyectos de modernidad en América Latina*, Metapolítica, México, mayo-junio, 2003 vol.7

Vattimo, G.. et.al. *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Anthropos, 1994

Vilar Pierre *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Ed. Altaya Col. Grandes Obras del pensamiento Contemporáneo, 1999

Documentos oficiales

Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de dos Mundos. México, D.F. Actas Oficiales, Secretaría de Relaciones Exteriores México 1985

II Reunión de Comisiones para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, Santo Domingo, República Dominicana, 11 de julio de 1984.

VII Reunión de la Conferencia Iberoamericana de Comisiones Nacionales para la Conmemoración del Descubrimiento de América *Presencia y Significación de los Pueblos Indígenas de América*" Guatemala 1989

UNESCO *Conmemoración del V Centenario del encuentro de dos mundos (1492-1992)*, 1989 París Francia

Revistas sobre el V Centenario

500 años, 500 programas. a 500 años del Descubrimiento de América, Comisión Nacional del Quinto Centenario del descubrimiento de América, Madrid, 1987

América 92, Madrid, Comisión Nacional del Quinto Centenario del Descubrimiento de América 1989-1991

Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Encuentro de dos mundos.

Fuentes hemerográficas

Novedades/México D.F.

- 13.10.1992 N.18609 año LVI
- 14.10.1992 N.18610 año LVI

El Universal/México, D.F.

- 13.10.1992 N.27419 año LXXVII Tomo CCCIII

Fuentes electrónicas

Foro Arbil *Algunas cuestiones sobre la hispanidad* http://galeon.hispavista.com/falange_venezolana/articulos/lahisp.html. (tomado el 3 de diciembre de 2002)

Primera Cumbre Iberoamericana de jefes de Estado, 18 y 19 de julio de 1991, Jalisco México; en <http://www.oei.es/cumbre.htm>, 5.11.2003

¹ ídem

Ensayos

Pacheco, José Emilio “1899: Rubén Darío vuelve a España”, en *Letras Libres*, junio 1999, año I, número 6.